YOLANDA REVUELTA

HIELO & CORAJE

Confianza
Deseo
Y secretos



CORAJE II



HIELO & CORAJE

CORAJE II

YOLANDA REVUELTA

HIELO Y CORAJE

Copyright © 2023 YOLANDA REVUELTA

Corrección: @romanticascorreccion
Portada: Carla Ruiz
Maquetación: Valerie Miller

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión, copiado o almacenado, utilizando cualquier medio o forma, incluyendo gráfico, electrónico o mecánico, sin la autorización expresa y por escrito de la autora, excepto en el caso de pequeñas citas utilizadas en artículos y comentarios escritos acerca del libro. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art.270 y siguientes del Código Penal).
Esta es una obra de ficción. Los nombres, situaciones, lugares y caracteres son producto de la imaginación de la autora, o son utilizadas ficticiamente. Cualquier similitud con personas, establecimientos comerciales, hechos o situaciones es pura coincidencia.
Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del copyright.

All Rights reserved

1ª Edición: Diciembre 2023

Sello: Independently published

«El *hockey* no construye el carácter.

Lo revela».

INDICE

CAPÍTULO 1
CAPÍTULO 2
CAPÍTULO 3
CAPÍTULO 4
CAPÍTULO 5
CAPÍTULO 6
CAPÍTULO 7
CAPÍTULO 8
CAPÍTULO 9
CAPÍTULO 10
CAPÍTULO 11
CAPÍTULO 12
CAPÍTULO 13
CAPÍTULO 14
CAPÍTULO 15
CAPÍTULO 16
CAPÍTULO 17
CAPÍTULO 18
CAPÍTULO 19
CAPÍTULO 20
CAPÍTULO 21
CAPÍTULO 22
CAPÍTULO 23
ESPÍRITU GUERRERO
VIENTOS DE OTOÑO
EL INFIERNO LLEVA TU NOMBRE
YOLANDA REVUELTA
OTROS TÍTULOS DE LA AUTORA

CAPÍTULO 1

Harper se acercó lentamente a la pasarela de madera, sumida en sus pensamientos. El lago brillaba bajo el cálido sol del verano, mientras una suave brisa del cuatro de julio la envolvía. Los lirios y los jacintos de agua desprendían un dulce aroma al atardecer, y pensó que nunca había visto algo tan hermoso en su vida. El escenario era espectacular e increíble a la vez. Las ranas croaban y los grillos cantaban de forma incesante, creando una sinfonía natural. Se detuvo por un momento para disfrutar del paisaje, mientras las risas de fondo se entrelazaban con los sonidos de la naturaleza.

Sin embargo, se reprendió por haber aceptado la invitación de Matt y Jules. Debería haber pasado esa fecha especial en la cama, con la compañía solitaria de un libro. Así no habría tenido que ver a Dave ni escuchar sus tonterías, y mucho menos soportar la estridente risa de su novia. Gigi era una mujer hermosa, tal vez demasiado para su gusto. ¿Sentía envidia? ¿Le molestaba que Dave le prestara tanta atención? Estas preguntas eran las que necesitaba responder a medida que se iba conociendo a sí misma.

En silencio, contempló el paisaje paradisíaco y quedó maravillada por la paz que allí se respiraba. Por un momento, dejó a Dave abandonado en algún rincón de su mente y pensó en su hermana Jules. Una sonrisa se dibujó en su rostro. Jules era la dueña de la librería donde ella trabajaba, y también era su amiga y confidente. Era la alegría personificada, y no era para menos, ahora estaba comprometida y vivía con Matt y sus hijos.

En cambio, ella no se sentía tan llena de vitalidad. Soltó un largo suspiro mientras metía las manos en los bolsillos de sus *shorts*. Su situación no había cambiado; no había vuelto a coincidir con Gray. Y Dave seguía prohibiéndole la entrada a los entrenamientos. Pensar en él la irritó. Pero, en el fondo, no podía culparlo. Él solo protegía lo que consideraba suyo.

Había llegado a Midway con una misión imposible y lo supo desde el primer instante en que puso los pies en ese pequeño pueblo. Aun así, no pudo evitar sentirse desilusionada. Había estado tan cerca… Un extraño nudo se formó en su garganta al pensar en un futuro que no parecía prometedor. Podría marcharse lejos y olvidar esta etapa de su vida. Si lo hiciera, nadie saldría lastimado, excepto ella misma.

Dejar atrás la librería, los sueños rotos y las ilusiones incumplidas era una opción. No era ni buena ni mala, simplemente era otra posibilidad que debería considerar. Se estremeció ante ese pensamiento, pero no lo descartó. Sabía que tendría que reflexionar más sobre ello. Con los ojos llenos de lágrimas y el nudo de la garganta más prieto, se quedó allí de pie, sumida en su propia tristeza, mientras trataba de asimilar la realidad.

En ese preciso instante, una bandada de patos elevó el vuelo y su alargada sombra se proyectó en el lago. Era un lugar donde una se podía dejar perder, donde se podía respirar la paz que tanto ansiaba. El cielo, salpicado con algunas nubes que se arremolinaban, resaltaba en su hermoso tono azul. Aquella escena era como una postal perfecta.

Dejó que la suave brisa le acariciara el cabello, cerró los ojos y tragó saliva, disipando su propio resentimiento. Era mejor guardar sus emociones en secreto que enfrentarse a la humillación del rechazo.

De repente, escuchó unos pasos cercanos y abrió los ojos, enderezando su espalda y recomponiéndose al instante.

—¿Estás bien? —preguntó Jules, cuya voz le devolvió la compostura.

Jules era una mujer hermosa, con cabello castaño con destellos rojizos, ojos negros y piel aceitunada. Su pequeña y respingona nariz era un tema recurrente en las conversaciones de Dave. No era de sorprender que Matt estuviera enamorado de ella.

—Sí, estoy bien. Necesitaba respirar aire fresco; eso es todo.

Jules medio sonrió a sabiendas de que eso no era del todo cierto. Miró en dirección al lago, una vista de la que nunca se cansaba. Sabía muy bien lo que hacía allí Harper, ella lo hacía cuando los problemas eran mayores que las soluciones.

—Es un lugar precioso, ¿verdad?

—Sí que lo es —afirmó Harper—. Eres afortunada por vivir cerca del lago.

—Es verdad.

La aplastante respuesta hizo que Harper la mirara y sonriera. Había un montón de cosas que le habría querido decir. Pero estaba acostumbrada a no hablar sobre sí misma, a no expresar sus opiniones. Haber sido

deportista de élite te enseñaba a morderte la lengua y obedecer, sin rechistar.

—Gigi tiene una risa peculiar, ¿no te parece? —preguntó Jules.

Encogiéndose de hombros, ella se giró y admiró de nuevo la línea del horizonte.

—Es una forma suave de decirlo —comentó Harper sin demasiado ánimo.

Jules sonrió ligeramente y observó el perfil de su amiga. Aquella mujer había irrumpido en sus vidas y casi seis meses después seguía ahí, siendo una incógnita.

—He venido a buscarte porque Vilma está a punto de servir la tarta.

Solo de pensar en comer, a Harper le dio un vuelco el estómago. Desde hacía algunas semanas se podía decir que no tenía apetito. La comida de hoy tampoco había sido una excepción; apenas había dado un par de mordiscos a una grasienta costilla y bebido una copa de vino.

—No me apetece, pero gracias por avisar.

—Pareces cansada.

Harper enderezó los hombros de forma automática.

—Estoy bien, de verdad —mintió.

Jules se resignó a lo evidente. Desde hacía un tiempo Harper parecía un alma en pena y ella no tenía ni idea de cómo ayudarla.

El recuerdo de Sarah se hizo más presente todavía. Su amiga Sarah, y por aquel entonces mujer de Matt, se había suicidado tres años atrás sin que ella pudiera hacer nada por evitarlo.

La culpa seguía ahí, pero cada vez pesaba menos. Y poco a poco, estaba aprendiendo a recordarla sin dolor.

—De acuerdo; si cambias de opinión con respecto a la tarta… —Estuvo a punto de darse la vuelta cuando Harper la llamó:

—Jules.

—¿Sí?

—Te agradezco lo que estás haciendo por mí.

—¿Te refieres al trabajo?

—Sí —respondió Harper.

Jules estuvo a punto de recordarle que semanas atrás había trabajado muchas horas extras para que ella pudiera hacerse cargo de los niños y de Matt.

—¿Por ti? —indagó Jules—. Oh, no te confundas, es puro egoísmo.

Harper enarcó una ceja, pero entonces se dio cuenta de que Jules hablaba en serio.

—Si sigues trabajando para mí, yo tendré más tiempo libre para estar con Matt y los niños. Lo dicho, es puro egoísmo.

Harper sabía lo que estaba motivando aquella conversación. Ya lo había experimentado anteriormente, cuando había dejado su otra vida atrás.

—Lo cierto, es que estoy pensando…

Jules, adivinando lo que estaba a punto de decir su amiga, la interrumpió:

—No termines esa frase, por favor.

Harper se obligó a cerrar la boca, después de soltar un bufido perfectamente audible.

—No sé lo que está ocurriendo, Harper. Pero, sea lo que sea, tiene solución. —Se quedó pensativa un segundo—. Ya sabes que puedes contar conmigo.

Harper lo sabía, pero sentía como si su mundo se hubiera extinguido.

—Lo sé.

Jules asintió, aunque no del todo convencida.

El sencillo vestido de Jules se ahuecó por una ráfaga de la brisa proveniente del lago, dejando al descubierto sus bonitas piernas y su melena a merced del viento.

—De acuerdo. —Con un ademán, ajustó la tela de nuevo a su cuerpo—. Lo he estado pensando y quiero que te instales en mi apartamento.

Harper sacó las manos de los bolsillos y las cruzó por debajo del pecho, como si quisiera formar una barrera.

—¿Tu apartamento? —repitió, creyendo no haber escuchado bien.

—Sí. Ya no hay humedad en las paredes —aclaró Jules, como si esa fuera la explicación más lógica—. No es muy grande, pero a cambio te ahorrarías el alquiler.

Harper se sentía abrumada por la idea de no tener que pagar el alquiler, lo cual le parecía una gran ventaja.

Al llegar a Midway, consideraba que había tenido suerte al encontrar un lugar para hospedarse a un precio razonable. El lugar en cuestión era el sótano de Rosalind, la propietaria de la pastelería local. Aunque era un espacio reducido, solo había sitio para una cama, un pequeño baño y una diminuta cocina con un mini frigorífico. Harper se sentía agradecida por tenerlo.

Sin embargo, había algo desfavorable: la zona de lavandería estaba ubicada justo al lado de una de las paredes del sótano. Esto resultaba frustrante para Harper, ya que cuando Rosalind hacía la colada, el ruido y el movimiento de la lavadora y la secadora se transmitían al sótano, perturbando su tranquilidad.

A pesar de este pequeño inconveniente, Harper consideraba que el lugar era aceptable, siempre y cuando Rosalind no necesitara utilizar la lavandería con frecuencia. Agradecida por la suerte de encontrar un alojamiento asequible, decidió adaptarse a las circunstancias y subsistir.

—¡No puedo aceptarlo! —exclamó Harper, sin ocultar la sorpresa en su voz.

Los ojos oscuros de Jules brillaron.

—Claro que puedes. Si lo aceptas, habrá un motivo menos por el cual quieras marcharte. Matt y yo lo hemos hablado y ambos estamos de acuerdo.

—No puedo mudarme a tu apartamento, Jules —insistió ella, descruzando los brazos.

Su amiga no se dio por vencida:

—Sé que hay algo que te preocupa y, por algún motivo, no quieres decírmelo. —Levantó las manos al ver la expresión de protesta en los ojos de Harper—. Soy consciente de lo que es vivir con un secreto, ¿recuerdas?

Se hizo un breve e intenso silencio.

—No hay secretos, Jules —se vio en la obligación de decir.

—Mientes fatal, Harper.

Sí. Era cierto, mentía fatal. Pero si algo había aprendido en los últimos años era a olvidar y seguir hacia delante, sin mirar atrás.

A lo lejos se escuchó el ladrido de Draco y, segundos después, las risas de los niños.

—Nos están esperando, ¿vienes?

—No, iré enseguida.

Jules percibió la tristeza de su voz y siguió su mirada hacia el agua brillante. Justo en aquel instante, un pato sobrevoló sus cabezas y aterrizó en el lago.

—¿Estás segura?

—No tardaré, lo prometo.

Jules asintió en silencio, mientras sus ojos se perdían en la inmensa masa de agua.

—De acuerdo; te estaremos esperando. No tardes mucho o te quedarás sin postre —le advirtió.

Harper no tuvo opción de réplica, porque Jules ya se había alejado. Había ido al encuentro de Wes y Elsie, los hijos de Matt. La siguió con la mirada y cuando llegó a la altura de los niños, estos se abalanzaron a sus brazos entre risas y bromas. Después echaron a correr, mientras el perro los seguía pisándoles los talones y meneando la cola con una agilidad pasmosa.

No cabía duda de que eran una familia.

Matt los esperaba, de pie en el porche, con una enorme sonrisa en los labios. Sobre él, a favor del viento, ondeaba la bandera de los Estados Unidos.

Harper se fijó en cómo Matt recibió a sus hijos. Levantó por los aires a Elsie y despeinó de forma cariñosa a Wesley con la mano. Cuando dejó a la pequeña de seis años en el suelo, se acercó a Jules. Deslizó su brazo por la estrecha cintura de su prometida y, acto seguido, la besó. No había que estar cerca para ser testigo del beso profundo y sensual.

Los vítores tras ellos se dejaron oír.

Entonces, abrumados por las exaltaciones, se separaron y sonrieron a sus invitados.

Harper sintió algo parecido a la envidia.

Avergonzada de sus propios pensamientos, decidió no dejarse llevar por aquella vil emoción. Pero antes de que pudiera hacerlo, Dave Suvari se levantó de la silla y se acercó a la pareja, mirando en su dirección con gesto huraño.

Nerviosa por el imperioso y ceñudo escrutinio del entrenador de *hoc*key, decidió darle la espalda y adentrarse en los murmullos del lago, dejándose llevar por la tranquilidad del entorno.

—Necesito que te alejes, Dave. Que te olvides de mí —murmuró.

Mientras caminaba por la orilla del lago, recordó los días de su juventud. Fueron días duros e intensos, que

quería y necesitaba olvidar. En ese momento, se dio cuenta de que la oferta de Jules era una oportunidad para seguir adelante y encontrar un nuevo propósito en su vida. Tal vez el destino le estaba diciendo que debía seguir sus pasiones y disfrutar de las cosas simples que le traían felicidad.

O tal vez pudiera volver a ver a Gray. Solo tal vez…

Aunque deseaba olvidar el pasado, la idea de calzarse los patines no le desagradaba en absoluto. Por primera vez en varias semanas, se aferró de nuevo a un sueño.

Instintivamente, rodeó los brazos alrededor de su cintura. Y así permaneció un tiempo indefinido. Con todas sus fuerzas deseó poder olvidarse de Dave y hacerlo desaparecer de la faz de la tierra, de una vez por todas.

***

—¿Ha aceptado?

—Aún no —le respondió Jules a Matt.

Su prometido la miró con curiosidad.

—Era previsible, ¿no te parece?

—Sí, así es —comentó Jules con la mirada puesta en la triste y recortada figura femenina, que se vislumbraba desde la orilla del lago.

—¿Crees que se quedará?

Jules tenía sus reservas.

—No lo sé —confesó ella. Se preguntó qué extrañas circunstancias habían traído a Harper a Midway. Como ya era habitual, no encontró respuesta alguna—. Me da la impresión de que está esperando algo.

—¿El qué?

—No estoy segura —reconoció Jules.

—¡La tarta está buenísima!

La pareja desvió la mirada hacia Elsie, que en ese momento estaba de rodillas en su silla para poder alcanzar mejor el plato. Junto a ella se encontraba Dave. La niña tenía la boca manchada de chocolate y nata. Era evidente que estaba disfrutando de lo lindo del postre. Ni Matt ni Jules pudieron contener la risa.

—Yo también quiero —comentó Matt, tirando suavemente de su prometida.

Elsie negó con la cabeza.

—Tío Dave se ha comido dos trozos. El suyo y el tuyo. —Señaló al culpable con el dedo índice.

Todos los presentes se echaron a reír. Inclusive Agnes y Wallace, los padres de Jules y Dave.

—¡No puede ser! —exclamó Matt bromeando.

Dave sonrió de forma maliciosa.

—No puedes besar y comer al mismo tiempo, amigo. Es una de las reglas de oro.

Matt le dio una palmada en el hombro a su cuñado y le devolvió la sonrisa.

—Eso es alta traición. Pero, para tu información, el beso ha sido más dulce que la tarta que te has comido.

Dave sintió el impulso repentino de soltar una carcajada, pero se contuvo. Él y Matt eran inseparables desde que tenía uso de razón. Y, más que un amigo, le consideraba un hermano. El hecho de que estuviera prometido con Jules, le llenaba de orgullo y felicidad.

Era como cerrar el círculo.

Lo cierto es que sus padres también estaban encantados con el compromiso de la pareja. Definitivamente, el futuro matrimonio uniría a las dos familias.

Matt observó a todos los presentes. Wesley más que comer, engullía su trozo de tarta, y Gigi, la novia de Dave, apenas había probado su ración. No le extrañaba; al fin y al cabo, las modelos tenían su propia concepción sobre la comida.

—No hay de qué preocuparse —dijo Vilma—. Hay otra tarta en la nevera. Iré a buscarla.

Matt se frotó las manos, satisfecho.

—Eso es estupendo. Mamá, estás en todo.

—¿Acaso no hacen eso las madres?

—¡Cierto! —exclamó Agnes Suvari, aplaudiendo a la que pronto sería su consuegra.

—Tenéis razón. —Matt se acercó y depositó un beso en la arrugada frente de su madre—. Te acompaño a la cocina.

—¡Espero que la tarta llegue sana y salva! —profirió Wallace, con un mohín divertido en los labios.

Matt percibió el sarcasmo y sonrió a su futuro suegro.

—Haré todo lo que pueda para que sea así.

Todos rieron, inclusive Wallace Suvari. Hombre serio por naturaleza y militar retirado y condecorado por el Ejército de los Estados Unidos.

Gigi se levantó en ese momento de su silla y soltó un suspiro nostálgico.

—Si me disculpáis, yo tengo que ir al baño. —Se inclinó hacia Dave y le dio un rápido beso en los labios —. Ahora vengo, no tardo nada.

Dave ni siquiera respondió. Él sabía que Gigi en muchos aspectos era una mujer hermosa y fantástica. Pero, en realidad, y si era sincero consigo mismo, sabía que había algo que fallaba en su relación. Llegó a la conclusión de que una vez pasado un tiempo, seguía sin haber una conexión entre ellos.

Se fijó en que su corto y entallado vestido no dejaba nada a la imaginación. Dave era muy consciente de que debajo de ese minúsculo trozo de tela había un cuerpo escultural, que dejaría sin aliento a más de un hombre. Pero no era su caso. Una leve sensación de traición se apoderó de él. Gigi se merecía algo más que su mera compañía, necesitaba un hombre que la quisiera de verdad. Así que cuanto antes tomara una decisión, mejor que mejor.

El simple hecho de compartir mesa con Harper había sido un castigo en sí mismo. Dave infló el pecho mientras respiraba profundamente. No había podido apartar los ojos de ella, y le dolió verla tan sombría y distante del grupo. Además, le preocupaba que apenas hubiera probado bocado. Desde el mismo instante en que se sentó en la silla, parecía querer escapar.

Dave cabeceó.

Aquella mujer le atraía y le irritaba al mismo tiempo.

Cuando Jules se sentó a su lado, la miró y preguntó:

—¿Harper está bien?

Ella se sirvió una taza de café. Ofreció otra a su hermano, pero él la declinó.

—Parece preocupada.

Aquella respuesta intranquilizó a Dave.

—¿Te ha dicho por qué? —inquirió él con un suspiro.

—No. —Su hermana bebió un sorbo de café—. Quiero ayudarla, pero no sé cómo.

Dave se recostó en el respaldo de su silla, mirando a su hermana. Él creía conocer la razón por la que Harper estaba disgustada.

—¿Quieres que hable con ella?

—¡Por el amor de Dios, Dave! ¿No crees que ya has hecho más que suficiente? —refunfuñó Jules—. Aún intento entender por qué razón no la dejas ir a los entrenamientos.

Dave se puso serio.

—Ya conoces las razones; no creo que tenga que ser más explícito.

Tras beber otro sorbo de café, Jules dejó la taza sobre la mesa.

—No, creo que no lo entiendo —dijo, y lo miró con recelo—. Lo cierto es que me gustaría saber el porqué, si quieres explicármelo.

De repente, él se dio cuenta de que Jules y Harper estaban más unidas de lo que había supuesto en un principio. Sintió el impulso repentino de levantarse de la silla y alejarse, pero al final no lo hizo.

—Ya conoces mis reglas, Jules.

La respuesta de Dave no terminó de convencerla. Percibió la impaciencia en su voz y eso la preocupó. Su hermano era un gran hombre, había sido uno de los mejores jugadores de la NHL y después de una grave lesión de rodilla, que le había retirado de la élite, había aceptado entrenar al equipo local. Dave había tenido muchas experiencias, seguramente unas mejores que otras. Pero ella sabía que, respecto al amor, no había sido un hombre afortunado.

Gigi era el vivo ejemplo de ello, la relación en sí estaba abocada al fracaso. No pudo evitar preguntarse qué es lo que sentiría Dave en realidad por Harper.

Era evidente que ni él mismo lo sabía. Así que decidió ser comprensiva con él.

—Dave, en más ocasiones de las que creemos las reglas están para romperse.

Él contuvo un suspiro.

—No entiendo lo que quieres decirme.

Jules comprendió lo profundas que eran las dudas de su hermano.

Dave tenía el presentimiento de que si dejaba entrar a Harper en su vida o en la pista de hielo, se iba a arrepentir.

—Es extraño, ¿no te parece? —preguntó Dave. Ella lo miró, sin comprender—. Que quiera asistir a los entrenamientos —aclaró él.

—Sí —afirmó Jules.

—Entonces, ¿comprendes mis dudas?

Se fijó en el gesto ceñudo de su hermano. Jules alargó la mano y le acarició la frente.

—Dave, la vida es como un partido de *hockey*. A veces las jugadas no salen como uno tiene previsto, y en el último segundo debes arriesgar más de la cuenta antes de tirar a portería —comentó, dejando caer la mano sobre su rodilla.

Dave se quedó allí, pensativo. Era evidente que su hermana tenía razón, para ganar había que arriesgar. Pero Harper era un misterio para él y tenía el presentimiento de que confiar en ella podría resultar peligroso.

Giró la cabeza hacia el lago y la vio allí. Le dio la impresión de que estaba cómoda con su soledad, con la serenidad del entorno.

Volvió a sopesar los pros y los contras.

Y, como ya era costumbre, ganaron los contras.

CAPÍTULO 2

Harper abrió los ojos y soltó una palabrota, pero, de inmediato, apareció una expresión de culpabilidad en su rostro.

No tenía derecho a quejarse porque, al menos, tenía un techo donde cobijarse.

Respiró profundo, pero antes de exhalar todo el aire se sobresaltó cuando la secadora golpeó contra la pared de su cabecero. Al tiempo que la lavadora centrifugaba, a más revoluciones de lo que debería estar permitido, dando la impresión de que saldría de un momento a otro dando pequeños saltos del cuarto de la lavandería. Era evidente que Rosalind se había levantado con energía esa mañana y había decidido ponerse a hacer la colada. Se sentó en la cama, adormilada. Pesarosamente, se pasó las manos por el rostro y luego las llevó hasta las orejas. Cubrió sus oídos, pero el incesante y perturbador ruido no disminuyó lo suficiente.

En ese instante la propuesta de Jules le pareció más atractiva que nunca. Mudarse al apartamento que había sobre la librería podía ser una solución a largo plazo. La idea de prolongar su estancia en Midway volvía a recobrar sentido.

Justo en aquel momento, la lavadora golpeó con fuerza contra la pared. Harper se dejó caer de espaldas sobre el colchón y soltó un bufido de desagrado. Si no quería volverse loca, debía salir de allí lo antes posible. Ladeó la cabeza, en busca del móvil. Lo encontró sobre el taburete que hacía las veces de mesita de noche.

Cuando se encendió la pantalla, soltó un resoplido lastimero. Apenas eran las seis de la mañana.

—¡Madre mía, Rosalind! —exclamó, tirando el teléfono sobre la cama—. Esta no es forma de tratar a los huéspedes.

Sentada sobre el colchón, recordó la conversación del día anterior. No podía dejar de preguntarse si la situación se le estaba yendo de las manos. Cuanto más tiempo guardara el secreto, menos posibilidades de que Jules y las personas que ya habían empezado a importarle la perdonaran. Por mucho que la sorprendiera había comenzado a integrarse en un grupo de amigos, de verdad.

Y eso era algo que no deseaba perder.

En ese momento se dio cuenta de que la oferta de Jules era una oportunidad para seguir adelante y encontrar un nuevo propósito en la vida. Tal vez el destino le estaba diciendo que debía seguir sus pasiones y disfrutar de las cosas simples que le traían la felicidad.

Era una mujer de treinta y dos años que aún tenía miedo de salir al mundo, de equivocarse y de experimentar. Se había pasado la niñez y la juventud esclava de los deseos de otros, que aseguraban que querían lo mejor para ella. Pero, no era cierto. Solo había vivido bajo el influjo de la tiranía y la disciplina.

Solo competiciones, gente que apenas conocía y vestuarios.

Poco más.

Había sudado y entrenado hasta la extenuación para que otros se llenasen los bolsillos y se colgasen, simbólicamente, las medallas al cuello.

Sin embargo, en algún punto entre su juventud y madurez, se dio cuenta de que todo por lo que había luchado en los últimos años era una farsa. Aunque había recorrido el mundo entero, se dio cuenta de que apenas conocía las ciudades que visitó durante sus competiciones. Solo estaba familiarizada con las mejores pistas de hielo, como las de Toronto, Finlandia, Turín y Madrid.

«No, no podía volver a ser aquella muchacha inmadura y tímida», pensó mientras su mente evocaba recuerdos.

«Otra vez no», se dijo al cerrar los ojos. Nunca más.

Pero patinar, volver a calzarse unos patines, no tenía por qué significar regresar al pasado; más bien, era una manera inteligente de decirse a sí misma que lo había superado.

Suspiró y recorrió el sótano en sentido inverso. La idea de patinar seguía allí, y a medida que pasaban los minutos, se hizo más patente. Alcanzó su móvil y buscó la melodía que ya resonaba en su mente. Hacía años que no la escuchaba y al hacerlo de nuevo, sintió un escalofrío que le recorrió la columna vertebral, de arriba abajo y de abajo arriba.

La lista de Schindler.

La melodía llegó a ella, pero no como un bálsamo de paz, sino que se enredó con el dolor y con los

recuerdos.

Walter.

Los ojos se le llenaron de lágrimas al recordarlo. Lo odiaba y solo esperaba que estuviera muy lejos de ella o a dos metros bajo tierra. Walter la había marcado de por vida. Las cicatrices seguían ahí y supuso que, a esa altura de su vida, jamás se cerrarían del todo.

Apagó la música y pensó que, con un poco de suerte cuando llegase a la pista de hielo, el entrenamiento de *hockey* ya habría terminado.

Complacida con la idea, apartó el edredón y dejó caer los pies al suelo con la única intención de darse una ducha y arrastrar con el agua también los malos recuerdos.

***

Gray se ajustó los patines, se levantó del banquillo y sintió cómo la fría superficie se adhería a sus cuchillas. Tras la intensa sesión de calentamiento, sus músculos estaban preparados y su corazón bombeaba con fuerza entre sus costillas. Avanzó por la pista y con cada paso que daba se llenaba de energía y anticipación. Pasó cerca de Wilson y lo saludó con un asentimiento de cabeza, mientras sus manos se envolvían alrededor del *stick* sintiendo su ligereza cuando lo balanceó.

Dave patinó hasta el centro de la pista, se unió a los muchachos y les pidió que se acercaran.

—Hemos trabajado los giros rápidos, ataques de frenada y arranques explosivos. Además de las técnicas de pase y diferentes situaciones de ataque y defensa. Ahora necesito que lo pongáis en práctica. Recordad que el trabajo en equipo es clave. Quiero coordinación y comunicación entre vosotros para realizar las jugadas —gritó Dave, de forma que su voz reverberó contra las paredes y el techo del pabellón—. No quiero excusas, quiero ejecución. ¿Lo habéis entendido?

—Sí, entrenador —vociferaron los jóvenes al unísono.

—De acuerdo, entonces demostradme lo que sabéis hacer.

Las palabras del entrenador no cayeron en saco roto para Gray. Últimamente había estado algo distraído, quizás más de la cuenta. Pero había llegado el momento de volver al terreno de juego y sumergirse en un estado de concentración total.

Necesitaba demostrarse a sí mismo, y al entrenador, su valía. No más autocompasión, no más sentimientos encontrados y no más ideas tontas y absurdas. Le urgía volver a la pista y dar lo mejor de él. De no ser así, Dave Suvari se cabrearía y no dudaría en sentarlo en el banquillo en el próximo partido.

Respiró hondo y estuvo atento. Buscó el disco con la mirada y, con el corazón galopando entre sus costillas, fue a por ella. Se anticipó al movimiento de su compañero mientras sus piernas se movían rápido, yendo de un extremo a otro de la pista averiguando cuál sería la mejor posición para realizar un gol.

Escuchó gritar a Miller cuando le robó la pastilla, pero hizo oídos sordos a su petición.

—¡Pásala, Gray! —le pidió Anderson.

Lo esquivó e ignoró el juramento de su compañero cuando lo dejó atrás.

El sonido del choque de palos y el chirrido de los patines contra el hielo fue lo único que necesitó Gray para no perder el disco y aumentar la velocidad que necesitaba para llegar a la portería.

Harris se cruzó en su camino, pero él le sorteó en el último segundo de la carrera.

—¡Maldita sea, Gray! ¡Pásalo ya y deja de alardear! —gritó Dave, malhumorado.

Gray desoyó la orden del entrenador. No podía perder el control, necesitaba demostrar su habilidad y contribuir así al éxito del equipo. A medida que avanzaban los segundos, sintió la adrenalina corriendo por sus venas, impulsándole a superar sus límites, a dar lo máximo de él y demostrarles a sus compañeros que estaba dando lo mejor de sí.

Desafió a su propio instinto y cuando vio a Bovari —el portero—, con un control absoluto, lanzó la pastilla a la red y marcó gol.

En vez de vítores y excitación, la pista se envolvió de un sepulcral silencio. Cuando Gray levantó la mirada de la fría superficie y se fijó en el entrenador supo que su ejecución, a pesar de haber sido perfecta, no había sido la esperada.

—¿Qué mierda ha sido eso, Gray? —le preguntó Dave al llegar a su lado—. No juegas solo, te recuerdo que sois un equipo y, como tal, tenéis que ejecutar.

A Gray le costaba respirar, aún no se había recuperado del esfuerzo de su hazaña.

—Ha sido una jugada perfecta —replicó.

Dave arqueó las cejas, sorprendido por la respuesta.

—No, no lo ha sido. Ese pase no era para ti, deberías haberle pasado la pastilla a Anderson.

Gray miró a su alrededor, y el malestar de sus compañeros era más que evidente. Con la respiración aún agitada y el orgullo malherido, asintió levemente con la cabeza.

—Lo siento.

—¿Lo sientes? —inquirió Dave, irritado. Desafiándole con la mirada—. No me vale que lo sientas, Gray. Necesito que ejecutes, que pases la pastilla a tus compañeros. Pero ¿a ti qué cojones te pasa?

Dave no obtuvo respuesta, aunque tampoco la esperaba.

—¿No tienes nada que decir?

—Ya he dicho que lo siento, ¿no es suficiente?

El arranque de ira fue más que notorio, lo que hizo que Dave lo acribillara con la mirada.

—¡Vete al vestuario! —Al ver que el muchacho no se movía, Dave reunió la poca paciencia que le quedaba—. ¡Ya mismo! ¡Vete al vestuario, Gray! No me lo hagas repetir.

Gray levantó la cabeza como un resorte, con una mirada desafiante.

—Quiero seguir jugando.

La mirada de advertencia no pasó desapercibida para Dave.

—Los jugadores imprudentes no pueden seguir en pista.

—Esta vez lo haré mejor —comentó Gray, controlando su tono de voz.

—Sal de la pista, Gray. No lo voy a repetir. ¡Lárgate!

Gray maldijo en silencio. Contradecir al entrenador solo le traería problemas. Cabizbajo se retiró de la pista de hielo bajo la atenta mirada del resto de sus compañeros. Solo Miller patinó hacia él.

—Gray…

—Déjalo, Miller.

Su compañero y amigo se detuvo y lo observó alejarse. Cabeceó y soltó un bufido, dejando patente su frustración.

—¡Miller, vuelve! —le ordenó Dave—. El entrenamiento aún no ha terminado para ti.

Miller giró y patinó hasta el centro de la pista con la cabeza gacha.

—¡Está bien! Recordad que somos un equipo y quiero que lo deis todo en el hielo. Lo que acaba de ocurrir no volverá a suceder, ¿lo habéis entendido?

—Sí, entrenador —rugieron los jóvenes.

—De acuerdo, volvamos a empezar.

Cuando el disco volvió a ponerse en movimiento y el sonido de los choques de los *sticks* volvieron a llenar el ambiente, Dave miró hacia la puerta que llevaba a los vestuarios.

Hablaría seriamente con el muchacho y descubriría qué era lo que estaba pasando. Si de algo estaba seguro era que no podía perderlo, porque Gray era clave para el equipo.

***

Cuando Harper llegó a la pista de hielo y encontró el lugar vacío, una mezcla de sentimientos encontrados la invadió. No sabía si sentirse decepcionada por la ausencia del equipo de *hockey* o aliviada por tener aquel espacio solo para ella. Con un suspiro, se dirigió al banquillo y depositó sus patines en el suelo con delicadeza. Se despojó de la sudadera que la protegía del frío y sintió una familiar conexión con la superficie pulida que la rodeaba, una conexión que había experimentado desde que era apenas una niña.

La pista de hielo era mucho más que un simple escenario para ella. Había sido su hogar, su refugio durante incontables horas de entrenamiento y dedicación. Allí, la gravedad perdía su dominio y las leyes físicas parecían desafiar la realidad. Sobre el hielo podía expresarse de una manera única y elegante, liberando su creatividad y mostrando al mundo su talento innato.

Sin embargo, la pista de hielo también había sido testigo de sus momentos más difíciles. Allí se había enfrentado a lesiones, caídas y obstáculos que parecían insuperables. Pero cada vez que se encontraba en aquel lugar sagrado, su determinación se fortalecía. No importaba cuántas

veces se hubiera caído, siempre se levantaba con más fuerza, dispuesta a superar cualquier adversidad. En la pista de hielo había encontrado su verdadera felicidad y, por desgracia, también a Walter. El pensamiento en sí la entristeció. Era consciente de que ese hombre se había convertido en su peor pesadilla y había marcado un antes y un después en su vida.

Un nudo le cerró la garganta. No podía reaccionar ante el recuerdo del que fue su entrenador. En algún momento se rindió y tomó una decisión. Llegado a un punto en el que no podía aguantar más, recogió las pocas pertenencias que tenía y desapareció, sin despedirse de nadie. Ni siquiera de sus padres, de su hermana ni sus sobrinos.

De eso hacía cuatro largos años. Y, a día de hoy, nadie sabía que vivía en Midway y eso, de alguna manera, la tranquilizó.

Tembló, enfadada consigo misma por permitir que Walter la hiciera daño y siguiera tan presente en su día a día.

Dejó escapar un suspiro entrecortado, pensando que por fin había dejado atrás la presión de las competiciones, las expectativas y los errores cometidos que habían desafiado su confianza y puesto a prueba su determinación. Sin embargo, había asimilado que cada desafío podía ser una oportunidad para crecer y aprender, y encontrar fuerzas para seguir adelante.

Ahora era una mujer más fuerte, más segura de sí misma.

Así, en aquel instante de tranquilidad en la pista de hielo vacía, se preparó para enfrentar sus últimos miedos y desplegar todo su talento. Sabía que aquel lugar era un reflejo de su propio ser, un espacio donde la pasión y el esfuerzo se encontraban en perfecta armonía. Con una sonrisa en los labios y los ojos llenos de determinación, se colocó los patines y se lanzó al hielo.

Los patines se deslizaron suavemente sobre el hielo pulido, transmitiéndole una sensación de fluidez y control. No estaba del todo desentrenada, y eso la hizo sonreír. Su cuerpo recordaba cada paso, cada giro y movimiento. Inspiró profundo y expulsó el aire despacio, mientras trazaba líneas sencillas en la pista. Pudo sentir el agarre firme de las cuchillas bajo sus pies, brindándole la confianza necesaria para expresarse plenamente. Era como si el hielo la abrazara, guiándola en cada pirueta y dándole la libertad de volar.

A medida que la música de su móvil resonaba en sus oídos, una sincronía perfecta se estableció entre el ritmo y sus movimientos. Ejecutó un giro rápido y elegante, mientras su cuerpo se estiraba y contorsionaba en una posición desafiante. La fría brisa acariciaba su rostro, aportando una sensación refrescante y estimulante a ese momento. Harper se sumergió por completo en su ser interior, dejando que su cuerpo y su alma se fundieran con la música y el hielo.

Agotada por el esfuerzo, pero feliz, se deleitó con la sensación de estar viva y lejos del hombre que había hecho que su vida se convirtiera en un infierno. Levantó los brazos hacia el cielo en perfecta armonía con su último movimiento, como un tributo a la belleza y la gratitud que sentía por el patinaje. La satisfacción se reflejaba en su sonrisa radiante, mientras el hielo conservaba la huella imborrable de su actuación.

Por unos segundos se olvidó de todo, incluso de Walter.

Con la respiración agitada, amplió su sonrisa y se permitió obviar algunos momentos malos de su vida. No consintió que la desilusión, que aún inundaba su corazón, enturbiara aquel momento. Sabía que debía aprender de sus errores y se prometió a sí misma superar los obstáculos del pasado. Quizás fuera posible que la pista de hielo siguiera siendo su refugio, su lugar de aprendizaje.

Sin embargo, la magia y la emoción del momento se desvanecieron cuando un estruendo de aplausos

interrumpió la tranquilidad. Sorprendida, Harper giró la cabeza hacia la figura que emergía de entre las sombras, y su sonrisa se esfumó al instante. Reconoció a Dave, con una mirada peligrosa en sus ojos.

CAPÍTULO 3

—Ahora no me cabe la menor duda. Tu nombre y apellido me resultaban familiares, aunque no recordaba de qué; así que lo busqué en Google —comentó Dave, llevando una de las manos al bolsillo delantero del pantalón, en busca de su teléfono—. Harper Foster, ganadora de una Medalla Olímpica, del Campeonato Mundial de Patinaje Artístico y el Grand Prix —leyó en la pantalla de su móvil—. Impresionante.

Ella se quedó sin habla un instante. Sintió pánico, pero sabía que de nada serviría desmentir esa información.

Un golpe hizo que ambos dirigieran la mirada hacia la entrada de los vestuarios.

Wilson los miró confundidos.

—Disculpad, venía a hablar con el entrenador, pero veo que está ocupado —dijo el muchacho, examinando a Harper con los ojos muy abiertos—. ¿Es eso cierto? ¿Eres Harper Foster?

Dave la observó y por su mirada supo que era toda una declaración de guerra. Se volvió hacia Wilson:

—Hablaremos más tarde, ¿de acuerdo?

—Sí, claro —dijo el muchacho—. Solo venía a decirle que hemos estado hablando y queremos ganar la próxima temporada, y que nos gustaría seguir entrenando este verano.

Dave se quedó sorprendido por la iniciativa que demostraba el equipo, también pudo percibir el entusiasmo en la voz del muchacho.

—Está bien, concretaremos los detalles en el próximo entrenamiento.

—Estupendo. Gracias, entrenador —se despidió Wilson.

—Maravilloso, Dave. Ahora todo Midway sabrá quién soy. —Harper señaló la puerta del vestuario—. Lo gritará a los cuatro vientos en cuanto salga de aquí.

—Y, ¿qué importancia tiene eso? —preguntó, enfadado—. Los títulos que has ganado deberían hacerte sentir orgullosa.

Harper aún tenía el corazón desbocado y la respiración agitada; aun así, se repuso lo bastante para responder. Lo hizo mirando a Dave a los ojos:

—Soy solo Harper Foster. Los títulos no van conmigo.

Dave la estudió en silencio y luego, sonrió.

—Pues es una pena, porque son títulos muy valiosos en el mundo del deporte —comentó con brusquedad. Sus ojos se encontraron y advirtió hasta qué punto estaba ella incómoda. Quizás esa fue la razón por la que su tono de voz se suavizó—: Déjame decirte que tu manera de patinar es fascinante.

Ella no se dejó llevar por los halagos. Deslizó los patines por el hielo pulido para llegar a las bandas de protección. Cuanto antes saliera de allí, mejor que mejor. Se ayudó de las barras de contención para salir de la pista y, una vez allí, anduvo de puntillas hasta llegar al asiento donde descansaban sus pertenencias.

—Lo que he dicho, ha sido en serio.

Harper adoptó una expresión de sorpresa al oír aquello. Hacía mucho tiempo que no escuchaba elogios por su forma de patinar. Luchó contra su reacción, se envalentonó y recuperó el equilibrio emocional. De ninguna manera permitiría que él supiera lo que pensaba. Su instinto de supervivencia era demasiado fuerte como para caer rendida en el primer asalto. Respiró hondo y soltó el aire.

—No me interesa tu opinión, Dave. Así que ahórrate los halagos, por favor. —Se quitó los patines y los guardó con cuidado en la bolsa, bajo la atenta mirada masculina. Intentó mantener los nervios bajo control; sin embargo, no lo consiguió. La cremallera se atascó y ella tiró con más fuerza de la cuenta hasta lograr cerrarla.

Dave no se dejó amedrentar. La mujer que tenía ante sí era una leyenda del patinaje artístico. ¿Cómo no se había dado cuenta antes? Seguramente, porque hacía varios años que estaba retirada de las pistas.

Habían transcurrido casi seis meses desde que Harper Foster llegó a Midway y entró en su vida; y para él había sido algo más que un quebradero de cabeza. Sin embargo, en ese instante, mientras la observaba calzarse las deportivas, quedó cautivado por su belleza y sintió una mezcla de fascinación e irritación. La estilizada figura de Harper y su baja estatura le otorgaban un poderoso dominio sobre el hielo. Había sido testigo de sus piruetas desafiantes a la fuerza centrífuga, mientras se contorsionaba en posturas tan imposibles como hermosas.

—¿Esta es la razón por la que querías ver los entrenamientos de *hockey*?

Harper sintió el impulso de mentir, de decir cualquier cosa para escapar y alejarse de Dave, donde él no pudiera encontrarla. Pero, en el último instante, una voz interna la detuvo. Se recordó a sí misma que su vida ya estaba llena de mentiras, que ella era una mentira en muchos aspectos, y que ya había huido demasiadas veces en el pasado. Así que decidió ser sincera:

—No.

A pesar de la reacción que provocó en Dave, Harper evitó encontrarse con su mirada. Tomó apresuradamente su sudadera y su bolsa, con la única intención de abandonar el pabellón. Sin embargo, antes de que pudiera escapar, Dave la detuvo sujetándola con suavidad por el antebrazo, procurando no causarle ningún daño.

Harper sintió una fuerte necesidad de apartarse de él. Estaba demasiado cerca, era imponente en su altura y corpulencia. Su cabeza apenas alcanzaba a llegar a la altura de su barbilla. No quería fijarse en su nariz un poco torcida ni percibir el masculino aroma que desprendía su piel. Su única prioridad en ese momento era salir de allí, lo más rápido posible.

—Por favor, hablemos —insistió Dave, buscando comprender lo que estaba sucediendo.

—No hay nada de qué hablar, Dave. —Harper se amonestó a sí misma por temblar tanto por dentro como por fuera. No quería hablar, no quería revelar la verdad que durante tantos años había estado ocultando.

Cuando él percibió su miedo, la soltó y dio un paso atrás, respetando su espacio.

—Me gustaría saber lo que está pasando —instó, preocupado por ella.

Pero Harper sabía que no podía dejar que él supiera la verdad. No quería que descubriera que Gray era su hijo. El chico ya tenía una familia. En el pasado, ella se había preocupado de que fuera así. Se cuestionó, una vez más, por qué estaba allí. Pero, como de costumbre, no encontró respuesta. Debía ignorar esos sentimientos y encerrarlos bajo llave hasta que pudiera controlarlos por completo.

Gray merecía ser feliz. Y eso era lo que importaba en ese momento.

—Ahora no, Dave —dijo firme.

—Entonces, ¿cuándo? —preguntó él.

La dureza en su voz hizo que ella levantara la vista y lo mirara furiosa.

—Quizás nunca —respondió sin más.

Sin titubear, corrió hacia la puerta de salida. Cuando llegó al exterior pudo llenar sus pulmones de aire, aunque lamentó que este ya fuera denso y cálido. Se apresuró hacia la librería, dando zancadas largas. Si no se daba prisa, llegaría tarde. Y eso no sería nada profesional.

***

Harper entró en la librería como una exhalación, pero de inmediato lamentó su apresurada llegada al darse cuenta de que tanto Jules como el cliente con quien hablaba detuvieron su conversación y desviaron sus miradas hacia ella.

—Lo siento —se disculpó.

Jules la miró.

—¿Estás bien? —preguntó, preocupada.

—Sí, estoy bien. Es increíble el calor que hace esta mañana —se quejó Harper, mientras se dirigía al mostrador.

Aunque Jules no parecía muy convencida, el cliente le hizo una pregunta y ella se volvió con una sonrisa en los labios, retomando su atención hacia él.

Harper observó cómo la luz de la mañana incidía en las estanterías de madera repletas de libros usados y nuevos. Los libros manoseados tenían una belleza especial. Sus portadas, una vez vibrantes y nítidas, ahora mostraban signos de desgaste y arrugas, evidencia de su largo viaje a través de otras manos desconocidas. Eran una invitación a descubrir nuevas y viejas historias. Allí los clásicos, hasta las novelas contemporáneas, pasando por la poesía y los ensayos tenían una nueva vida, a pesar del polvo acumulado y sus hojas amarillentas. Inhaló el suave aroma a papel antiguo y tinta que tanto le atraía.

Aunque llevaba casi seis meses trabajando en la librería, Harper no dejaba de sorprenderse por el ambiente tranquilo y sereno que se respiraba en aquel lugar. Era un refugio para ella, un espacio donde el tiempo parecía detenerse y las preocupaciones se desvanecían. Casi sin darse cuenta, la librería en sí se había convertido en su

refugio, un lugar calmado y sereno. Agradeció en silencio las ausencias de Jules, cuando estuvo al cuidado de los hijos de Matt. Durante ese tiempo en soledad había sido ella quien había resurgido de las cenizas.

Sin embargo, tenía la impresión de que el pasado siempre lograba alcanzarla. Dejó la bolsa de los patines debajo del mostrador, las piernas aún le flaqueaban y tuvo que apoyarse en la silla. Recordar la conversación con Dave fue más de lo que pudo soportar. Se cubrió los ojos con las manos. Estaba metida en un lío, porque sabía que él no dejaría las cosas entre ellos así como así.

Era indudable que Dave era persistente, tanto dentro como fuera de la pista de hielo. Harper dejó caer las manos cuando escuchó la suave melodía del carillón de viento. Lamentó en ese instante que fuera Jules quien se encontrara frente a ella, con una mirada inquisitiva y significativa.

—Dave me ha llamado antes de que llegaras. Según él, estás algo alterada —indicó Jules.

Harper sintió una mezcla de frustración y enojo. Estaba segura de que iba a matar a Dave cuando lo volviera a ver.

¿No podía olvidarlo sin más?

Harper ya conocía la respuesta de antemano y eso la enfureció aún más. Dave no se detendría, insistiría una y otra vez hasta obtener lo que quería.

Era un luchador, y los luchadores no solían cesar en su empeño.

A lo mejor si se mudaba al apartamento de Jules y se escondía allí, como una forma de escapar de su persistencia, él al final desistiría. Pero Harper lo dudaba. Estaba claro que Dave no se daría por vencido tan rápido.

Antes de dejarse arrastrar por un mar de dudas, respiró profundo y se obligó a salir de su abatimiento. Miró a Jules, preparándose para afrontar un día largo y desafiante. Tenía la impresión de que en esa batalla iba a perder más de lo que podría ganar.

—Como de costumbre, Dave exagera.

—Yo creo que no.

Harper se puso tensa.

—He ido a patinar, no hay mucho más que decir.

—Eso ya lo sé y, según tengo entendido, ha sido una actuación impresionante.

Harper comprendió que aquello no iba a ser fácil. Se le habían agarrotado los músculos del estómago ante la idea de que aflorara su pasado. En un intento de aplacar los nervios se llevó la mano debajo del pecho.

—He patinado desde que era una niña —explicó.

Jules asintió, como si entendiera el significado detrás de esas palabras, pero Harper percibió cierta reticencia en su gesto.

—Yo también he patinado durante toda mi vida y, sin embargo, no puedo realizar saltos vertiginosos en el aire ni ejecutar piruetas imposibles sobre el hielo —comentó Jules, recordando las palabras de su hermano.

Harper pensó que no había sido para tanto, apenas había sido una exhibición. Un simple calentamiento para los músculos. Se fijó en que Jules la miraba con gesto amable; así que no le quedó otra opción que decir la verdad:

—He sido patinadora profesional, pero eso ya quedó atrás —confesó, sintiendo un nudo en la garganta. El peso de su historia seguía ahí, más patente que nunca.

Jules se cruzó de brazos y observó a Harper atentamente.

—Nada queda atrás, Harper. De alguna manera, aunque no sé con exactitud cómo, todo evoluciona —afirmó Jules con convicción.

Harper intentó forzar una sonrisa, pero no lo consiguió.

—Supongo que tienes razón.

Intrigada por el ánimo de su amiga, Jules decidió indagar más a fondo:

—¿Qué ocurre, Harper? —preguntó con cautela.

Harper tragó saliva, desviando la mirada hacia el escaparate. Los rayos de la luz matutina se filtraban a través del cristal, iluminando las estanterías de madera que albergaban libros nuevos y usados, creando un ambiente cálido y acogedor.

—He intentado borrar el pasado tantas veces que ya he perdido la cuenta —admitió en un susurro—. Es complicado, Jules.

Jules arqueó las cejas y decidió no acercarse a Harper. En realidad, estaba segura de que su amiga necesitaba espacio y mucha voluntad para aclarar lo ocurrido.

—Si te soy sincera, siempre lo es.

—Sí, siempre es complicado —dijo Harper, bordeando el mostrador.

—Estás muy pálida. Si tuviera una botella de *brandy*, apuesto que te vendría bien un buen trago —comentó Jules.

—Estoy bien, no tienes de qué preocuparte —contestó Harper, aunque sabía que su amiga no la creería.

Jules no se dejó engañar ni por un momento.

—¿Vas a contarme lo que está ocurriendo o voy a tener que sacártelo a la fuerza? —inquirió Jules—. Si no se lo cuentas a tu mejor amiga, ¿en quién más podrías confiar?

Harper se quedó inmóvil, sopesando sus opciones. Si no podía confiar en Jules, ¿en quién más podría hacerlo?

Reuniendo todo el valor necesario, inspiró con fuerza.

Jules le lanzó una mirada en la que se mezclaba compasión y preocupación.

—Será mejor que cierre la librería.

—¡Jules, por favor!

—¡Oh, sí! Conozco esa mirada, la he visto muchas veces en el espejo —respondió Jules decidida, acercándose a la puerta y girando el cartel.

Cerrado.

—Jules, ya tendremos tiempo para hablar —empezó a decir Harper, aunque estaba claro que ya era demasiado tarde.

—No, de eso nada. Aún recuerdo la historia que me contaste de Teresa de Carrabús y Josefina Bonaparte, ¿recuerdas?

Harper sonrió al rememorar la conversación en la que había compartido con Jules la historia de las dos mujeres, tratando de fortalecer su amistad en la época más agitada de Francia del siglo XIX.

—Sí, lo recuerdo.

Jules se sentó en el banco de madera y cruzó las piernas con actitud de espera.

—Bien, cuéntame qué está pasando. Te aseguro que mi hermano no es un tipo alarmista y, cuando hablé con él por teléfono, tuve la sensación de que se estaba acabando el mundo. —Le sostuvo la mirada hasta ver la rendición reflejada en los ojos de Harper—. De acuerdo, empieza por el principio.

CAPÍTULO 4

Matt le ofreció a Dave una lata fría.

—Gracias —dijo este, aceptando la cerveza.

Sentados en el porche, Matt se mantuvo en silencio mientras su mirada se perdía en el horizonte, justo en el punto donde el cielo y el lago se fundían en una línea difusa, pero tangible. Aunque sabía que era un efecto óptico, parecía una realidad muy palpable. Pensó que de alguna manera con la vida ocurría lo mismo. Sin decir una palabra, se giró en el banco y observó a su amigo. Lo que acababa de decirle Dave sobre Harper lo había impresionado también a él.

—Es evidente que es una patinadora profesional —señaló Matt—. Pero, desde mi punto de vista, es irrelevante.

Dave reflexionó y dio otro largo trago de cerveza. La bebida fría reconfortó su garganta seca; así como sus pensamientos. Lo más sensato sería olvidar lo que había visto y seguir adelante con su vida, pero había algo en Harper Foster que le atraía e inquietaba al mismo tiempo. No sabía muy bien cómo expresarlo.

—Te equivocas. Hay algo en ella… —expuso Dave, buscando las palabras adecuadas para describir lo que sentía.

—¿El qué? —le interrumpió Matt—. Harper es genial, tú ya deberías saberlo.

—No ha sido completamente sincera con nosotros —objetó.

Matt vaciló ante la respuesta de Dave y, desconcertado, clavó sus ojos en los de su amigo.

—Espera un momento… Harper es patinadora, no una ladrona ni una asesina. ¿Se puede saber qué te pasa? —preguntó Matt, confundido.

Dave maldijo en voz alta, expresando así su frustración.

—¡No lo sé! Pero hay algo en ella que me irrita.

Matt frunció el ceño, tratando de comprender la actitud de su amigo.

—Harper es increíble y la mejor amiga de Jules. ¿Qué puede haber en ella que te moleste?

Los ojos de Dave se encontraron con los de Matt. Era muy consciente de que estaba cruzando la línea entre la desconfianza y la lealtad. Su enojo era más que evidente, porque por alguna extraña razón se sentía traicionado por Harper.

Cabreado consigo mismo, dio otro sorbo de cerveza.

—En realidad, no me molesta nada; solo digo que me hubiera gustado que fuera sincera desde el principio. Se supone que somos sus amigos —admitió con un deje de decepción en su voz.

—¿Amigos? ¿Tú y Harper? —precisó Matt bruscamente, sin preocuparse por ocultar su reproche—. A mí me parece que pronunciar vuestros nombres en una misma frase es de por sí bastante peligroso.

Dave se hizo cargo de la situación. Era indiscutible que Harper y él no habían comenzado con buen pie.

—Quizás nunca debí haberla dejado entrar a los entrenamientos —murmuró.

—¡Venga ya, Dave! —gruñó Matt.

Volvió la cabeza y miró a su amigo, entre perplejo y retador.

—Tengo la impresión de que juega conmigo al ratón y al gato, ¿es que no te das cuenta?

Matt quería decirle que no se preocupara, pero en el fondo sabía que sería inútil. Dave no confiaba en Harper y eso lo resumía todo.

—No es ningún delito que no nos haya dicho que fue en su momento patinadora de élite, ¿no crees?

Dave sabía que, en el fondo, muy en el fondo, Matt tenía razón. Cada cual tenía derecho a hacer con su vida privada lo que quisiera. Entonces, ¿por qué le irritaba tanto Harper Foster?

—¿Crees que he perdido el sentido común? —preguntó Dave un momento después.

Matt echó la cabeza hacia atrás y la apoyó en el respaldo del banco.

—Creo que has perdido algo más que eso —admitió.

—¿El qué? —quiso saber Dave, intrigado.

—Has perdido tus modales, amigo —respondió Matt, con ironía—. Por el bien de todos, deberías disculparte y tratar de ser menos impertinente en un futuro.

Dave fue a replicar, pero la protesta coincidió con un estallido de risa por parte de los niños.

—¡Papá, ven a ver! —La impaciente voz de Wesley resonó alta y clara desde la orilla del lago.

Matt se levantó del banco y aguardó unos segundos. Los niños estaban sentados en cuclillas, supuso que habrían encontrado algún renacuajo, un ratoncillo de campo que se había muerto o ahogado o alguna que otra maravilla procedente del lago que había captado su atención.

—Me reclaman. —Dejó la lata de cerveza sobre la mesa—. Piensa en lo que te he dicho.

Dave lo observó fijamente con el ceño fruncido.

—Deberías saber que eres el peor amigo del mundo.

Una carcajada brotó de la garganta de Matt.

—No te equivoques, Dave. Soy tu mejor amigo, por eso te duelen mis comentarios.

***

Gray escuchó los gritos de entusiasmo de dos niños en la orilla del lago y se preguntó qué habrían encontrado. Los observó con nostalgia, recordando su propia infancia. Metió las manos en los bolsillos de su pantalón y continuó su camino, perdido en sus pensamientos. Sin duda habían sido unos años increíbles, felices y sin demasiados conflictos. Pensó en su madre y al menos pudo reprimir las lágrimas.

Estaba enferma y débil, aunque ella no solía hablar del cáncer. Él sabía que les quedaba poco tiempo juntos.

La vida era una mierda, una sarta de mentiras.

Y luego estaba Miller y aquel estúpido beso.

Suspiró y pensó que desde hacía un tiempo era todo diferente. A sus dieciséis años la vida se mostraba ante él desordenada y demasiado cruel. Recordó el entrenamiento de esa mañana y suspiró de nuevo con frustración.

La había jodido y bien.

Había dejado que las emociones lo dominaran y eso había afectado a su rendimiento.

El entrenador no sería indulgente, de eso estaba seguro. A partir de ahora, tendría que trabajar el doble y, a cambio, recibiría menos palmadas reconfortantes en la espalda.

Lo cierto es que se había dejado llevar. Estaba frustrado, enfadado consigo mismo por sentir algo que no debía sentir. Pero era difícil ignorar los sentimientos que bullían en su interior.

De repente, un ruido lo sacó de su ensimismamiento y giró rápidamente, escrutando el camino y los árboles a su alrededor. Su corazón dio un vuelco cuando vio a Miller acercándose. Una mezcla de nerviosismo y aprensión se apoderó de él.

—Hola —saludó Miller.

—¿Cómo me has encontrado? —preguntó Gray, sorprendido.

Miller sacó el móvil de su bolsillo.

—Encontrar tu ubicación ha sido fácil. La tecnología tiene sus ventajas, ¿sabes?

—Quiero estar solo. Así que, lárgate. —Gray agachó la cabeza y continuó andando, tratando de ignorar la presencia de Miller—. Además, no deberías rastrear mi posición ni invadir mi espacio.

—Gray, estamos en un bosque —comentó Miller, tratando de justificar su presencia.

Gray sabía que no era «uno de esos maricones» de los que la gente hablaba y señalaba por los pasillos del instituto. Él era heterosexual.

Le gustaban las chicas.

Le encantaban las chicas.

Entonces, ¿por qué había besado a Miller en aquella estúpida fiesta?

—¡Ya basta! —exclamó Miller, chasqueando la lengua—. ¿Vas a estar así a partir de ahora? ¿Siempre distante y enfadado?

—¡No sé lo que quieres decir! —replicó Gray—. Soy el de siempre.

Miller levantó la cabeza y se le cortó la respiración. En ese momento su mundo se detuvo. Gray poseía una belleza singular y única, quizás por esa razón todas las chicas estaban locas por él. Tenía los ojos azules más bonitos que había visto en su vida, eran profundos y llenos de misterio. Debería haber sentido alivio de que él le rechazara, pero no fue así. En ese momento, deseó conocer cada uno de los pensamientos que cruzaban su mente y quiso que sonriera para que saliera a la luz el hoyuelo que se escondía en la comisura de los labios, y para que su corazón latiese más deprisa contra su pecho.

Cuando estaba cerca de Gray se sentía más vivo que nunca. Lo que sentía por él trascendía la simple

amistad de equipo.

—Solo quiero hablar.

—Miller, yo no quiero mantener esta conversación. —Gray apretó los puños, sintiendo una mezcla de fracaso y deseo en su interior. Quería negar lo que había ocurrido, quería borrar aquel beso de su memoria y volver a la normalidad. Pero algo en lo más profundo de su ser le decía que no podía ignorar la verdad; entonces, algo muy dentro de él, brotó—: ¡No debió haber sucedido nunca! ¿Lo entiendes? —gritó—. ¡Nunca! Estaba borracho y no sabía lo que hacía.

—Habías bebido, pero no estabas borracho —le aclaró Miller.

Gray lo miró con los ojos entrecerrados, la ira era palpable en su rostro.

—Lo que ocurrió en esa fiesta no se volverá a repetir, ¿lo has comprendido? —advirtió Gray, más molesto consigo mismo que con Miller—. En el único lugar donde no vamos a respetar nuestro espacio, será en la pista de hielo. Fuera de ahí, mantendremos la distancia.

Miller tomó aliento, esforzándose por mantener la calma.

—¿Es eso lo que quieres?

En los ojos de Gray centelleó una chispa de enfado.

—Sí.

Miller extendió una mano temblorosa y la posó suavemente sobre el brazo de Gray.

—¡No me toques! —exclamó fuera de sí.

Miller se quedó en silencio, dejando que las palabras de Gray se clavaran en su corazón. Tomó una bocanada de aire y dijo:

—Te gustó, Gray. Te gustó besarme. No puedes ignorar tus propios sentimientos. —Dio otro paso adelante, acercándose a él con cautela—. No hay nada malo en lo que sientes. No puedes controlar quién te atrae, ni debes avergonzarte por ello. La gente hablará, pero ser tú mismo es lo más importante.

Gray lo miró con desprecio y Miller dejó caer el brazo.

—Creo que he sido muy explícito al respecto —espetó el joven con firmeza, apartándose—. Tú y yo seremos compañeros de equipo, nada más. No deseo miradas furtivas ni comentarios fuera de lugar, ¿comprendido?

Gray se percató de que Miller tenía una expresión extraña, entre triste y dolida. Durante una milésima de segundo, estuvo a punto de arrepentirse de sus palabras. Pero, entonces, él asintió lentamente.

—Sí, capitán. Comprendido, alto y claro —respondió Miller en un tono apenas audible.

—Pues ya está todo aclarado —dijo Gray, aunque en aquel momento sintiera justo todo lo contrario.

***

Dave dio el último trago a su cerveza, mientras se sorprendió al ver a Gray y Miller. Tuvo la sensación de que estaban discutiendo, de que la situación podría empeorar o incluso llegar a las manos.

—Ahora vengo —le indicó a Matt, que estaba con los niños.

Dave caminó con paso firme por la orilla del lago, pero antes de llegar a donde estaban los jóvenes, el capitán soltó un juramento en voz alta, se dio la vuelta y se perdió entre los árboles.

Cuando Dave llegó a la altura de Miller, lo encontró con los ojos empañados de lágrimas.

—Miller, ¿qué ocurre? —preguntó, preocupado.

El joven, sorprendido al ver a su entrenador, ahogó una exclamación.

—Nada, entrenador —se apresuró a contestar con voz ronca.

—¿Seguro? —insistió Dave mientras su mirada se dirigía hacia el lugar donde Gray había desaparecido.

—Muy seguro —respondió Miller. Respiró hondo, pero no llegó a llenar sus pulmones. Al menos las lágrimas se habían mantenido en su lugar—. Creo que debo irme, se está haciendo tarde.

Siguiendo a su instinto, Dave le llamó antes de que se alejara.

—Si pasara algo grave, me lo harías saber, ¿verdad?

—Si, claro… por supuesto —titubeó el joven, incómodo—. Debo darme prisa, me están esperando.

Dave examinó el rostro de Miller. Notó su angustia, pero respetó su deseo de mantener cierta privacidad. Decidió confiar en que el joven se acercaría a él si en realidad necesitaba ayuda.

—Está bien, Miller. Si en algún momento necesitas hablar, sabes que estoy aquí para ti. A la hora que sea, no quiero que lo olvides.

Visiblemente nervioso, Miller se limitó a asentir con la cabeza.

—Gracias, entrenador —dijo al tiempo que dirigía la mirada al suelo—. Ahora, tengo que irme.

Dave contempló la posibilidad de seguir al muchacho, pero estaba claro que Miller deseaba estar solo. Además, si era un tema personal, lo mejor sería no entrometerse.

Dave regresó a la casa de Matt sumido en sus pensamientos. Se preguntó qué había desencadenado aquella discusión entre Gray y Miller. Sabía que los conflictos personales fuera de la pista de hielo no eran saludables ni productivos para el equipo.

Reflexionó sobre su propia experiencia en el hielo. Recordó los años en los que era un jugador activo, antes de que una lesión en la rodilla lo obligara a retirarse del *hockey*. Él también se había enfrentado a momentos difíciles fuera de la pista, su nariz era prueba de ello. Había tenido desavenencias con compañeros de equipo, problemas familiares y luchas internas con su propia identidad. Sin embargo, el hielo siempre había sido su refugio, su escape del mundo exterior.

Solo esperaba que para los muchachos fuera también así. Porque los conflictos fuera de la pista solían solucionarse con los patines puestos. Y eso, solo traería problemas.

Problemas muy serios para el equipo.

CAPÍTULO 5

Casi estaba anocheciendo cuando Harper entró en el apartamento. Después de que Dave y Matt se hubieran ocupado de las humedades, de pintar las paredes y Jules de redecorar el espacio, el lugar era perfecto, o al menos casi perfecto. Aunque los muebles seguían siendo los mismos, habían recibido varias capas de pintura y el resultado era más que aceptable, muy al estilo *vintage*. La estantería repleta de libros seguía en el mismo lugar. Se extendía a lo largo de una de las paredes, creando un ambiente íntimo y sereno para sumergirse entre las páginas de un libro.

Sorprendida, sonrió. El apartamento en sí era mil veces mejor que el sótano de Rosalind.

Adiós a las ruidosas lavadora y secadora.

Por fin, paz y silencio.

—¡Me encanta! —exclamó complacida.

Reparó en uno de los rincones, donde se encontraba un pequeño escritorio con una silla ergonómica. Estaba cubierto de libros, bolígrafos y cuadernos. La luz de una farola situada muy cerca de la ventana se filtraba a través de las cortinas blancas creando un ambiente místico y acogedor. Era una zona ideal para sumergirse en la escritura de un diario o al final de la jornada repasar la contabilidad de la librería.

Lo que en realidad destacaba en el apartamento eran los pequeños detalles. Una hermosa alfombra en el centro de la sala de estar aportaba un toque de calidez y confort, rompiendo con el estilo predominante de los muebles. Los cojines en varios tonos, cuidadosamente colocados en el diminuto sofá, añadían un estallido de color especial a las cuatro paredes.

Dejó sobre una silla la caja que sostenía entre las manos y se dirigió hacia el baño, abrió la puerta y asomó la cabeza. Aunque era pequeño, estaba limpio y bien equipado. Se giró y se encontró con la compacta cocina. Apenas tenía estanterías y las que colgaban de la pared estaban llenas de tazas, platos y utensilios de cocina.

—De acuerdo. Creo que esta es la última caja —indicó Jules nada más entrar por la puerta. Sonrió a Harper—. ¿Qué te parece?

Harper giró sobre sus talones, feliz.

—Ha quedado precioso, Jules. No sé por qué te mudas.

—Lo cierto es que la cama de Matt es mucho más grande que la mía y el sexo con él es increíble. —Depositó la caja al lado de otra y sonrió abiertamente. Cuando se percató de la mirada incómoda de Harper, se encogió de hombros—. Has sido tú la que has preguntado.

—Ya, supongo que lo tengo bien merecido. —Le dio la espalda e ignoró su risilla—. No quiero detalles…

—Está bien, nada de detalles. —Jules sonrió y empezó a sacar las cosas de las cajas—. Tú te lo pierdes.

Harper se fijó en el lugar que ocupaba la cama. La colcha en tonos suaves y delicados creaba un ambiente propicio para el descanso y la tranquilidad. Al lado del cabecero colgaba una lámpara de lectura, perfecta para sumergirse en las páginas de un libro antes de dormir.

—Tu vida sexual no me interesa, Jules. De hacerlo, creo que tendría un serio problema. No me malinterpretes, por favor.

Jules soltó una risilla ante el comentario.

—No lo hago, te lo aseguro. —De la caja sacó un álbum. Lo abrió y Jules quedó sorprendida por lo que vio en sus páginas. Había decenas de fotos, la mayoría de ellas mostraban a Harper luciendo trajes maravillosos con telas vaporosas, transparencias, cristales y lentejuelas que sin duda realzaban la belleza de las coreografías del patinaje artístico—. ¡Dios mío, Harper! Estás increíble.

Harper se volvió y, al reconocer el álbum, suspiró.

—Eso fue en otra época de mi vida —señaló con nostalgia.

Jules pasó una a una las páginas del álbum.

—Una vida muy intensa y repleta de medallas y trofeos diría yo —observó.

—Se podría decir que sí —comentó Harper, volviendo a su tarea inicial.

Jules cerró el álbum y lo devolvió a la caja.

—Sobre lo que me comentaste el otro día…

Harper le devolvió la mirada y vio que Jules había arqueado las cejas; así que luchó por ser más condescendiente.

—No quiero hablar de ello, Jules.

—Está bien. Pero, según mi opinión, deberías aclarar las cosas con Dave.

—No voy a hablar con él de Gray, si es eso a lo que te refieres.

—Ahora estás molesta con él, y se lo tiene más que merecido. Conozco a mi hermano y sé que tiene muchos defectos, pero también sé que puede llegar a ser un hombre comprensivo. —Jules cerró las solapas de la caja y luego miró a Harper—. Se marchó de casa muy joven para jugar al *hockey* y durante mucho tiempo ha estado demasiado solo.

—Sé muy bien lo que es estar sola, Jules.

—Entonces, nadie mejor que tú para comprenderle. ¿Te ha contado Dave algo sobre sí mismo?

—Le conoces bien, no es una persona que comparta sentimientos —comentó Harper.

—Sí, es cierto. No fue nunca muy hablador y tuvo una juventud difícil. —Jules dudó unos segundos antes de continuar. La vida de Dave era solo suya y de nadie más; ella durante muchos años había actuado como una hermana sobreprotectora y, al parecer, aún lo hacía—. Mi padre se dio cuenta a tiempo y pudo detener ese torbellino de hormonas antes de que cometiera alguna tontería. Dave volcó toda su furia y frustración en el *hockey*, y eso le salvó de una vida miserable. Hoy en día, se lo sigue guardando todo para él solo y finge que todo va bien.

Harper sacudió la cabeza, conocía perfectamente esa sensación como para no reconocerla.

—Aunque no te lo creas, debajo de todas esas capas hay un hombre íntegro, de verdad.

—Conmigo lo disimula bien —objetó Harper, luchando contra la urgencia de huir de esa conversación.

—Estoy segura de que un día hablará sobre sí mismo contigo.

—Yo no estoy tan segura, pero será su decisión si lo hace. Yo prefiero mantenerlo a cierta distancia.

Jules notó que Harper tenía una idea equivocada de su hermano, por lo que decidió seguir hablando de él:

—Después de su lesión y su retirada, podría haber elegido cualquier lugar en el mundo para vivir, pero decidió regresar a casa y volcar toda la energía en el equipo de *hockey* del instituto —explicó Jules, defendiendo a su hermano—. Sé que a veces es muy intenso, lo admito. Pero debajo de esa fachada de hombre duro, late un corazón tierno que se preocupa por los que más sufren.

—Sin duda, eres una gran hermana.

—Bueno, gracias. Solo digo la verdad.

—Pues conmigo no es tan tierno —protestó Harper.

Jules miró a su amiga y sonrió.

—Entonces tendrás que descubrir el porqué.

—No creo que después de la mudanza me queden fuerzas.

Jules no pudo evitar sonreír más ampliamente.

—Al menos lo intenté —dijo Jules, levantando las manos en un gesto de rendición.

Satisfecha por dejar a un lado la conversación sobre Dave, Harper le preguntó:

—¿Se lo has contado a Matt?

—No, todavía no —respondió su amiga.

—Bien, porque no quiero que nadie sepa que Gray es mi hijo —dijo Harper con tristeza, mientras asentía.

Jules comprendió la situación y sabía que la vida de Harper, al igual que la de su hermano, no había sido fácil, ni en el pasado ni en el presente.

—¿Se lo vas a contar algún día a Gray? —inquirió con delicadeza.

Harper dejó los productos de aseo que había sacado de una de las cajas sobre la mesa y miró a su amiga.

—No, estoy aquí solo porque él busca respuestas y porque alguien en el registro de adopción se apiadó de mí y mencionó este pueblo.

—¿Gray sabe que es adoptado? —le preguntó Jules.

—Sí.

De repente, Harper sintió deseos de escapar de aquella conversación. Sin embargo, había decidido confiar en Jules y sabía que no había vuelta atrás en el momento que ella giró el cartel y cerró la librería. En ese instante, había desvelado un secreto que llevaba guardando durante dieciséis años muy dentro de sí, bajo siete llaves.

—Creo que aún queda alguna caja abajo, será mejor que vaya a buscarla antes de que se haga muy tarde.

Jules suspiró. Tal vez no entendiera al completo los motivos, pero respetaba la voluntad de su amiga. A su manera de ver, la presencia de Harper en Midway complicaba la situación. Sin embargo, una madre era una madre

y solo quería lo mejor para su hijo.

Aunque ella no tuviera hijos biológicos, adoraba a los hijos de Matt, a Wesley y Elsie. Y sabía que esa era la experiencia más cercana a ser madre.

Miró hacia la puerta y se dio cuenta de que Harper ya no estaba. No le sorprendió, conocía muy bien la sensación de querer huir del pasado y no poder hacerlo. Dejó la caja de cartón sobre la mesa y decidió que lo mejor era marcharse. Matt y los niños estarían esperándola en casa.

Al cruzar la puerta, Jules sintió una sensación reconfortante. Era maravilloso tener un hogar al que regresar.

CAPÍTULO 6

El vapor llenaba el vestuario, reduciendo la visibilidad. Gray se percató de que el aire estaba cargado de sudor y una energía palpable tras el intenso entrenamiento. A lo largo de una de las paredes relucían las ordenadas taquillas de metal, cada una con un número, mientras que, en el centro, un banco de madera servía como punto de encuentro. Era el escenario donde la camaradería, las bromas y las risas se entrelazaban, fortaleciendo los lazos y cultivando el espíritu de equipo.

Bovari y Wilson, ajenos al resto, se quitaban los protectores acolchados de los hombros mientras charlaban animadamente sobre las cualidades de Sophie Howard, una de las animadoras. El sonido crujiente de los guantes al ajustarse y el chasquido de los cascos al desabrocharse por parte de Anderson y Harris se mezclaban con los comentarios del último gol. Sin embargo, Miller y él eran los únicos que permanecían sumidos en un incómodo silencio, intercambiando furtivas miradas que revelaban una tensión palpable.

Los demás miembros del equipo no parecieron percatarse de la tensión entre ellos, Gray se sintió agradecido por ello. Desnudo, se dirigió hacia la ducha con la esperanza de que el agua caliente aliviara sus músculos y despejara su mente. Antes de alcanzar el grifo, soltó una risa ante uno de los insulsos comentarios de Bovari sobre Wilson y su falta de destreza para ligar. Sin embargo, en todo momento evitó girar la cabeza hacia donde se encontraba Miller, quien ya había salido de la ducha y se estaba vistiendo.

Había algo en aquel chico que lo atormentaba, que lo sacaba de su zona de confort. A su mente, una y otra vez, volvía el recuerdo de ese beso profundo y húmedo. Por más que deseara olvidarlo, su imaginación no le daba un minuto de paz. En su interior se agolpaban la culpa y el remordimiento. El sentido común lo obligó a apretar los dientes y sumergirse en la ducha, buscando encontrar un poco de alivio.

Pero no fue así, el agua caliente solo hizo que pensara más en Miller y en sus ansias de besarlo de nuevo. Joder, estaba excitado. La frustración lo llevó a cerrar el puño y golpear con fuerza la pared de la ducha. El dolor que atravesó su puño no fue nada comparado con el que sentía su devastado corazón.

Apoyó la espalda en la pared húmeda y resbaladiza y se dejó caer en el plato de ducha. Se llevó la mano dolorida al rostro y lloró como hacía mucho tiempo que no lloraba. Las lágrimas se mezclaron con el agua caliente y la sensación de no poder respirar se hizo más evidente.

—Joder, a mí me gustan las chicas —murmuró con obstinación.

Pero mientras pronunciaba esas palabras pensaba en Miller. Eso hizo que se sintiera más perdido aún. Encogió las rodillas al pecho y escondió su rostro en ellas. Ahogó un sollozo y se hundió en un mar de dudas.

—Gray, ¿te esperamos?

La voz de Anderson resonó bajo la columna de agua.

Gray levantó la cabeza de golpe y el chorro de la ducha le golpeó directo. Se pasó la mano por la cara para eliminar el agua.

—No, no hace falta —gritó a través de la puerta.

—De acuerdo, te esperamos donde siempre.

Gray asintió con la cabeza, como si sus compañeros pudieran verlo. De repente, cerró los ojos y tragó saliva.

—Bien, allí nos vemos —mintió.

Enfrentarse a Miller fuera de la pista de hielo, no era algo para lo que estuviera preparado en ese momento. Volvió a dejar caer la cabeza y el chorro de agua golpeó su espalda con fuerza.

Los murmullos de los chicos se desvanecieron, pero él seguía sin encontrar la paz que tanto necesitaba.

Dos minutos después alguien golpeó la puerta.

Gray infló las mejillas y dejó escapar el aire despacio.

—Anderson, deja de tocar los cojones. Ya te he dicho que nos vemos más tarde —gritó cabreado.

—En primer lugar, no tengo intención alguna de tocarte los cojones, Gray Donovan —vociferó Dave para dejarse oír a través de la puerta—. Y en segundo lugar, sal ya de la ducha, necesito hablar contigo.

Gray inhaló profundo mientras se levantaba de la resbaladiza superficie.

—¡Maldita sea! El infierno ha debido de quedarse vacío, todos los puñeteros demonios están aquí —susurró para sí mismo.

Cerró el grifo y volvió a maldecir en silencio. Agarró la toalla y la ató alrededor de la cintura, cuando abrió la puerta se encontró al entrenador con cara de pocos amigos, sentado en el banco de madera.

—Tú y yo tenemos que hablar.

Gray tragó saliva.

—¿Ha pasado algo?

Dave estudió al chico con cautela. Conocía muy bien las etapas de la adolescencia como para no reconocerlas.

—Eso es algo que tendrás que responder tú. ¡Vístete!

***

—Quiero saber lo que está sucediendo.

Gray, ya vestido y con el corazón galopando entre sus costillas, lo observó calladamente, de pie, muy quieto y sin saber cómo salir de aquella complicada situación.

—Todo va bien —contestó Gray, sin más.

Dave frunció el ceño, sin creerle en absoluto.

Gray miró a su alrededor, deseando escapar, pero sabía que sería inútil. El entrenador había venido a por respuestas y él sabía, mejor que nadie, que no se iría sin obtenerlas.

—¿Cómo está tu madre?

—Mejor —mintió.

—¿Seguro? Porque si es ella la que te preocupa, podemos hablar largo y tendido sobre el tema.

—Mi madre está bien —recalcó—. Ella no me preocupa.

Dave no le creyó ni por un momento.

—Gray…

El aire era apenas respirable, el vaho tras las duchas seguía suspendido en el ambiente y Gray deseó estar en otra parte, lejos del entrenador.

—De acuerdo, entonces… formas parte de un equipo, ¿lo entiendes? —inquirió Dave en tono serio.

—Sí, señor.

—Bien. Porque cuando te digo que pases la pastilla, quiero que lo hagas. ¿Está claro?

El joven soltó un bufido a modo de respuesta.

—¿Lo has entendido, Gray? —repitió Dave con mal humor.

—Sí, señor —respondió el muchacho una vez más.

—De acuerdo. —Dave aspiró con fuerza el aire, al tiempo que echaba la cabeza hacia atrás con cierta amargura—. Dime, ¿se trata de drogas?

El joven se sorprendió por un instante y, sin demora, negó con la cabeza sin dudarlo.

—No.

Dave respiró aliviado al escuchar la respuesta de Gray.

—¿Tus notas se han resentido?

Gray exhaló de manera audible.

—La química y las mates me cuestan un poco más, pero las voy aprobando.

Dave guardó silencio unos segundos, reflexionando las respuestas del chico.

—Bien, me alegra saberlo. Entonces, dime, si todo va más o menos bien, ¿qué está ocurriendo? —inquirió.

Los labios de Gray se apretaron en una línea muy fina, gesto que no pasó desapercibido para el entrenador.

—Nada en particular.

—Esa respuesta ya me la has dado y no me ha convencido —intervino Dave—. Necesito que seas sincero conmigo, Gray.

—No tengo nada que decir al respecto. —Al chico las palabras le salieron de forma atropellada.

Dave no comentó nada, no porque estuviera enfadado, sino porque estaba perdiendo la poca paciencia que le quedaba.

—¿Puedo irme ya?

—No.

La taxativa respuesta hizo que Gray levantara la cabeza y lo mirara directamente a los ojos.

A Dave le dolía la mandíbula de mantenerla rígida. Estaba claro que algo estaba sucediendo y si Gray no se sinceraba con él, no podría ayudarlo. Tampoco podía recurrir a sus padres, Frank se pasaba el día ebrio y Linda, a causa de su enfermedad, convaleciente en la cama.

Exhaló de manera audible.

A lo largo de su vida había conocido a muchos jugadores que, por un motivo u otro, se habían creído mejores que los demás y, al final, habían terminado perdiendo. El precio pagado fue demasiado alto: su carrera deportiva.

Gray era más que bueno, era excepcional. Y él no estaba dispuesto a que renunciara a su sueño. Anhelaba escuchar su nombre resonando a través de los altavoces del Frozen Four, mientras el público en las gradas lo vitoreaba y aplaudía tras cada gol que marcara. Sabía lo gratificante que eran esos momentos de gloria, el máximo elogio que un jugador podía recibir. Era el regalo supremo que los espectadores podían ofrecer a su héroe de carne y hueso.

—Voy a ser sincero contigo, Gray.

El chico le sostuvo la mirada antes de asentir.

—Dime, ¿qué es lo que más te gusta de Connor McDavid?

El joven sopesó la pregunta. Connor McDavid era una de las estrellas del *hockey* sobre hielo. Como capitán de los Edmonton Oilers, había demostrado este año ser merecedor del premio Hart Trophy, otorgado al jugador más valioso de la temporada.

—Su récord de goles —contestó—. Además, es un jugador que se preocupa por hacer siempre un buen pase y su calidad de liderazgo es increíble. Se crece ante las adversidades y siempre busca crear un buen ambiente con el equipo.

—Exacto —dijo Dave—. ¿Crees que Connor McDavid ha llegado a la cima por sí solo?

Gray no necesitó mucho tiempo para dar su respuesta.

—No. Supongo que escucha a su entrenador.

Dave asintió con expresión seria.

—Eso es. Y, ¿qué me dices de Nowak?

Gray se quedó un momento pensativo, haciendo memoria.

—No lo conozco.

—Menudo jugador. Increíble, de los mejores. No he conocido a nadie con el centro de gravedad más bajo que él. Cuando caía de una carga —Dave palmeó—, se levantaba al momento. El mejor jugador con el que he jugado.

—No he oído hablar de él.

—Ignoró al entrenador y llegó dos veces tarde al entrenamiento —explicó Dave—, el entrenador lo relegó y él se enfadó. Cogió mala fama y lo demás, ni te lo cuento. Pero hay dos grandes diferencias entre Nowak y tú, y quiero que las recuerdes. La primera, él era mejor que tú. La segunda, tú no vas a hacerme esto más veces. Si me vuelves a desobedecer, te expulsaré del equipo. ¿Comprendido?

Gray se quedó perplejo. Tragó saliva antes de responder:

—Sí, señor.

—Pues parece que todo está aclarado.

Se produjo una pausa durante la cual ambos guardaron silencio.

—Estoy aquí, Gray. Si algo te preocupa, puedes contar conmigo.

Dave sabía que había puesto a prueba los límites del chaval con esa conversación, pero era necesario que se enfrentara a la realidad de una vez por todas. No tenía intención alguna de perderlo.

Gray hinchó el pecho al respirar hondo.

—Lo tendré en cuenta, entrenador.

—De acuerdo.

Sin más, Dave se dirigió a la puerta. Dejando solo al muchacho, con sus pesares, preocupaciones y seguramente con más preguntas que respuestas.

Gray apenas pudo soportar las lágrimas cuando el entrenador desapareció. Su mundo se desmoronaba y sentía que tenía poco control sobre la situación. En medio de su desesperación, pensó en su madre biológica y se preguntó dónde estaría y qué estaría haciendo en ese momento. La odiaba con toda su alma por haberlo dado en adopción. Si ella no hubiera tomado esa decisión, quizás su vida sería diferente ahora. No estaría aguantando las borracheras de su padre por no aceptar la situación familiar, ni el delicado estado de salud de su madre.

Lo cierto es que era una realidad que le gustaría vivir.

Lleno de ira y frustración, golpeó la taquilla con el puño y dejó escapar un grito que

expresaba la rabia que lo consumía, impidiéndole incluso respirar. Pero su voz se perdió en el vacío del vestuario, absorbida por las paredes que lo rodeaban. Abrió y cerró los dedos para asegurarse de que no se había fracturado la mano, sintiendo la necesidad de canalizar su dolor de alguna manera.

Y, entonces, las lágrimas brotaron de sus ojos, mezclando rabia y desilusión. Porque los hombres también necesitaban liberar la tristeza que habitaba en sus almas.

CAPÍTULO 7

Harper yacía en la cama, sintiendo un intenso dolor en todo su cuerpo mientras la fiebre se negaba a ceder. Cada vez que tosía experimentaba un dolor punzante en el pecho, como si sus pulmones fueran a estallar en cualquier momento entre sus costillas doloridas.

Cuando la tos disminuyó un poco, se aclaró la garganta. La picazón era insoportable, tenía la sensación de que escupiría lava de un momento a otro. Girándose en la cama, buscó desesperadamente una posición que aliviara su tormento. Extendió el brazo y alcanzó un pañuelo de papel para sonarse la nariz con un estruendoso ruido. El constante uso de los pañuelos había irritado su piel nasal y el labio superior causándole una sensación de ardor insoportable. Cerró los ojos, sintiéndose un poco aliviada, aunque sabía que esa sensación sería efímera y eso no la reconfortó en absoluto.

Un leve golpeteo en la puerta llamó su atención y supo de inmediato quién era sin necesidad de preguntar.

—Entra, Jules.

Jules entró y, por su expresión, Harper se dio cuenta de que su estado había empeorado de manera perceptible.

—Ya veo que no te encuentras mejor.

—No, en absoluto.

Una gota de sudor rodó por el cuello de Harper.

—No te acerques —advirtió al ver la intención de Jules—. No quiero que lleves los virus a casa de Matt.

Jules no se movió de donde estaba y eso tranquilizó a Harper.

—¿Es Covid?

Cuando desvió la mirada hacia la mesita de noche y vio que el resultado del test de antígenos era negativo, cerró los ojos, sintiéndose un poco más tranquila.

—Gracias a Dios, no —murmuró Harper.

—Eso está bien.

Harper apenas podía abrir los ojos, sus párpados parecían pesar toneladas.

—Sí —murmuró.

Jules se aproximó a la cama.

—Te dije que no te acercaras.

—Eso lo haría una mala amiga y yo soy de las buenas, ¿recuerdas?

Harper apenas pudo esbozar una sonrisa. Era viernes por la tarde y sabía que le esperaba un largo y agónico fin de semana.

—Deberías ir a casa, con Matt y los niños.

—Voy a quedarme contigo —dijo Jules mientras llenaba un vaso de agua y se lo ofrecía.

Harper lo aceptó, sedienta. Tenía la garganta seca como una lija.

Jules la ayudó a incorporarse y esperó pacientemente mientras Harper apenas bebía un par de sorbos.

—¿Has comido algo?

—No. Pensar en comida me da náuseas —murmuró Harper con voz débil—. Apenas puedo beber agua.

—Creo que una sopa de pollo te vendría bien, te aliviaría el estómago —indicó Jules con una expresión de preocupación en el rostro—. No me iré a casa de Matt hasta que comas algo; de esa manera me sentiré más tranquila.

Harper vio la expresión solícita de Jules y comprendió que no se marcharía hasta asegurarse de que hubiera cenado.

—Puedo pedir que me traigan algo de comer.

Jules sonrió mientras arreglaba las sábanas.

—Claro. ¿Bajarías las escaleras y abrirías la puerta? —preguntó, anticipándose a la respuesta.

Solo de pensar en las escaleras los músculos de sus piernas protestaron, recordándole su debilidad.

—No podría llegar ni al primer escalón —confesó Harper con desánimo.

—Exacto —confirmó Jules con una media sonrisa—. Así que, iré y seré yo quien te traiga esa sopa.

Harper negó con la cabeza, preocupada.

—No quiero que vuelvas, ya te has expuesto demasiado.

—Nunca es suficiente cuando se trata de una buena amiga —dijo Jules con determinación.

Harper intentó sonreír, pero no llegó a conseguirlo. Debía de ser cierto eso que decían de que eran necesarios varios músculos para hacer realidad una sonrisa.

—Por favor, Jules…

Su amiga la miró y el corazón se le encogió. Harper estaba demacrada y su fragilidad era más que palpable.

—¿Necesitas algo más antes de que me vaya?

—No, gracias. No te imaginas cuánto me alegro de que seas mi amiga en este momento —respondió Harper con sinceridad.

—Siempre juntas, ¿recuerdas? —Jules tocó su frente y se percató de que la fiebre no había remitido, más bien lo contrario—. ¿Quieres que compre más paracetamol?

Pero Harper, ya con los ojos cerrados, no respondió. Jules comprendió que se había quedado dormida, exhausta por la fiebre.

Dejó escapar el aire y antes de cerrar se volvió hacia Harper, quien seguía inmersa en un sueño profundo.

***

Jules salió del restaurante y le envió un segundo wasap a Matt. Miró la hora y suspiró. Sus planes de ver una película y comer palomitas esa noche se habían desvanecido de repente. Le llevaría la sopa a Harper y se quedaría con ella hasta que la fiebre bajara y se sintiera un poco mejor.

—¡Jules!

Dejando el restaurante atrás, se dio la vuelta y vio a su hermano que se acercaba apresurado hacia ella.

—Dave, ¿qué haces aquí? —preguntó sorprendida.

—Matt me dijo dónde estabas.

Jules asintió en silencio, como si comprendiera.

—¿Cómo se encuentra Harper?

—¿De verdad quieres saberlo? —inquirió asombrada.

—Si no quisiera saberlo, no te lo preguntaría. ¿No te parece? —puntualizó Dave, de tan mal talante que dio a entender a Jules que había tocado un tema sensible.

Su hermana lo miró con una expresión de disculpa y, acto seguido, levantó la bolsa de plástico que llevaba en la mano.

—He comprado sopa —comentó, dirigiendo sus pasos hacia la librería. Se alegró de que su hermano la siguiera—, tiene fiebre y está agotada.

—¿Es Covid?

—No, y eso es bueno.

Dave se alegró de escuchar eso.

—Una gripe, ¿entonces?

—No soy médico, Dave. Pero es posible que sea gripe, sí. No puede demostrarlo, pero culpa al señor Rider. —Cuando Jules vio el brillo de interés en los ojos de su hermano, sonrió—. Según Harper, cuando el anciano entró en la librería tosía como si le fuera la vida en ello y no llevaba mascarilla.

Dave arqueó las cejas, sorprendido. Parecía que todas las precauciones tomadas durante la pandemia habían quedado en el olvido.

—Está claro que el señor Rider debería tener más cuidado. Es amigo de papá, ¿verdad?

—Sí. He llamado a papá y está bien. He hablado con él y espero que mis advertencias no hayan caído en saco roto, y que no se acerque al señor Rider durante al menos una semana.

Dave también lo esperaba.

—¿Tú estás bien?

—Sí, perfectamente. —Jules sonrió a su hermano con la única intención de cambiar de tema—. He hablado con mamá y me dijo que has roto con Gigi.

—¿No tenéis otro tema de conversación que no sea yo? —preguntó malhumorado, metiendo las manos en los bolsillos y disminuyendo el paso para que Jules pudiera seguirlo sin esfuerzo.

—Vamos, Dave. Tu vida es más emocionante que una telenovela de sobremesa —comentó Jules con ironía—. Aunque cada vez aparezcas menos en las portadas de las revistas, no significa que sea menos intensa.

Dave le dirigió una mirada de advertencia.

—No te pases.

Jules se encogió de hombros.

—De hecho, me prometí a mí misma no preguntar, que ya me contarías lo que tú quisieras cuando quisieras.

—Y, ¿dónde quedó esa promesa? —se quejó Dave.

Jules hizo un mohín con los labios.

—Supongo que se fue al traste como el resto.

De haber podido, Dave se habría echado a reír.

—Sí, hemos roto —confirmó—. No somos compatibles.

—¡Por el amor de Dios, Dave! Gigi jamás te contradice y vive para complacerte. ¿Cómo puedes decir que no sois compatibles?

Dave miró a su hermana con expresión hosca.

—Lo estás haciendo a propósito, ¿verdad?

—¿El qué? —inquirió Jules con ingenuidad.

—Pisotear mi ego y luego reírte de mí —respondió Dave con acritud.

Jules esbozó una sonrisa y siguió caminando. Aunque ya había anochecido, el calor aún se percibía en el ambiente.

—No lo hago a propósito, hermano. Digamos que es algo que he ido perfeccionando con el paso de los años.

Dave protestó en voz alta.

—Dame la bolsa, la llevaré yo.

Jules no se resistió y se la entregó.

—Quiero que sepas que Gigi es una mujer maravillosa.

—En ningún momento he dicho lo contrario —gruñó Dave mientras caminaba a su lado —. Solo he comentado que somos incompatibles.

Jules lo miró de soslayo.

—¿Hay otra mujer?

—No, claro que no —respondió él demasiado rápido—. ¿Por quién me tomas?

—Vamos, Dave, no sería la primera vez —aseguró Jules.

Dave se detuvo indignado y fulminó con la mirada a su hermana.

—Jamás he traicionado a una mujer, Jules —sentenció en tono grave.

Ella lo observó en silencio y percibió la reticencia y el dolor en sus palabras. Su sinceridad disipó todas sus dudas.

—De acuerdo. Lo siento, Dave.

Él, conforme, retomó la marcha.

Las bulliciosas calles de Midway rebosaban de turistas provenientes de todas las partes del mundo. Dave se dejó envolver por la atmósfera veraniega que impregnaba el lugar. Amaba su ciudad natal, sus raíces arraigadas en aquel lugar, su familia y, sí, incluso a su hermana, a pesar de que era una metomentodo. Una sensación de gratitud lo inundó mientras reflexionaba sobre ello y una sonrisa se dibujó en su rostro.

Regresar a casa había sido la decisión más acertada que había tomado en su vida. Estar junto a sus seres queridos era un verdadero regalo. Había experimentado la soledad en su forma más profunda durante su trayectoria deportiva y había aprendido que podía ser una compañera fiel, pero también dañina y traicionera. Ahora valoraba más que nunca la importancia de la conexión familiar y apreciaba su cariño más que cualquier cosa en el mundo.

—Yo le llevaré la sopa a Harper —dijo Dave de repente.

Jules lo miró con los ojos como platos y los labios ligeramente entreabiertos.

—¿Lo dices en serio? —preguntó sorprendida.

—Sí, Matt y los niños te están esperando en casa. Vuelve con ellos, Jules —le aconsejó —. Para vosotros, el tiempo es algo más valioso que para el resto de los mortales. Podrían llamar a Matt para una misión de un momento a otro.

El tiempo pasaba rápido, especialmente para ellos. Matt, su amigo y cuñado, era un hombre dedicado a su trabajo en las Fuerzas Armadas, y en cualquier momento podría recibir una llamada para una misión urgente. Era consciente de lo valioso que era el tiempo junto a su familia y no quería que su hermana se perdiera ni un solo instante de su felicidad.

Jules pensó que Dave tenía razón, Matt podría irse de un momento a otro. Aunque ella

prefería no pensarlo. Su vida con Matt era perfecta, mucho mejor de lo que hubiera imaginado nunca. Dejó a un lado sus pensamientos y volvió a la propuesta de su hermano.

—No creo que sea buena idea.

—¿Por qué no? —quiso saber Dave.

—Bueno, tú y Harper tenéis vuestras diferencias.

—Eso es cierto. Pero tú y yo también tenemos las nuestras, ¿no? —Sus labios se arquearon en una sonrisa maliciosa—. Y aquí estamos, cambiando impresiones y hablando de mi vida privada.

—Está bien. —Jules levantó las manos en señal de rendición—. Tienes razón.

—Siempre tengo razón, Jules.

Las palabras de su hermano fueron acompañadas por una sonrisa ladeada.

—Muy gracioso. Pero, te lo advierto: no quiero saber nada, si Harper te echa a patadas del apartamento o te contagia la gripe.

Él sonrió con un destello de humor en los ojos.

Dave no se molestó en replicar. Ni se despidió, solo dejó a su hermana atrás y cruzó la calle. Se dirigió a la librería y agradeció no tener que pedir las llaves a Jules. Él tenía una copia, por seguridad. Cuando introdujo la llave en la cerradura, vaciló un instante antes de entrar.

Si había roto su relación con Gigi era porque comenzaba a sentir algo por Harper. Durante los últimos años creía que se conocía a sí mismo. En primer lugar, era hijo de Agnes y Wallace Suvari, un militar condecorado ya retirado. Había sido un buen estudiante, aunque durante su adolescencia, como la mayoría de los jóvenes, había tenido sus altibajos. Pero a pesar de sus errores, había llegado a convertirse en un jugador de *hockey* profesional en poco tiempo. Una lesión de rodilla le había alejado de la alta competición, pero creía ser un buen entrenador. Pensó en Gray y en el resto de los chicos y suspiró. Al menos lo intentaba.

Más veces de las que le gustaría admitir se había imaginado un futuro junto a una esposa y sus hijos. Esas eran las cosas que le importaban. Le incomodó aquel pensamiento, quizás porque Harper había interrumpido en su vida tal y como lo haría una tormenta tropical: devastadora y peligrosa. Ella tenía algo que le atraía y, al mismo tiempo, desdeñaba. Era una sensación de lo más extraña e inconexa.

No la conocía en absoluto, pero cada vez que intentaba comprenderla tenía la impresión de que se alejaba más de ella.

Cerró la puerta tras de sí y subió las escaleras que conducían al apartamento con la única compañía de sus confusos pensamientos y una bolsa de plástico que contenía un recipiente de sopa, que esperaba que no se hubiera enfriado.

CAPÍTULO 8

Dave se sentó en el borde de la cama, observando a Harper mientras dormía y, con delicadeza, apartó algunos mechones de pelo de su rostro. Nunca la había visto tan vulnerable y serena, ajena a todo lo que la rodeaba. Una fina capa de sudor cubría su frente, era evidente que la fiebre no había cedido. Ella estaba profundamente adormecida, sus largas y densas pestañas descansaban sobre sus mejillas y sus labios estaban entreabiertos, como si anhelaran capturar el más mínimo soplo de aire. Su pelo, oscuro y sedoso, había crecido y ya no quedaba nada de aquel ridículo flequillo que solía llevar meses atrás. Dave desvió la mirada hacia la mesita de noche y notó que faltaban algunos comprimidos de paracetamol. Retiró su mano y suspiró al darse cuenta de que Jules no había exagerado con respecto a Harper.

Sentado allí, viéndola tan débil, recordó la imagen de ella patinando en la pista de hielo. Hacía solo unos días rebosaba vitalidad y su cuerpo irradiaba agilidad. Echándola un último vistazo, se puso de pie, buscó una bolsa de plástico en uno de los cajones de la cocina e introdujo la mano en ella. De esta manera, recogió todos los pañuelos de papel sucios que había desperdigados por el suelo y la cama. Los fue tirando a otra bolsa y luego a la basura, después se dirigió hacia el armario del baño. Sabía que su hermana guardaba las toallas en el segundo estante. Abrió la puerta y agarró una toalla pequeña. La dobló por la mitad y la mojó bajo el grifo. Luego, la escurrió entre sus dedos antes de volver con ella.

Con suavidad, colocó la toalla fría y húmeda sobre su frente. Ella protestó con un murmullo y su respiración se volvió algo más agitada. Dave, consciente del leve temblor que sacudió su frágil cuerpo, suspiró preocupado. Se sentó y colocó sus manos sobre sus sonrosadas mejillas, notando su calor. Ella movió la cabeza, inquieta, y de un manotazo apartó sus manos, pero por suerte se dejó la toalla sobre la frente.

—Estúpido —musitó, o al menos eso es lo que Dave creyó escuchar.

Él sonrió, consciente de que probablemente ese *cariñoso* apodo iba dirigido a él. En el fondo, se lo tenía merecido. No había sido para nada amable con ella.

Hacía tiempo que se había fijado en que era una mujer hermosa, pero se había esforzado por no pensar demasiado en ello mientras estaba con Gigi. Sin demora y dejando atrás sus pensamientos, se levantó y se dirigió a la encimera. Sacó el recipiente con sopa de la bolsa y, con ayuda de un cazo, se sirvió una porción generosa. Lo último que deseaba era morir de inanición. Colocó el bol en el plato giratorio del microondas y cerró la pequeña puerta. Ajustó el tiempo necesario y esperó pacientemente a que la sopa se calentara.

Mientras el microondas estaba en marcha, decidió permanecer esa noche a su lado, dispuesto a velar por su bienestar mientras ella descansaba. Un fugaz recuerdo de su encuentro en la pista de hielo le asaltó. Y, si era sincero consigo mismo, ese encuentro había marcado el final de algo que ni siquiera había tenido la oportunidad de comenzar. El sonido del microondas le alejó de sus pensamientos, indicándole que la sopa estaba lista. Abrió la puerta y, con ayuda de una cuchara, probó un poco del reconfortante caldo.

Reconoció que la sopa estaba deliciosa, a pesar de la noche calurosa que reinaba fuera. Decidió guardar el resto en la nevera para evitar que se estropease. Luego, se acercó a las

ventanas y las abrió de par en par, para que entrase aire fresco del exterior. Al volver junto a Harper, encendió el ventilador que descansaba a los pies de la cama.

El suave zumbido del aparato llenó la habitación, creando un ambiente más fresco y tranquilo. Dave comprobó que ella comenzaba a relajarse; así que se sentó en el sillón y pocos minutos después cerró los ojos y, con el estómago lleno, se dejó llevar por el sueño.

Horas más tarde, Dave se despertó sobresaltado y desorientado. Se había quedado dormido. Se frotó el cuello agarrotado y miró a Harper que se movía inquieta, era muy posible que estuviera soñando. Preocupado, se levantó veloz del sillón y se acercó con paso diligente a la cama. La respiración de Harper era ahora profunda y regular, lo cual le tranquilizó. Había apartado las sábanas y, por primera vez, pudo vislumbrar su pequeño y delicado cuerpo. Llevaba puesto un pijama de pantalón corto y camisa de tirantes. Sonrió de nuevo al leer la frase estampada en la fina tela:

Cree en ti y serás increíble.

Una vez más, se preguntó qué más escondía Harper. Ella nunca hablaba de sí misma ni de su pasado. Todo lo que sabía de ella lo había descubierto por casualidad.

Él estaba familiarizado con el sacrificio y sabía que Harper había tenido que entrenar incansablemente para alcanzar sus logros en la pista de hielo. Él conocía el verdadero significado de la palabra esfuerzo y era evidente que ella también.

Era innegable, Harper era increíble.

El pensamiento en sí le pilló de sorpresa. Deslizó la mirada por su cuerpo y la apartó rápido. Había visto más mujeres desnudas de las que podía recordar, pero ninguna le excitó más que Harper con aquel ridículo pijama rosa.

¿Qué demonios le pasaba?

La cubrió con la sábana hasta el pecho, sin poder apartar aquella sensación de protección y calidez que crecía dentro de él cada vez que la miraba y estaba cerca de ella.

Pero si había algo que no podía olvidar, era que ella lo odiaba.

Con todos esos pensamientos revoloteando por su mente, se dirigió a la cocina y abrió el primer cajón. Utilizando dos cucharillas trituró un comprimido de paracetamol, lo mezcló con un poco de agua y miel y se lo acercó con cuidado a la boca de Harper, asegurándose de no hacerle daño. Ella apartó la cabeza, inquieta, y Dave consiguió evitar que se derramara el contenido.

—Vamos, Harper. Abre la boca y tómatelo. Te sentirás mejor.

Ella frunció sus bonitas cejas y se removió para apartarse de nuevo de la cucharilla. Dave lo intentó una vez más y, en esa ocasión, logró introducir el antipirético en la boca. Ella lo tragó y, en vista de que estaba tranquila, Dave logró darle un par de cucharadas de agua antes de que ella volviera a sumirse en un sueño profundo.

Se levantó de la cama, lavó las cucharillas bajo el grifo, las secó y las volvió a dejar en el cajón. Miró la hora en su móvil y faltaban solo unos minutos para las cinco de la madrugada. Regresó al sillón, dispuesto a no dejarse vencer por el sueño ni a hacer sufrir más a su cuello.

Pero en el momento en el que se sentó, se rindió ante el cansancio con un único pensamiento en la cabeza: Harper.

***

Harper despertó, pero aún estaba confundida. Miró a su alrededor y, al principio, no reconoció el lugar en el que se encontraba. Su mente pareció vagar por un mundo de fantasías y espejismos, probablemente debido a la fiebre. Se quedó allí tumbada, exhausta, mientras sus párpados comenzaron a cerrarse poco a poco.

En medio de aquel torbellino de delirios, recordó haber soñado con Dave en algún momento. El sueño había sido tan real que Harper deseó que él estuviera allí para poder echarle en cara un par de cosas.

Tragó saliva y notó que tenía la garganta seca e irritada. Daría lo que fuera por un poco de agua. Somnolienta, se humedeció los labios con la lengua y esperó quién sabe a qué. El simple acto de estirar el brazo para alcanzar el vaso que descansaba sobre la mesita de noche le resultaba ya de por sí un esfuerzo titánico.

Permaneció en esa posición y recordó que ya no vivía en el sótano de Rosalind, que se había mudado al apartamento de Jules y que el señor Rider había entrado a la librería con un catarro de mil demonios, sin tomar las medidas necesarias como usar una mascarilla. Dejó escapar un suspiro cansino. Sabía que poco o nada podía hacer al respecto. Los virus ya campaban libremente por su cuerpo. Solo esperaba que su sistema inmunológico luchara con todas sus fuerzas para recuperarse lo antes posible.

Con precaución, se movió, sintiendo cómo cada uno de sus músculos protestaba por el esfuerzo. Además, tenía una ligera jaqueca, que esperaba que se pudiera aliviar con un paracetamol.

Apartó la sábana y empezó a preocuparse cuando intentó levantarse, pero al parecer sus piernas se negaban a obedecer. En medio de la confusión, le asaltó el recuerdo fugaz de Dave junto a ella. Pensó que era absurdo sentir una atracción tan intensa por un hombre que apenas conocía. Parecía ilógico, pero si algo había aprendido a lo largo de los últimos años es que no podía dejarse dominar por las emociones. En el momento que había pisado Midway, su vida y la de Dave, por el hecho de ser el entrenador de Gray, habían quedado unidas. Necesitaba ser, ante todo, una mujer inteligente. Por su bien, debía asumir su responsabilidad y alejarse de él.

Se ordenó a sí misma olvidar el asunto. Debería dejar de pensar en él y centrarse en lo más importante en ese momento: Gray.

De repente, un ruido resonó en el apartamento, dejó atrás sus preocupaciones y, aunque le costó una barbaridad abrir los ojos, al final lo consiguió.

—¿Te apetece un poco de agua? —preguntó una voz dura y acerada, próxima a ella.

Los sueños y pensamientos seguían tan entrelazados que le costaba distinguir entre lo que era fantasía y lo que era realidad. Se quedó inmóvil y paseó la mirada por el techo y luego el apartamento, que estaba fresco y en penumbra, algo que agradeció.

Un suspiro cansino escapó de sus labios.

—Harper, ¿te apetece un poco de agua?

La confusión y el desconcierto se apoderaron de ella. Reconoció la voz de Dave, soltó el aliento de golpe, flexionó los dedos bajo las sábanas y dirigió su mirada hacia la voz.

No, no podía ser.

Aquello tenía que ser una broma del destino.

Dave estaba allí, era real. Permanecía de pie junto a la cama, su mirada inquisitiva estaba clavada en ella y parecía estar esperando una respuesta.

Un grito ahogado escapó de sus labios y se perdió en la almohada.

¿Cómo demonios había entrado Dave en el apartamento?

Consideró la opción de huir, pero, para su desgracia, no podía moverse.

Dave, incómodo ante el silencio y la expresión de angustia de Harper, buscó desesperadamente algo que decir:

—¿Un café?

Ella miró hacia el techo con cara de disgusto.

—Dave, ¿qué narices haces aquí?

CAPÍTULO 9

Harper esperaba que Dave se hubiera marchado después de su reconfortante ducha. Tenía ganas de llorar, pero no lo hizo porque si algo había aprendido a lo largo de la vida, es que llorar nunca resolvía nada. Así que, se armó de valor y salió de la ducha, envuelta en una suave toalla blanca. Una nube de vapor aún flotaba en el aire, creando un ambiente cálido y húmedo. Inspiró profundo y se recordó a sí misma que todo quedaría en un malentendido. Lo cierto es que despertar y ver a Dave en el apartamento había sido una sorpresa de lo más desagradable. Se dirigió al espejo, sin darse cuenta de las pequeñas gotas de agua que dejaba en el suelo. Con ayuda de una toalla más pequeña limpió la fina superficie de vaho. La imagen que le devolvió dejaba mucho que desear. Estaba pálida, cansada y tenía la sensación de que sobre sus hombros llevaba todo el peso del mundo. Las ojeras oscuras bajo sus ojos tampoco ayudaban a verse mejor.

—No pierdas tiempo lamentándote —murmuró.

Se secó con la toalla y a continuación se extendió la crema hidratante por todo el cuerpo. La fragancia en sí la reconfortó de inmediato. Se sentía dolida y enfadada consigo misma. Dave Suvari era el último hombre que deseaba ver en su apartamento. Él había sido grosero con ella, antipático y poco razonable.

Lo quería fuera de su vida, a pesar de la atracción que sentía por él.

Deslizó unas suaves y cómodas bragas de algodón por sus piernas, ajustándolas con delicadeza a su trasero y cintura. La lencería más sofisticada tendría que esperar a que se encontrara mejor. Seguidamente, adaptó el sujetador a sus pequeños pechos, asegurándose de que quedaba bien ajustado. Por nada del mundo deseaba que Dave diera rienda suelta a su imaginación. Alcanzó el sencillo y corto vestido veraniego que colgaba de una percha de la manilla de la puerta y deslizó la prenda sobre su cabeza, amoldándola a su esbelto y grácil cuerpo.

No era una mujer hermosa, pero sí tenía una belleza natural que a ella le gustaba resaltar. Se pasó el peine por el pelo, desenredando algunos mechones. No era un estilo favorecedor, pero se había cansado del pelo corto. A partir de ahora, tendría que armarse de paciencia y recurrir a los pañuelos a modo de diadema o a horquillas. Pero estaba dispuesta a ese pequeño sacrificio con tal de cambiar de imagen.

Se tomó su tiempo para limpiar el baño y poner en orden sus pensamientos. No quería encariñarse con nadie, ni formar un hogar. Ella era una mujer libre y necesitaba seguir siéndolo. Dentro de unas semanas o meses, cuando supiera que Gray no la necesitaba, se tomaría unas vacaciones en alguna parte del mundo y después, con un poco de suerte, crearía nuevas esperanzas y sueños.

Se recordó que era una mujer sensata y razonable. Estaba allí porque Gray se había puesto en contacto con la agencia de adopción. La ley establecía que hasta que no tuviera dieciocho años, no podría ver su expediente ni ponerse en contacto con su madre biológica a través de una carta. Sin embargo, alguien se había apiadado de ella y le había dejado leer el expediente de su hijo y su actual dirección.

Sí, al parecer todavía quedaban almas caritativas.

La emoción que sintió cuando leyó el informe fue indescriptible. No tuvo dudas y lo dejó todo atrás, incluso su trabajo. Hizo las maletas, se subió al coche y puso rumbo a Midway.

Durante los últimos cuatro años había trabajado en una editorial; por lo que no le resultó difícil que Jules la contratara. Le gustó la librería desde el primer momento que la vio. Cuando leyó el cartel de escaparate que decía: *Se necesita dependienta*, no lo pensó dos veces. Aquello solo podía ser obra del destino. Aunque la librería era un negocio pequeño, ella tenía algunas ideas para aumentar las ventas. Una de ellas era darle un aspecto menos sofisticado y más intuitivo a la web y así vender a través de ella más libros. Se dijo a sí misma que debería comentárselo a Jules y poner el plan en marcha. También había reflexionado mucho sobre seguir en el mundo del patinaje artístico. Nadie en su sano juicio rechazaría a una campeona olímpica para ser su entrenadora.

Sí, en la vida una no se podía conformar solo con un plan, había que tener varios y decidir según la situación.

Cuando abrió la puerta del baño y lo vio ahí, con las piernas separadas y las manos en los bolsillos, soltó un bufido de frustración.

—¿No tienes nada mejor que hacer? —preguntó ella, introduciendo las toallas sucias en la lavadora.

Dave la observó y respiró profundo. Harper estaba preciosa con aquel vestido; además, olía de maravilla,

tan fresca y limpia como una mañana de primavera. Deseaba disculparse, decirle muchas cosas, pero hacerlo en la situación actual sabía que solo provocaría una nueva discusión.

—Solo quería asegurarme de que estabas bien.

Harper fue hacia la cama y tiró de las sábanas con toda la fuerza que pudo reunir. Las hizo un ovillo sobre el colchón. Luego desfundó la almohada.

—Ya ves que estoy bien. Ahora ya puedes irte y la próxima vez que vengas, asegúrate de estar invitado.

Dave levantó una ceja en un gesto de incredulidad. Tuvo que admitir que quizás una disculpa sería lo mejor dada la situación. Era evidente que Harper seguía molesta con él.

—Por favor, acepta mis disculpas —pidió él, midiendo sus palabras y mirándola a los ojos.

Harper tenía unos ojos grandes y hermosos, que en ese momento estaban empañados de confusión. Arqueó las cejas, sorprendida.

—Si crees que una disculpa va a resolver todo lo que sea que haya entre nosotros, estás muy equivocado.

Mientras él la miraba, un leve rubor se extendió por los pómulos de Harper y sus ojos se agrandaron ligeramente.

—¿Qué hay entre nosotros?

—Nada —respondió ella, demasiado rápido—. Solo un malentendido tras otro.

Dave debía reconocer su parte de culpa.

—Solo intento ser amable.

Ella le lanzó una mirada severa y hostil.

—Tu amabilidad llega tarde, ¿no te parece?

—Esa es tu opinión.

Ella no podía creer lo que estaba oyendo.

—¡Ahora vivo aquí, se supone que es mi apartamento, no el de tu hermana! —exclamó irritada.

—¡Maldita sea, Harper! Acabo de disculparme…

—Pues no es suficiente —señaló ella, intentando controlar su voz temblorosa. Tragó saliva desesperada, intentando ignorar el punzante dolor de garganta. La fiebre de la noche anterior la había dejado agotada. Escondió la cara entre las manos y respiró hondo. Cuando las apartó, dijo—: Está bien. Dave, te agradezco que hayas cuidado de mí esta noche. No quiero que pienses que soy una mujer ingrata, pero tú y yo tenemos nuestros propios problemas y desavenencias. Y en este preciso momento, eres la última persona que quiero tener cerca.

Decidida y sin esperar respuesta alguna, agarró las sábanas y las llevó a la lavadora.

—Tu sinceridad me abruma.

—Vete a la mierda, Dave.

—Déjame ayudarte —dijo él, sacando las manos de los bolsillos.

—¡No! —profirió Harper enfadada, mientras buscaba el programa de lavado. Los dedos le temblaban; así que tuvo que recurrir a todo su control para que no se notara su debilidad—. Según Jules, eres un hombre cabal; así que, por favor, déjalo estar. Creo que ya nos hemos dicho todo lo que nos teníamos que decir. Por lo tanto, lo mejor es que te vayas.

—Solo intenté hacer lo mejor para ti y para Jules —dijo Dave en tono conciliador.

—No tienes que darme explicaciones —le advirtió mientras vertía el jabón y el suavizante en el cajetín de la lavadora. Guardó los respectivos envases en el armario—. Estoy cansada, Dave. Deberías irte.

Él no se dio por vencido y trató de controlar su mal humor. Se colocó delante de ella y le bloqueó el paso, pero ella le esquivó rápidamente, sin apartar la mirada de su objetivo: el armario donde Jules guardaba la ropa de cama.

—¡Harper! —exclamó él. Le agarró del brazo, pero ella se liberó y se apartó con determinación.

—Quiero que te vayas.

—Dame la oportunidad de disculparme una vez más y luego, me iré. —La asió de nuevo, esta vez con algo más de fuerza y la retuvo en el sitio—. Me he comportado como un completo idiota.

Ella se zafó de su agarre y se negó a mirarlo.

—En eso estamos de acuerdo —dijo, desviando los ojos hacia la ventana por donde entraban los primeros rayos del amanecer.

Harper pudo sentir su respiración agitada y frustrante cerca de ella. Había algo en él que la irritaba y atraía a partes iguales. Pero no importaba, Dave tenía a Gigi y ella no tenía a nadie. Era el resumen perfecto de su vida, una existencia siempre vacía a la que se negaba a adaptarse.

Dave siguió su línea de visión, de modo que Harper bajó la mirada al suelo para evitarla.

—Harper, por favor, mírame —insistió Dave.

Ella hizo caso omiso a su sugerencia y se concentró en permanecer con la vista clavada en el suelo, con el fin de parecer aburrida y que él se marchara. Le había prohibido asistir a los entrenamientos de *hockey* y había revelado su identidad. Conocía muy bien cómo funcionaban los secretos en los pueblos pequeños. Tenían una vida corta y en cuestión de unas horas todos los habitantes de Midway sabrían quién era ella, y Gray ya no la vería con los mismos ojos.

—Harper —susurró él, acercándose al cuerpo femenino.

Ella cerró los ojos cuando su aliento acarició su rostro.

—Por favor, mírame —le ordenó Dave con delicadeza.

Harper deseaba hacer lo que él le pedía y, al mismo tiempo, echarlo del apartamento a patadas. No quería volver a experimentar la sensación de desapego hacia otra persona que le importaba. Pero, en lo más profundo de su corazón, sabía que no podía evitar la conexión que existía entre ellos.

—No debes hacer esperar a Gigi —le recordó.

Él, al escuchar el nombre de la mujer que había estado ocupando hasta ahora su vida, la soltó como si quemara. Harper aprovechó la oportunidad para retroceder.

—Gigi y yo ya no estamos juntos —aclaró él.

Ella levantó la cabeza y frunció un poco el ceño. Dave se perdió en sus ojos.

—¿Por qué? —quiso saber Harper. Al momento se arrepintió—. En realidad, no es asunto mío. Siento haber preguntado.

Dave hizo caso omiso de su observación.

—No hay mucho que decir al respecto. Simplemente no funcionó, punto.

Harper, sorprendida, arqueó las cejas.

—Lo siento.

Él ladeó la cabeza, intentando sondearla.

—No, no es cierto. No lo sientes. Por alguna extraña razón, Gigi no te caía bien.

Ella, incapaz de pensar en una respuesta coherente, alzó los hombros y los dejó caer.

—No suelo juzgar a las personas.

Dave como respuesta sonrió.

—Entonces, yo debo de ser la excepción.

Ella, sin saber muy bien qué decir, torció la boca en una mueca desagradable.

El móvil sonó en su bolsillo. Dave lo sacó, miró la pantalla y luego a ella. Harper pudo ver la indecisión en sus ojos.

—Deberías contestar —dijo señalando el teléfono.

Dave dudó unos segundos, pero al final respondió a la llamada.

—Sí, dame cinco minutos. Voy para allá.

—Tengo que irme, llego tarde al entrenamiento.

Ella puso distancia, quizás para facilitarle la marcha.

—Harper, esta conversación no termina aquí.

—Yo creo que sí —declaró ella, dándole la espalda.

Le oyó resollar y luego maldecir en silencio.

—Cuídate.

Cuando escuchó la puerta, intentó no sentirse confusa ni herida. Respiró hondo y comenzó a trazar un plan para eliminarlo por completo de su mente.

CAPÍTULO 10

Dave estaba de camino a la entrada de la casa de Matt cuando Jules abrió la puerta. Draco salió corriendo a recibirlo con un ladrido de entusiasmo.

—Al menos hay alguien que se alegra de verme —dijo él, acariciando la cabeza del perro.

Jules se acercó y le dio un par de besos, uno en cada mejilla.

—Yo también me alegro de verte.

Dave sabía que era verdad. Su hermana siempre había sido un buen apoyo, un hombro en el que llorar. Se alegraba tanto de que Matt, su mejor amigo, estuviera con ella que nunca se cansaba de darle las gracias a la vida.

—¿Dónde están los niños? —preguntó Dave, seguido por Draco con una pelota en la boca.

—En la cocina, con Matt.

Dave sonrió a Draco y luego a Jules. Era verano y los niños estaban de vacaciones, seguramente disfrutando cada segundo de los días soleados; a diferencia de él. El entrenamiento no le había servido para descargar el estrés. Después de patinar seguía intranquilo o incluso peor que a primera hora de la mañana. Todavía se sentía aturdido, tal vez por la falta de sueño o por el encontronazo con Harper. Respiró profundo para aplacar la inquietud cuando pensaba en ella. Le arrebató la pelota a Draco y el perro lo miró con entusiasmo renovado.

—Jugaremos en el jardín, ¿de acuerdo?

La desilusión que pudo ver en los ojos de Draco debía de ser un reflejo de la suya propia, porque en ese momento, su hermana preguntó:

—¿Estás bien?

—Sí, claro —indicó demasiado rápido.

Jules miró a su hermano con extrañeza.

—¿Y Harper? ¿Se encuentra mejor?

—Creo que está recuperada —respondió sarcástico, recordando su última conversación con ella.

Jules suspiró. Como toda mujer, sabía leer entre líneas. Fue a preguntar algo, pero en ese momento los niños salieron a saludar a Dave.

Él rio cuando Wes y Elsie se abalanzaron a sus brazos.

—¡No entiendo cómo podéis crecer tan rápido!

Los niños estallaron a carcajadas cuando Dave los levantó de la cintura y giró como si fuera un tiovivo.

Matt, apoyado en la jamba de la puerta, sonrió ante la divertida escena y luego miró a Jules, tal y como lo hacía un hombre enamorado. Cuando Dave bajó a los niños al suelo pudo ver la complicidad que había entre ellos. Había tanto amor allí, más de lo que él había experimentado nunca. Se alegraba de que les fuera bien. Sin embargo, sintió celos porque él no veía una vida en la que Harper estuviera incluida.

El pensamiento en sí lo dejó helado.

¿De dónde había salido aquella idea absurda?

Harper le había dejado claro que necesitaba espacio, que no quería saber nada de él. Volvió a la realidad solo cuando sintió la mano de su hermana sobre su hombro.

—No te rindas —le aconsejó Jules.

El comentario lo sorprendió aún más que sus propios pensamientos.

Cuando salieron al porche, todos se sentaron en el banco y sillas que había alrededor de la mesa. Soplaba una brisa fresca y agradable que Dave agradeció.

—Te esperaba hoy en el entrenamiento —le dijo a Matt.

—Yo también esperaba haber ido —manifestó este sonriendo a Jules.

Dave frunció el ceño. Observó cómo Matt miraba a su hermana con adoración. Suspiró; era evidente que unos tenían más éxito en el amor que otros.

—Ahórrate los detalles, ¿quieres? Me vendría bien tu ayuda mañana.

—Allí estaré —afirmó Matt—. ¿Va todo bien?

Dave pensó en Gray.

—¿Qué ocurre? —preguntó Jules.

—Gray Donovan —comentó Dave, serio.

—¿Qué pasa con él? —inquirió Matt.

—Aún no lo sé, pero tengo la impresión de que se trata de algo serio.

Matt asintió, comprendiendo la situación. En ocasiones, los muchachos se cerraban en sí mismos y se aislaban del resto. El resultado de sus acciones repercutía en la moral del equipo y en el marcador.

—Hablaré con él, si es eso lo que quieres.

—Otra visión me vendría bien.

Matt asintió levemente con la cabeza.

—Sí, estoy de acuerdo. Allí estaré, a primera hora.

—No hagas promesas que no puedes cumplir, Matt. —Levantó ambas cejas y miró a su hermana con interés renovado.

Jules tuvo una razón para sonreír.

—Desayuna, Dave. El café se va a quedar frío.

—Que te quede claro que no puedes comprarme con hidratos de carbono. —Él alcanzó el plato de galletas y se llevó una a la boca—. Están buenas.

Jules ensanchó su sonrisa.

—Claro, son de mamá, el café lo ha hecho Matt y yo he comprado la leche —comentó ella con satisfacción.

Dave la miró unos segundos con seriedad, y después se rio.

—¿Comprar la leche ha supuesto un gran esfuerzo? —preguntó con sorna.

Su hermana le miró, sin darse por aludida.

—Muy gracioso —le dio un suave pescozón—, no te pases.

Dave sonrió a Jules y, a continuación bebió un sorbo de café. Le encantaba desayunar en casa de Matt, en familia. Le hacía sentirse menos solo.

A su llegada a Midway se había comprado una casa. Una casa, que en este momento consideraba demasiado grande y vacía. El apartamento donde había pasado la noche con Harper le parecía más acogedor que su propio hogar.

—He pensado seguir tu consejo —informó mirando a Matt.

Su amigo se quedó sorprendido y lo observó sin comprender.

—¿Qué consejo?

—El de vender la casa.

Jules miró fijamente a Matt.

—¿Le has dicho que venda la casa?

Matt suspiró.

—No, le he sugerido que podía vender su casa —aclaró.

—¿Por qué? —quiso saber Jules—. Es una casa preciosa.

Dave no pensaba lo mismo. Era un hogar sin alma, sin recuerdos.

—Es demasiado grande.

Jules giró la cabeza y examinó a su hermano.

—Creía que te gustaban las casas grandes.

—Así es. Pero esta no se acopla a mis necesidades.

Jules fue a decir algo, pero Wes la interrumpió:

—Yo creo que hace bien en venderla.

Elsie, que estaba jugando con Draco en ese momento, dejó a un lado a su fiel compañero y preguntó:

—¿Por qué?

Wes se encogió de hombros.

—Se pasa la mayor parte del tiempo aquí, con nosotros. ¿Para qué quiere una casa?

—¡Wesley! —le reprobó su padre.

—Wes tiene razón —subrayó la pequeña. Ladeó su cabeza y miró a Dave con ternura—. ¿Podrías venir a vivir con nosotros?

—¡Ni hablar! —exclamó Matt.

Todos los presentes, incluido Dave, se echaron a reír.

—Tu padre no me quiere.

—Sí que te quiere, tío Dave —manifestó la pequeña con su bonita sonrisa—. Lo que ocurre es que tendrías que dormir conmigo o con Wes.

El niño negó con la cabeza.

—Tío Dave ronca; así que no. Ni hablar.

Las carcajadas no se hicieron esperar.

—Hablas en serio, ¿quieres vender la casa? —preguntó Jules.

—Sí —respondió Dave con sinceridad.

—Y, ¿vas a comprar otra?

—Es probable, sí.

—¿Dónde? —quiso saber Matt.

Dave desvió la mirada hacia el agua brillante. Justo en aquel momento, un aguilucho sobrevoló sus cabezas.

—Supongo que venderán alguna casa por esta zona —dijo Dave, mientras observaba el vuelo del ave—. Un día de estos, me pasaré por la inmobiliaria y echaré un vistazo.

Matt y Jules intercambiaron una mirada.

—¿Quieres vivir aquí? ¿Cerca del lago? —inquirió Jules con extrañeza—. Siempre te estás quejando de los mosquitos.

—Eso no es cierto —protestó Dave, volviendo la mirada a los presentes—. Es verdad que a veces son un incordio, lo reconozco. Pero merece la pena recibir algún que otro picotazo a cambio de disfrutar de este paisaje.

—¿Estás seguro?

Dave no tuvo que pensar demasiado la respuesta. La imagen de Harper paseando por la orilla del lago, a la luz del atardecer, se había quedado grabada en su mente. Se imaginó allí con ella, cogidos de la mano, al tiempo que disfrutaban de un paseo y de las estrellas. Tenía que reconocer que estaba empezando a entender las cosas.

—Sí —confesó observando a su hermana—. Es hora de un cambio.

—¿Es por Gigi?

—No, claro que no —afirmó—. Ella se merece a alguien mejor que yo.

En ese instante, Matt se levantó de su silla.

—Bueno, viendo que la conversación se pone seria, será mejor que lleve a los niños a bañarse al lago, se lo he prometido.

Tanto Wesley como Elsie brincaron en sus asientos, entusiasmados. Incluso Draco comenzó a corretear de un extremo a otro del porche, feliz de darse un chapuzón.

Matt dio varias palmadas al aire.

—Id a por vuestros bañadores y no olvidéis las chanclas ni la crema solar.

—¡Ya vamos! —exclamó Elsie, encantada. Se volvió hacia Dave con el labio superior manchado de leche —: Tío Dave, puedes dormir conmigo. No me importa que ronques. Te quiero mucho, ya lo sabes.

—Oh, Elsie… —emocionado, Dave se inclinó y besó el pelo de la niña—. Yo también te quiero. Eres mi chica preferida.

Elsie frunció los labios y le dio un beso pegajoso en la mejilla.

—Lo sé, tío Dave. Ahora tengo que ir con Wes, siempre elige la toalla más grande.

—Dave sonrió. Elsie era adorable, en el más amplio sentido de la palabra. Antes de alejarse, la niña se volvió—: Tío Dave, ¿sabes que mi profesora de patinaje artístico se va?

Dave miró a Jules y después a Matt.

—¿A dónde se marcha?

—No lo sabemos —respondió Jules—. Pero, al parecer, está embarazada.

Dave asintió, comprendiendo.

Elsie se acercó de nuevo a su tío y lo abrazó.

—Por favor, ¿podrías pedirle a Harper que sea nuestra monitora de patinaje?

Dave no supo qué responder.

—Harper ya tiene un trabajo, Elsie —le recordó Jules.

—Sí, pero Wes dice que es la mejor patinadora del mundo. —Abrió los brazos y los agitó en el aire.

—¿Dónde has oído eso? —preguntó inquieto.

La niña se encogió de hombros.

—Lo dice todo el mundo, tío Dave. Así que será cierto.

Dave tragó saliva, algo aturdido. Bueno, ya era un hecho, el rumor se había extendido como la pólvora. Sintió una amargura muy familiar.

—Harper es una mujer ocupada, preciosa.

—¡No es justo! —exclamó la niña. El inesperado arrebato sorprendió a todos—. Tú eres el entrenador de Wes, el mejor jugador de *hockey* de toda la historia, y yo no tengo monitora.

Enfadada, cruzó el porche y entró en la casa.

Dave observó cómo se alejaba y se sintió culpable. Si él hubiera tenido la boca cerrada, nadie en el pueblo sabría que Harper era una gran patinadora.

—Será mejor que vaya con ella —dijo Matt. Recogió la correa de Draco, de camino, antes de entrar a la casa, se giró y besó a Jules en los labios.

—No es mala idea, tú lo sabes y yo también —comentó Matt, seguido por Draco.

Dave soltó un bufido audible.

Jules sintió lástima por él.

—Todo esto pasará, Dave.

—¿Estás segura? —preguntó él con la mirada perdida en el café.

—¿Habéis discutido?

Dave dio un sorbo a su bebida y luego dejó la taza en la mesa.

—Yo diría que ha sido un cambio de impresiones, más que una discusión.

—Entiendo —dijo Jules.

—Perfecto; así podrás explicármelo —comentó él, que no sabía cómo asimilar el momento vivido con Harper.

Jules sonrió.

—Está perdida.

Dave miró a su hermana.

—¿A qué te refieres? —quiso saber.

—Supongo que cuando esté preparada, te hablará de ello. —Jules tuvo que contener un suspiro—. Dave, el amor no siempre sigue un camino recto. A veces, hay obstáculos y momentos de incertidumbre, lo sabré yo. Pero si realmente crees que hay algo especial entre tú y Harper, no te rindas tan rápido. Dale espacio, pero mantente presente en su vida de alguna manera. Deja que ella decida el ritmo, pero hazle saber que estás dispuesto a esperar y luchar por lo que sientes.

Dave reflexionó sobre las palabras de su hermana. Sabía que ella tenía razón.

—Ni siquiera sé lo que siento.

—Claro que sí, esa es la razón por la que estás así.

—Me conoces bien.

—Soy tu hermana y, sí, es cierto, roncas. Y también te huelen los pies.

—¡Oye! No te pases —exclamó Dave con una sonrisa—. Ahora en serio, ¿debo preocuparme por Harper?

Ella mordisqueó la galleta.

—Curará sus heridas. Solo es cuestión de tiempo.

Dave terminó su café con la mirada puesta en el lago. Jules tenía razón, debía darle espacio y aclarar sus propios sentimientos antes de lanzarse.

—Tengo la impresión de estar haciendo el idiota.

Jules dejó la galleta sobre la mesa y miró a su hermano. Conocía bien aquella mirada.

Los niños salieron corriendo y riendo de la casa, Draco iba detrás como buen guardián. Sus orejas se movían al ritmo de sus saltos.

—Nos vamos a dar un baño —comentó Matt.

Dave se levantó de la silla.

—Os acompaño. —No tenía intención alguna de perderse ni un ápice de acción con los hijos de Matt—. ¿Vienes, Jules?

—No, me quedaré a recoger el desayuno. No olvides la cena del sábado en casa de papá y mamá.

—¡Cómo podría olvidarla si se pasa la semana enviándome mensajes de audio!

Tanto Matt como Jules sonrieron ante el tono lastimero de Dave.

Matt, antes de marchar, le guiñó un ojo.

Ella le sonrió de forma provocadora.

Sin demora se levantó, recogió los platos y los llevó a la cocina. Mientras lavaba las tazas y platos reflexionó sobre la situación de Dave y Harper. Sabía que su hermano estaba luchando por algo que ni él mismo conocía, y que Harper necesitaba tiempo para encontrar su propia

felicidad. Solo podía esperar que en algún momento encontraran una forma de estar juntos, si eso era lo que en realidad deseaban.

Después de terminar en la cocina, Jules salió al porche y se acercó al lago para ver a Dave, Matt y los niños divirtiéndose. El sol derramaba su luz sobre el agua, y se permitió sumergirse en las risas y los gritos llenos de alboroto y alegría. Su corazón se llenó de gratitud por tener una familia tan especial.

Mientras se abrazaba a sí misma, deseó sinceramente que Harper también pudiera encontrar la felicidad en su vida. Sabía que todos merecían descubrir el amor y la alegría que Matt y ella habían encontrado.

CAPÍTULO 11

—¿Qué es eso de que Vilma ha regresado a Savannah?

Jules abrió el cajón de los cubiertos y eligió varios tenedores. Pensó en la madre de Matt y sonrió.

—Ha conocido a alguien.

Agnes, que en ese momento estaba poniendo una olla de agua a hervir, contempló a su hija con los ojos muy abiertos.

—¿Hablas en serio?

—Sí. —Jules cerró el cajón y fue hasta la mesa. Colocó cada tenedor a la izquierda del plato—. Es viudo y músico.

Agnes dejó la olla y sonrió.

—Es estupendo. ¡Me alegro por ella! —exclamó—. ¿Sabes?, a nuestra edad también existe el amor y el sexo.

—¡Mamá!

—Venga, Jules. No me digas que eres de las que piensan que el sexo se acaba con la menopausia. Nada más lejos de la realidad, después viene lo mejor. —Guiñó un ojo a su hija.

Jules se mordió el labio para ocultar la risa. Pero de ninguna manera iba a continuar con esa conversación.

—Lo que tú digas.

Agnes cubrió la olla con una tapa y, seguidamente, se giró y miró hacia la mesa.

—Pon un cubierto más.

Jules, sorprendida, contó los platos. No había error.

—¿Por qué un plato más?

Agnes le dio la espalda a su hija, sabiendo que lo que estaba a punto de contarle no le iba a gustar:

—Es para Harper.

Jules inspiró profundo e intentó no pensar en su hermano.

—¿Has invitado a Harper a cenar? —le preguntó a su madre.

—Claro. ¿Qué va a hacer la muchacha sola un sábado por la noche?

—Es probable que tenga planes.

Agnes se volvió y le sonrió de una manera inequívoca.

—Me aseguré de que no los tuviera.

—¿Sabe Dave que viene Harper a la cena?

—Jules Suvari, ¿intentas decirme algo?

Jules miró a su madre con asombro. Las voces y risas de los niños se propagaron por la casa y llegaron hasta la cocina. Wes y Elsie estaban en la habitación de los barcos, como a ellos les gustaba llamar a la estancia donde su padre pasaba horas inmerso en su pasión por construir maquetas de galeones y galeras.

—Solo he preguntado si Dave sabe que Harper viene a cenar.

Agnes suspiró.

—No, no se lo he dicho.

Jules la miró con incredulidad.

—¿Por qué?

—No soy tonta, Jules. Conozco a mi hijo lo suficiente para saber que cuando no habla de una mujer, es porque le interesa —reveló—. Cuando venía de visita, no paraba de parlotear sobre Gigi; entonces supe que esa relación no tenía futuro alguno. Sin embargo, me he fijado en cómo mira a Harper, esos detalles a una madre no se le pasan por alto.

Jules miró a su madre y se percató de su cara de preocupación.

—Mamá, no son buenos amigos.

—¿Crees que no lo he notado? —le apuntó Agnes a su hija—. Sé que entre ellos las cosas no van bien.

—Entre Harper y Dave no hay nada —le aclaró Jules.

—Yo también me he dado cuenta de eso —dijo Agnes mientras salpimentaba la salsa de tomate—, pero conozco a mi hijo lo suficiente para darme cuenta de que Harper no le es indiferente. Así que, he decidido intervenir y darles a esos dos un empujón.

—No deberías entrometerte —le advirtió Jules.

—Lo cierto es que, hasta el momento, mis esfuerzos han dado buenos resultados. A ti y a Matt también os di un empujoncito, ¿no? ¿Y tienes queja?

Jules le lanzó una mirada de advertencia.

—Es diferente. Tú conoces a Matt desde niño, estabas al tanto de su dolor, de lo que supuso perder a Sarah —explicó—. Pero a Harper no la conoces ni tampoco sabes nada de su pasado.

—Eso es verdad, pero sé que es una mujer inteligente y paciente. Tú confiaste en ella, ¿no?

—Sí —respondió Jules.

—Pues eso ya dice mucho. Si tú lo hiciste, ¿por qué no iba a hacerlo yo?

Jules no podía negar lo evidente.

—Aun así, sigo pensando que no deberías entrometerte.

Agnes se quedó mirando a su hija con incredulidad.

—Quiero lo mejor para Dave.

—Y, ¿crees que Harper es buena para él?

La madre dejó la cuchara de madera sobre un plato y se volvió hacia Jules, preocupada.

—¿Hay algo que deba saber?

Jules vaciló. Los secretos de Harper solo le pertenecían a ella y a nadie más.

—No.

Agnes pareció tranquilizarse.

—Si es porque ha ganado una medalla olímpica en patinaje artístico, he de decirte que ya lo sé. La noticia va de casa en casa —dijo Agnes—. Me encantaría verla patinar, debe de ser todo un espectáculo, ¿no crees?

—Sí, tiene que ser increíble —afirmó su hija sin entrar en detalles.

A medida que Jules colocaba los platos y cubiertos en la mesa, su mente se llenaba de preguntas sin respuesta. ¿Qué había sucedido en realidad entre Dave y Harper aquella noche en el apartamento? ¿Por qué habían decidido mantenerlo en secreto? La tensión entre ellos era palpable. Pero ninguno de los dos se había pronunciado al respecto.

Sentía curiosidad y preocupación al mismo tiempo. Pero ya había tomado una decisión: no abrir la caja de Pandora.

Salió de la cocina, dejando a su madre revolviendo la salsa de tomate. Siguió las voces que venían de la habitación del fondo. Asomó la cabeza y vio a Wes y Elsie sentados en el suelo, rodeados de barcos y con una expresión de felicidad en el rostro. La habitación estaba llena de estantes repletos de barcos en miniatura, cuidadosamente detallados y fieles a los originales que habían surcado los mares en épocas pasadas. Había velas blancas impecables, cascos de madera finamente trabajados y detalles meticulosos que mostraban el amor y la dedicación de su padre por su *hobby*.

Su padre y Matt hablaban animadamente, Jules supuso que sobre el ejército. Era su punto en común.

—¡Hola, chicos!

Wes levantó la mirada y sonrió.

—Estamos imaginando que somos capitanes de nuestros propios barcos. Elsie es la capitana del barco pirata —dijo señalando a su hermana—, y yo soy el capitán de un barco de guerra.

Elsie asintió emocionada, sosteniendo en sus manos un pequeño barco pirata.

—¡Sí, y estamos navegando por mares peligrosos en busca de tesoros!

Jules se rio suave, contagiada por el entusiasmo de los niños.

—¿Todo bien por la cocina?

—Todo en orden, papá.

Jules observó a su padre asentir y luego dirigirse hacia donde estaban los niños. Mientras tanto, ella aún trataba de procesar el cambio que había experimentado su padre desde que Matt y sus hijos se habían convertido en parte de sus vidas, dejaba entrever una faceta más cálida y cariñosa. Verlo jugar con ellos y permitirles participar en sus maquetas, era algo sorprendente. Era evidente que algo había cambiado en él.

Era como presenciar un milagro.

Matt se acercó a ella, la besó en la sien y le rodeó la cintura con su brazo.

—¿Te preocupa algo?

Jules miró a Matt, el amor que sentía por él era cada vez mayor. Se preguntó cómo eso podía ser posible.

—Harper viene a cenar.

Matt alzó las cejas, sorprendido.

—Va a ser una cena divertida.

—No quiero que se hagan daño.

—Dave es un tipo inteligente, no hará ninguna tontería. —Matt la estrechó contra él—. Reconozco que esta situación me resulta familiar.

Ella le miró y sonrió.

—¿Hablas por experiencia propia?

—Cariño, si algo he aprendido durante este tiempo es que al pasado hay que dejarlo atrás —respondió Matt, incómodo.

—Cierto —dijo Jules. Sonrió y a continuación le besó en los labios.

***

Harper sopesó la situación antes de llamar a la puerta de los Suvari. Sostuvo con fuerza el ramo de margaritas que llevaba en la mano y suspiró. Dentro de la casa se escuchaba el murmullo de las conversaciones y alguna que otra risa esporádica.

Allí vivía una familia feliz, una familia prácticamente perfecta.

Agnes se había mostrado encantadora la tarde anterior cuando fue a la librería y la invitó a cenar. En un principio, ella había querido negarse, pero no había contado con la insistencia de la mujer. Le habría gustado decir que se sintió acorralada y que esa fue la razón por la que aceptó la invitación. Pero eso no sería del todo cierto. La verdad es que sentía curiosidad por conocer un poco más a la familia Suvari.

Pensó en Dave y le asaltó el recuerdo de él en el apartamento varias noches atrás. Bajó la mirada hacia las margaritas y se percató de que él no le era tan indiferente como quería hacer creer al resto del mundo. En el fondo no era un mal tipo, lo había demostrado al quedarse al cuidado de ella cuando estuvo enferma.

Tal vez podía ser un bocazas, pero un bocazas con buena intención.

Si cruzaba esa puerta, le estaría dando una nueva oportunidad y tendría que confiar en él.

Dave, pensativo, y con las manos embutidas en los bolsillos delanteros de su pantalón, levantó la cabeza. Al ver a Harper frente a la puerta de la casa de sus padres se sorprendió.

Harper era a la última persona que esperaba ver allí. Se detuvo y la observó, cautivado

por su belleza. Estaba preciosa con aquel vestido veraniego de estampado floral que dejaba al descubierto sus hombros. Llevaba un ramo de margaritas en sus manos y le dio la impresión de que la casa era terreno vedado para ella.

—Harper —la llamó.

Ella se giró y trató de ensanchar su sonrisa.

—¡Hola, Dave!

Él acortó la distancia que los separaba con los ojos clavados en ella.

—¿Vienes a cenar?

Cuando Harper se fijó en él, se le aceleró el pulso. Tenía que reconocer que era un hombre atractivo y que exudaba seguridad en sí mismo.

Al parecer, Dave no sabía que habría un comensal más en la cena, eso le dio qué pensar.

—Aún no lo sé. —Su voz sonó vacilante.

Dave la observó con el ceño fruncido, sin comprender.

—Estás en la puerta de la casa de mis padres un sábado por la tarde con un ramo de margaritas entre las manos, ¿qué más puede significar eso?

Ella bajó la vista y contempló el ramo. Se había olvidado de que estaba ahí. Sacudió la cabeza y, seguidamente, levantó la mirada. Respiró hondo y contestó:

—Cierto, creo que las margaritas me delatan. —Trató de ensanchar su sonrisa, pero no lo consiguió—. Tu madre es una mujer insistente.

—La conozco bien para saber que es así —dijo Dave, sin apartar la mirada—. En fin, me alegro de que estés aquí.

Ella no estaba tan segura de que eso fuera cierto. Se sentía insegura. La expresión desconcertada en su rostro confirmaba sus sospechas de que él no estaba al tanto de la invitación de su madre. Esto la llevó a pensar que tal vez Dave preferiría evitar cualquier encuentro incómodo o conflictivo.

—No sabías que venía, ¿verdad?

—No, pero viniendo de mi madre no me extraña —respondió él.

Harper se dio cuenta de que él la observaba con el rostro inexpresivo y tranquilo. Ella, clavada en el suelo, temblando y con el pulso acelerado, carraspeó:

—¿Sabes? Lo mejor es que me vaya. No creo que esto sea buena idea.

—Harper, por favor…

Sintiendo una mezcla de tristeza y frustración decidió que tenía que marcharse.

Él, al ver sus intenciones, la llamó:

—Harper, tenemos que hablar…

Su manera pausada y categórica de pronunciar su nombre hizo que Harper se fijase en sus labios. En la forma en la que él pronunciaba su nombre. Apartó la mirada e intentó no dejarse intimidar por la preocupación de su tono.

—Esto es un error, Dave. ¿No lo entiendes? —preguntó con un nudo en la garganta—. La vida o el destino o como quieras llamarlo se esfuerza por unirnos, pero lo único que conseguimos es hacernos daño. Tengo que marcharme.

—¡Harper! —exclamó y la siguió—. Solo es una cena.

—Una cena con tu familia es algo demasiado íntimo para mí —dijo en un susurro. Necesitó escapar y, frustrada, apretó los dientes al ver que no pasaba ningún taxi en ese momento por ahí.

—Harper, te estoy hablando.

—Y yo decido no escucharte, Dave. Por favor, discúlpame ante tus padres —le pidió tímida.

Se sentía atrapada entre su miedo al compromiso y sus relaciones con los demás. A lo largo de su vida, había experimentado el constante temor de formar parte de algo y luego perderlo. Este sentimiento de desarraigo se había anclado profundamente en su ser, manifestándose a través de sus disculpas constantes e inseguridades.

—Por favor, no hagas una escena de todo esto. ¡No huyas!

Harper no respondió, porque sabía que necesitaba cada pizca de energía para seguir caminando.

—¿De qué tienes miedo? —inquirió Dave, caminando tras ella.

La pregunta en sí hizo que aminorara un momento el paso, pero de inmediato se envalentonó y continuó andando.

—No te necesito a ti ni a nadie, Dave.

Él avanzó rápido y se colocó delante de ella, bloqueándole el paso. Ella ahogó una exclamación, pero lo sorteó, sin desviar la mirada de la calle principal en busca de un puñetero taxi.

—Harper… —Dave la agarró del brazo, pero ella se zafó y siguió caminando, en silencio.

—¿Puedes explicarme lo que está sucediendo?

—No. Déjame en paz, Dave.

—Solo quiero hablar contigo.

—¡Yo no!

Dave la agarró de nuevo y en esta ocasión la retuvo en el sitio.

—Hablemos, por favor.

Harper se negó a mirarlo y también a hablar. Aquel hombre que tenía ante ella la había cuidado cuando estuvo enferma, debería disculparse con él. Pero tenía miedo de sus emociones, de lo que deseaba. Quería una casa como la de los padres de Dave, llena de conversaciones y risas. Pero en lugar de eso, vivía en un pequeño apartamento carente de recuerdos.

—No hay nada de qué hablar, Dave.

Él no la creyó. La sintió temblar y eso le hizo aflojar el agarre.

—No lo entiendo, Harper. Por más que lo intento, no consigo comprender ni una sola de tus acciones ni rechazos continuos. —Dave cerró los ojos una fracción de segundo, en busca de algo más de paciencia—. ¿Es por mí? ¿He hecho algo indebido? Me he disculpado hasta la extenuación, volveré a hacerlo si es necesario.

—Lo mejor es dejar las cosas como están —declaró Harper.

La miró y pudo apreciar cómo sus ojos relampaguearon. Era evidente que a Dave no le había gustado la respuesta.

—Yo no estoy de acuerdo. Vamos a aclarar esta situación, ya mismo.

A Harper le dio un vuelco el corazón y deseó huir de allí, de su intenso escrutinio.

—No.

A Dave tampoco le gustó aquella respuesta, alargó el brazo y apretó la mano de Harper. Ella comenzó a forcejar y Dave aflojó la presión de sus dedos.

—Si es por sacar a la luz tu pasado como patinadora, lo siento.

Harper quería perdonarlo y, al mismo tiempo, alejarlo. Permitir que Dave entrara en su vida era como sentirse viva otra vez. Y eso no era posible. Si algo había aprendido en los últimos

años era que el amor solo traía sufrimiento. El sexo y el amor iban de la mano y siempre cargados de complicaciones y sujetos a incómodos recuerdos del pasado.

—Lo que quieres no puede ser, Dave.

—Y, dime, Harper, ¿qué es lo que quiero?

Ella lo miró a los ojos y percibió el fuego en su mirada.

Harper hizo amago de apartarse, pero las manos de Dave se deslizaron por su nuca, hundiendo los dedos en su pelo.

—Hablemos claro, Harper. Dime lo que está sucediendo.

Prisionera de sus propios sentimientos, se le escapó un breve sollozo de los labios. Sintió que el muro que tantos años había levantado con tanto esfuerzo comenzaba a hacerse añicos. Cerró los ojos con fuerza para evitar que las lágrimas descendieran por las mejillas.

—Abre los ojos, Harper.

Ella lo hizo y él se sintió aliviado.

—Ni yo mismo lo comprendo, pero estoy comenzando a sentir algo por ti.

Harper negó con la cabeza, necesitaba alejarse ya mismo. Percibió el zumbido de la excitación y decidió ignorarlo, pero fue inútil. Cada vez que estaba cerca de él algo en su interior se encendía, anhelando más de lo que sabía que no podía tener. Deseaba todo lo que Dave representaba, pero sabía que su complicada vida amorosa no tenía cabida en la suya. Decepcionarse a sí misma no era una opción que estuviera dispuesta a aceptar en este momento. Necesitaba que esa sensación desapareciera de inmediato, antes de que las complicaciones se convirtieran en una carga demasiado pesada para llevar.

—Puedes confiar en mí.

El debate interno seguía ahí, en su mente. Sabía que tarde o temprano tendría que enfrentarse a sus sentimientos y tomar una decisión. Pero no sería esa noche.

—Es todo demasiado complicado.

—Pues cuéntamelo. Llamaré a mi madre y le diré que no podemos ir a cenar, lo entenderá.

—Dave, no puede ser.

Él enarcó una ceja.

—¿Por qué?

—Ya te he respondido a eso, es todo demasiado complicado.

—A veces lo mejor es dejarte llevar, no pensar demasiado en los daños colaterales —aconsejó él deslizando el pulgar por su mejilla—. Tú lo sabes mejor que nadie.

Harper sintió su cuerpo contra el suyo. En algún momento de la discusión, el ramo de margaritas había caído al suelo y nada impidió que las manos de ella ascendiesen por sus costados hasta posarse sobre sus hombros.

Dave notó que ella se relajaba y eso le hizo mantener la esperanza. Se acercó despacio y le dio un breve beso en los labios.

Todas las inseguridades de ella se amontonaron y se precipitaron al mismo tiempo.

—Dave, no creo que…

Él no la dejó terminar la frase.

—Estoy aquí, Harper. Puedes confiar en mí —susurró contra su boca.

Ella percibió cómo el corazón le palpitaba con fuerza, mientras intentaba controlar las oleadas de sensaciones que la invadían. Sintió su cálido y fresco aliento y lo miró a los ojos, al hacerlo el muro se derrumbó por completo. Su cuerpo se relajó contra el suyo. Ladeó la cabeza y

le proporcionó mejor acceso para profundizar en el beso. Dave deslizó lenta y suavemente su lengua a través de sus labios estableciendo un ritmo tierno y acompasado. Cuando ella enredó su lengua con la suya, él se sintió pletórico y jodidamente excitado.

La besó lento, provocándola a propósito, al tiempo que aumentaba la tensión. Realizó una intensa segunda exploración que hizo que se le acelerara el pulso y que ella dejara escapar un pequeño gemido a la vez que le agarraba la camisa.

Dave la empujó contra un árbol cercano a la casa. Sus labios se volvieron más exigentes. Ella sintió la dureza del cuerpo masculino contra el suyo y se estremeció ante su endurecida presión, mientras la cabeza le daba vueltas. Atrapada por el momento, por la pasión, le devolvió el beso.

Pequeños cosquilleos de excitación le recorrieron la piel y palpitaron entre sus muslos. Las masculinas manos se aferraban a ella con fuerza, mientras sus dedos largos se hundían en su pelo. Había olvidado qué se sentía cuando te besaban así. No estaba segura de confiar en su propio cuerpo ni de mantenerse en pie. Por suerte no tenía que preocuparse por eso porque él la tenía sujeta contra su poderoso cuerpo, atrapándola mientras la besaba.

Su boca resultaba ardiente, hambrienta. Y sus besos eran duros y exigentes.

De repente, no podía pensar en nada; solo en ese fuego dulce y poderoso que se apoderaba de su cuerpo a medida que los besos se volvían aún más intensos e insaciables.

Dave rompió el contacto y la miró.

Harper se tambaleó a pocos centímetros de su boca. Notó cómo su calor atravesaba las capas de su ropa. Sus brazos la sujetaban con fuerza contra su musculoso cuerpo, mientras sus manos, grandes y fuertes, reposaban en la espalda.

—Tienes la boca más *sexy* que he visto nunca —dijo Dave, apartándose despacio y pronunciando su nombre con delicadeza—. Harper, mírame.

Ella, ante el mandato, alzó la mirada. Cuando sus ojos se encontraron, Dave contempló sus enormes ojos, tan solemnes, brillantes y asustados. En ese instante, estaban velados por el deseo.

Dave sintió una excitación poderosa y palpitante. Respiró hondo y lo intentó de nuevo:

—Podríamos terminar esta conversación en otra parte…

Ella no tuvo oportunidad de respuesta, porque el chirrido de los neumáticos de un automóvil llamó su atención hacia la carretera. Un taxi se detuvo justo frente a ellos, la puerta se abrió y en ese momento el corazón de Harper se enfrió hasta el punto de congelarse.

—Dave, ¿podemos hablar?

—¡Gigi! —exclamó él, sorprendido.

CAPÍTULO 12

—No fue buena idea.

Jules dejó el libro que tenía entre las manos sobre el mostrador.

—Quizás te interese saber que Gigi no vino a cenar.

Harper contuvo el aliento. No supo por qué, pero se sintió aliviada.

—No me interesa lo que Gigi hizo o no hizo —mintió.

Por algún motivo que escapaba a su comprensión, Jules no dejaba de insistir una y otra vez en el mismo tema. Con el fin de mantener la cordura, decidió sumergirse en su trabajo de catalogar los nuevos libros que habían llegado esa mañana y dejar de darle vueltas a la situación.

—Dave se presentó. Aunque debo reconocer que estuvo muy callado durante la cena —comentó Jules, recogiendo de nuevo el libro—. Mi madre, como era de suponer, le interrogó hasta la extenuación. Pero para su desgracia mi hermano apenas pronunció palabra. Y tengo la impresión de que puede tratarse de algo contagioso.

Harper miró a su amiga y pilló la indirecta. Torció la boca en un gesto desdeñoso.

—Quiero olvidar esa noche, eso es todo.

—¿Por qué?

—No es lo que imaginas —contestó Harper, demasiado rápido.

—No puedes saber lo que estoy pensando —expuso Jules.

—¡Oh, claro que puedo! —Harper dejó el bolígrafo sobre la estantería con excesivo énfasis, suspiró y ladeó la cabeza—. No nos conocemos hace mucho, pero reconocería esa mirada en cualquier parte, Jules Suvari. Pero, está bien, tú ganas. ¿Qué quieres saber?

Jules rodeó el mostrador con pasos apresurados y con el libro pegado en el pecho.

—Todo —dijo, ampliando la sonrisa—. Absolutamente todo.

De no haber estado tan enfadada consigo misma, Harper se habría reído. Había sido una estúpida al creer que podía mantener a raya sus sentimientos, que podía alejarse de Dave. Se reprochaba por engañarse y por ignorar lo evidente. No podía negar la atracción y la conexión que había sentido con él desde el principio. Había intentado convencerse de que podía resistirse, de que podía sacarlo de su vida y evitar cualquier complicación, pero se equivocaba. Y ahora, en medio de la confusión y la ira se encontraba enredada en un conflicto interno.

De poder borrar aquel beso, lo borraría de inmediato.

Pero ¡qué idiota había sido!

Desde hacía un par de días, no se reconocía a sí misma. Incluso Jules se había dado cuenta. El resfriado, la gripe o lo que fuera lo que la había dejado KO en la cama seguía pasándole factura. El cansancio persistía, al igual que la falta de apetito, como si se resistieran a abandonarla por completo. Y después estaba Dave y aquel beso que había sacudido cada fibra de su ser, haciendo que sus piernas temblaran de una forma que no creía posible. Había sido increíble, arrollador… algo especial y fuera de control.

Sin embargo, ese beso había sido un error, un error fatal.

En el fondo era absurdo desear más. Después de lo sucedido con Walter nunca había pretendido tener una conexión con nadie, hasta ahora.

«Con nadie», se repitió a sí misma.

Y no debía olvidar a Gigi. Al salir del taxi, pudo verla brevemente. Fue solo cuestión de segundos, pero fueron suficientes para captar su triste mirada. Observó las sandalias de doce centímetros que la separaban del suelo, que realzaban sus piernas y las hacían aún más bonitas y largas, como si eso fuera posible. En ese instante, aunque pareciera irracional, llegó a una conclusión: Gigi no había superado su pasado. Su actitud desafiante revelaba a una mujer enamorada, aferrada al amor que una vez existió.

Era evidente que la modelo aún no había pasado página.

—Tenías que haberla visto, Jules. —Harper tragó saliva, porque lo que estaba a punto de decir le resultaba difícil—: Gigi es…

No pudo terminar la frase, y su amiga lo hizo por ella:

—Despampanante.

—Sí. —Harper respondió con una vaga sonrisa—. Ese es el adjetivo: despampanante.

—Conozco a mi hermano, Harper. —Jules se detuvo y sopesó las palabras que iba a pronunciar a continuación—: Tú y yo lo hemos hablado en demasiadas ocasiones. Sé que, a veces, Dave puede resultar demasiado intenso, pero en el fondo es un buen hombre. Gigi seguirá ahí para él, pero no de la misma manera.

Harper pensó que ojalá pudiera desconectarse de su cerebro, de esa idea absurda que se iba formando en su mente. Jules tenía razón, Gigi seguiría siempre ahí. Le gustase o no, porque Dave no era de los que echaban a nadie de su vida; más bien los ubicaba de nuevo. Sin embargo, la mujer que vio salir de aquel taxi, no se había dado por vencida. Aún luchaba por un amor no correspondido.

No podía culparla.

—Eso no puedes saberlo. El amor puede renacer de sus cenizas.

Jules soltó un bufido perfectamente audible.

—Eso no ocurrirá.

—No puedes saberlo —repitió Harper.

—Claro que sí. No la llevó a cenar, Harper. Eso ya dice mucho, ¿no crees?

Harper sonrió de manera forzosa.

—Deberías haberla visto… —insistió.

—Sé que es complicado —le aseguró Jules—. Conozco a mi hermano, he hablado con él y me ha asegurado que entre Gigi y él ya no hay nada. En el fondo, creo que nunca ha estado enamorado de ella.

Harper solo había visto a esa mujer en un par de ocasiones, pero habían sido suficientes para saber que la modelo estaba perdidamente enamorada de Dave.

Y si había algo más peligroso que una loba hambrienta, era una mujer despechada.

Miró a su amiga y se dio cuenta de que ella sabía lo que estaba pensando.

—¿Te preocupa la reacción de Gigi? —preguntó Jules.

—Supongo que es inevitable, ¿no?

Jules la miró con consternación.

—Eso dice mucho de ti, Harper.

—¿Qué quieres decir?

—Desde el instante que cruzaste la puerta supe que eras una mujer muy especial.

Una tenue sonrisa cruzó los labios de Harper.

—Siempre te agradeceré que confiaras en mí —comentó, encantada por el cambio de la

conversación.

—Bueno, no te voy a mentir. El hecho de que hayas trabajado para una editorial te da puntos extras —reconoció Jules, risueña.

Harper apartó la mirada un instante, más culpable de lo que quería reconocer. Inhaló profundo y dejó salir el aire.

Por un lado, anhelaba que Jules no tuviera tanta importancia en su vida, que fuera su jefa y nada más. Eso facilitaría las cosas y evitaría la necesidad de tener esa conversación incómoda sobre Dave. Sin embargo, sabía que no podía eludir la realidad ni ser injusta con sus propios sentimientos y los de los demás. Ya había causado suficientes especulaciones con su presencia en Midway.

—Debo decirte algo.

—¿El qué?

—Dave y yo nos besamos —confesó.

Sorprendida, Jules abrió la boca y al momento la cerró.

—Eso es…

—Un error. —En esta ocasión fue Harper la que terminó la frase por su amiga.

—Iba a decir: maravilloso.

Harper se alejó de la estantería y de las cajas de los libros, enfadada consigo misma.

—No, no lo es. No es maravilloso, Jules. Estábamos besándonos y de repente apareció su novia…

—Exnovia —la corrigió su amiga.

El nudo que notaba en su garganta comenzó a aflojarse. La imagen de Gigi saliendo del taxi no la olvidaría fácilmente.

—No sé qué hacer con mi vida, y mucho menos con Dave —manifestó Harper—. No quiero herir a nadie; así que, lo mejor es dar un paso atrás y dejar las cosas como estaban.

Jules reprimió un suspiro de derrota.

—Supongo que estaba tan ocupada con Matt y los niños que no vi lo que estaba ocurriendo entre vosotros. No siempre vemos lo que tenemos delante.

—Entre nosotros no hay nada; solo el recuerdo de un beso que desaparecerá al cabo de unos días —Harper chasqueó los dedos, para dar más énfasis a sus palabras—, y ya está.

Jules negó con la cabeza.

—Conozco a mi hermano y no todo lo que dice la prensa sobre él es cierto.

Harper no replicó. Se limitó a encogerse de hombros. Su amiga no era imparcial, adoraba a su hermano.

—Escucha, tú necesitas a alguien más en quien puedas confiar. Si le hablas de Gray, lo entenderá. Estoy segura. Dave es un hombre fuerte, honrado y… —dudó una fracción de segundo—, reconozco que también es excesivamente protector.

—Esa faceta suya me pone de los nervios —comentó Harper molesta.

Jules sonrió al escuchar eso.

—Te encanta que sea protector.

—No, claro que no. Me dan ganas de gritar cada vez que interfiere en mi vida. —Levantó los brazos y barrió el aire con las manos—. Quiero tomar mis propias decisiones y que deje de interponerse en mi camino.

Recordó el momento exacto en el que abrió los ojos, velados por la fiebre, pero fue capaz de distinguir la figura de él en el apartamento. Era a la última persona que esperaba ver, eso le

irritó y sorprendió a partes iguales. Fue consciente de que Dave había estado allí todo el tiempo y que había cuidado de ella.

—Sé cómo te sientes, Harper. Matt actúa como él y a veces es demasiado… ufff. —Jules intentó buscar el término para describir lo que sentía—. Demasiado responsable conmigo, consigo mismo y con los niños. No obstante, con el tiempo he comprendido que no se trata de que alguien elija por ti; más bien de tener a esa persona que se preocupe por ti.

Harper miró el techo con gesto de cansancio.

—Muy bien, yo no quiero que Dave se preocupe de mí. ¿Te ha quedado claro? —Se dirigió a la puerta con un único propósito en la mente—. Necesito un café, ¿quieres uno?

Jules negó con la cabeza.

—No, gracias.

—Deberías pensar en lo que te he dicho.

—No eres imparcial, Jules. Tu opinión no es válida.

Jules, resignada, le cedió el paso a la salida, consciente de que su opinión había caído en saco roto. Nunca había conocido a dos personas tan tercas como Harper y su hermano. Parecían destinados el uno para el otro, aunque pareciera que no lo supieran. Cuando la puerta se cerró tras Harper, Jules comprendió que tenía poco o ningún control sobre la situación.

***

Apenas soplaba una brisa y el aire que se movía era cálido y pesado. En el apartamento, el calor era insoportable, por lo que Harper decidió tomar prestada la bicicleta de Jules que estaba guardada en el almacén y dirigirse hacia el lago, con la esperanza de encontrar algo de alivio. Después de aplicarse un repelente de mosquitos y guardarlo en su mochila, se la colgó en la espalda. Giró la llave un par de veces y se aseguró de que la puerta de la librería estuviera bien cerrada. Una vez en la bicicleta, comenzó a pedalear.

El atardecer pintaba un escenario casi perfecto, con tonos cálidos y suaves que se desvanecían en el horizonte. Sin embargo, el mensaje que Dave le había dejado rompía la armonía de aquel momento. Era el sexto mensaje, lo cual solo aumentaba su frustración. No había respondido a ninguno y no tenía intención de hacerlo. Cuanto antes olvidara lo sucedido, antes podrían continuar con sus vidas. Agradecía que, al menos, Dave no se hubiera presentado en la librería. Lo cual le brindaba un respiro en medio de todo aquel caos.

Mientras se alejaba del pueblo en la bicicleta, la suave brisa de verano la acariciaba, llevando consigo el dulce aroma de las flores silvestres que decoraban el camino. El canto melodioso de las aves nocturnas acompañaba su trayecto, recordándole que, a pesar de todo, la belleza de la naturaleza seguía presente y dispuesta a brindarle consuelo en esos momentos turbulentos.

Mientras pedaleaba, Harper consideró la posibilidad de visitar a Jules y Matt, pero de pronto cayó en la cuenta de que aquella no era su familia. No podía permitirse involucrarse más de lo necesario. Antes debía aclarar la situación con Gray. Si él la rechazaba, su plan era alejarse y buscar un nuevo comienzo en algún lugar en la otra punta del mundo.

Si algo había descubierto era que huir se le daba bien. Respiró profundo y pedaleó más deprisa, intentando dejar así sus problemas atrás. Al llegar a un cruce, frenó con precaución y tomó el camino de la derecha, adentrándose en una ruta más estrecha y escarpada. A pesar de las dificultades, no dejó de pedalear, decidida a llegar a su destino lo antes posible. A medida que

avanzaba, percibió el distintivo olor a humedad en el aire, señal de que el lago no estaba lejos.

La sensación de libertad se intensificó a medida que aceleraba el ritmo. El anhelo de sumergirse en las aguas del lago y disfrutar de un momento de soledad le hizo aumentar aún más el pedaleo. Cuando finalmente vislumbró el resplandor del lago, una sonrisa se dibujó en su rostro. La promesa de paz y tranquilidad se reflejaba en aquel hermoso paisaje, invitándola a olvidarse de todo y sumergirse en la serenidad del agua.

Por un breve instante logró dejar atrás todas sus preocupaciones. Decidió no pensar más en Dave ni en aquel beso que la estaba atormentando cada segundo de su existencia.

Sentirse culpable no solucionaba nada. Era una valiosa lección de vida que le había costado aprender.

***

—Deberíamos dejar esta conversación —dijo con firmeza Dave.

Matt miró a su amigo y sonrió.

—No, esto es demasiado jugoso como para renunciar a ello. Ver sufrir a Dave Suvari por una mujer, resulta hasta divertido.

—Vete a la mierda, Matt.

La risa de Matt se propagó por el porche.

Dave se inclinó hacia delante, apretando con firmeza la jarra de cerveza.

Habían transcurrido un par de días desde el beso, un beso que le había robado el sueño y le había hecho maldecir cada cinco minutos. Su mal humor se intensificó al recordar que Harper no había respondido a ninguno de sus mensajes.

—Es más complicado de lo que crees.

—Siempre lo es, Dave —comentó Matt, recordando su propia historia de amor con Jules —. Pero estar aquí sentado, conmigo, no hará que la situación cambie.

Dave bebió un largo trago de cerveza.

—Y, según tú, ¿qué debería hacer?

Matt dejó escapar un suspiro, sintiendo como apenas corría el aire y el calor sofocante se hacía aún más insoportable a esa hora del día.

—A mí me costó lo mío convencer a tu hermana de que estaba enamorado de ella; así que, no creo que sea el mejor para dar consejos.

Dave sacudió la cabeza y apartó la vista hacia el lago.

—No entiendo lo que está sucediendo —comentó, frustrado, prestándole de nuevo la atención a su amigo —. Hay algo que se me escapa y no sé qué es.

—Deberías hablar con ella.

—¿Crees que no lo he intentado?

—Pues tendrás que insistir.

—Tienes razón, no eres el mejor dando consejos.

Matt rio.

—Amigo, no necesitas mi ayuda con tu vida amorosa. Lo que necesitas es un milagro.

Eso no se lo podía negar.

—Estoy empezando a echar de menos la época en la que mi hermana pasaba de ti.

Matt ensanchó la sonrisa.

—Lo solucionarás, Dave. Siempre lo haces.

—Yo no estoy tan seguro. —Dejó la jarra vacía sobre la mesa y se levantó de la silla, con gesto cansado—. Debo irme.

—¿Cómo va la venta de la casa? —preguntó Matt.

—La inmobiliaria me ha comentado que se venderá rápido, que no habrá problemas.

—Una preocupación menos.

—Sí, una preocupación menos —repitió Dave, sin demasiado ánimo—. Despídeme de Jules, por favor.

—Se enfadará si te vas sin despedirte.

—La conozco bien, se le pasará.

Draco eligió ese momento para despertarse de su siesta, estirándose con pereza antes de dirigirse a Dave. Tras ofrecerle un lametón en la mano, esperó pacientemente a que una galleta salada cayera en su boca y, como era de esperar, Dave no le defraudó.

Matt se levantó de su silla y palmeó el hombro de su amigo.

—No le des demasiadas galletas o pagarás tú la próxima factura del veterinario.

—Draco, es el jefe quien habla y hay que obedecer —dijo Dave, devolviendo las galletas al plato.

El perro, un tanto decepcionado, buscó con la mirada la atención de Dave.

—Es él el culpable. No yo.

—Ven, Draco —le llamó Matt.

El perro se acercó y lamió la mano de su dueño con cariño.

—Buen chico —indicó acariciándole entre las orejas.

Era evidente que la conexión entre Matt y Draco era especial.

—Despídeme de Jules y los niños.

—Deberías hacerlo tú.

—No se enfadará, te lo aseguro —comentó Dave en tono divertido.

Dave se dirigió a su coche y, antes de abrir la puerta, volvió su mirada hacia las ventanas de la casa. Notó la luz que emanaba de las habitaciones, indicando que los niños aún estaban despiertos. Imaginó a Jules allí, leyéndoles un cuento antes de dormir.

La casa en sí estaba llena de amor, risas y vida.

Él deseaba formar una familia. Sentía que había llegado el momento de dar ese paso, y para su sorpresa había encontrado a Harper, a la mujer con la que quería compartir ese sueño. Sin embargo, las cosas no eran tan sencillas como él hubiera deseado. Al parecer, Harper no quería lo mismo que él.

Antes de entrar en el coche, levantó la mano a modo de despedida. Matt sonrió y repitió el gesto.

Inmerso en un torbellino de pensamientos, Dave salió a la carretera con su Tesla. No podía evitar pensar en Harper y en qué estaría haciendo en ese preciso momento. Con las ventanillas subidas y el aire acondicionado a toda potencia, aceleró por la carretera mientras maldecía en silencio.

Sin embargo, en medio de su frustración, algo captó su atención. Algo que lo hizo frenar en seco y bajar la ventanilla, aunque al momento lamentó la decisión, pues el aire abrasador del exterior lo golpeó sin piedad. A pesar de eso, lo ignoró por completo, porque la escena que se desplegó frente a sus ojos fue sorprendente a primera vista. Harper estaba montada en una bicicleta, pedaleando con determinación en dirección al lago.

En ese instante, toda su ira reprimida desapareció de golpe. Sin pensarlo dos veces, y sin

importarle las consecuencias, Dave abrió la puerta de su coche y se lanzó a correr tras ella por el camino.

CAPÍTULO 13

Aquel lugar era verdaderamente maravilloso, uno de los favoritos de Harper por la atmósfera nostálgica y melancólica que envolvía cada rincón. Lo había descubierto de forma fortuita durante uno de sus largos paseos, y desde entonces se había convertido en su refugio especial. Quizás era la espesura que se alzaba a ambos lados, creando un abrazo natural al lago, lo que lo hacía tan apacible y tranquilizador. Aquella parte del lago era profunda, donde el agua adquiría un tono verde oscuro y enigmático, que de alguna manera resultaba un poco amenazante, pero a la vez cautivaba. Se permitió disfrutar de ese instante de paz, rodeada por la serenidad del entorno.

Harper agradeció que no hubiera nadie alrededor en ese momento. Las sombras y sonidos del lago no la asustaban. El sol comenzaba a ocultarse por el oeste, convirtiendo en oro las tierras fangosas y la hierba mojada. Un ave desconocida elevó el vuelo y surcó el cielo, provocando un vuelco en su corazón. Creyó que podría tratarse de una garza, pero no estaba completamente segura. Cuando el pájaro se perdió en el horizonte, sin pensarlo dos veces, se descalzó y se despojó de su ropa, dejando caer a sus pies la parte superior de su bikini y mostrando sus delicados y sugerentes pechos al compás de sus movimientos. Despacio, se acercó a la orilla, perdida en sus pensamientos, antes de fijar su mirada en las profundidades verdosas del lago. La ausencia de rocas cercanas convertía a ese lugar en el sitio perfecto para zambullirse de cabeza.

Con cautela, se adentró despacio en el agua, sintiendo cómo esta le llegaba hasta las caderas, para luego sumergirse por completo y poner a prueba sus pulmones. Con movimientos precisos y enérgicos de sus piernas bajó al fondo, para luego impulsarse hacia la superficie, emergiendo con una sensación maravillosa. El agua fresca era un auténtico deleite después de soportar el calor abrasador del sol.

Tras una inspiración profunda y arrastrar el agua de su rostro, Harper abrió los ojos y se quedó sin aliento al encontrarse con la imponente figura de Dave. Sus ojos se desviaron hacia él, intrigada por su presencia. Estaba allí, de pie en la orilla, con las manos en los bolsillos y una mirada traviesa en sus ojos, con una mezcla de curiosidad y atracción.

—Por tu expresión deduzco que el baño está siendo de tu agrado.

Ella tragó saliva. Sus hombros salieron a la superficie e instintivamente se tapó los pechos con ambos brazos metiendo las manos bajo sus axilas.

El movimiento de Harper no pasó desapercibido para él.

—¿Qué haces aquí, Dave? —preguntó con impaciencia, intentando encontrar un lugar donde hacer pie.

Él no respondió. La miró con expresión intrigada, se limitó a encogerse de hombros y luego sonrió.

Un silencio tenso quedó suspendido en el aire.

Dave pensó que Harper parecía una sirena emergiendo de las profundidades. Su piel blanca contrastaba con las aguas verdosas y serenas del lago. Su pelo, ahora húmedo y que apenas le llegaba a los hombros, dejaba al descubierto su bonito rostro y el ligero ceño que denotaba su inquietud.

—Te he visto y decidí seguirte.

Sorprendida por la respuesta, ella abrió los ojos como platos.

—¿Me has seguido?

—Así es —respondió Dave, observando el entorno con curiosidad. La solemnidad del lugar y la casa en la orilla opuesta captaron su atención—. Y debo admitir que me alegra haber venido, el espectáculo es impresionante.

Ella soltó una especie de bufido. Apartó las manos de los pechos, pero antes de hacerlo se percató de hacia dónde se dirigía la mirada de Dave, y rápidamente los cubrió de nuevo.

—¡Vete, Dave! —exclamó con determinación.

—No.

La firme respuesta dejó a Harper perpleja.

—Lo cierto es que me gusta lo que estoy viendo.

Desconcertada, lo miró con suspicacia.

—¿Se puede saber qué te pasa?

—No respondes a mis mensajes, así que lo mínimo que puedo hacer es preocuparme por ti —contestó con sinceridad.

Harper alzó la cabeza y de golpe sus ojos se agrandaron. Dave se fijó en cómo el agua hacía brillar su piel y cómo sus labios carnosos despertaron en él un intenso deseo de abrazarla y volver a probar aquellos labios que habían dejado una marca imborrable en su memoria.

—El hecho de no responder ya es una respuesta en sí, ¿no te parece? —indicó ella con ironía.

Él sonrió.

—De acuerdo. Si quieres hacerlo de este modo, por mí no hay problema. —Sacó las manos de los bolsillos y se dispuso a recoger la ropa desperdigada por el suelo, sin olvidar la mochila de Harper.

—¡¿Se puede saber qué haces?! —espetó ella, sin ocultar su irritación.

Dave ignoró de forma deliberada la pregunta, metió la ropa en la mochila y, a continuación, se la colgó del hombro.

—¡Dave! —Harper palmeó la superficie del lago con las manos, produciendo una pequeña salpicadura que la inmovilizó una fracción de segundo. Al ver que él le daba la espalda, gritó—: ¡Detente, Dave!

Él se detuvo en seco al escuchar el imperioso tono de Harper. Se giró y la miró. En ese momento, ella se estaba frotando los ojos, quizás tratando de calmar la irritación que le había producido el agua.

—¿Hablas conmigo?

—Maldita sea, Dave. No puedes hacer esto —objetó molesta.

—Claro que puedo, ¿quieres verlo?

La sola idea de subir a la bici, desnuda, tan solo con la braguita del bikini, la hizo apretar los dientes con fuerza. Era evidente que estaba en desventaja.

—De acuerdo, hablemos —atajó rápidamente.

Él dejó caer la mochila al suelo, se acercó a la orilla y se detuvo a pocos metros de Harper. La desnudez de ella se hizo más que evidente cuando vio sus pequeños y perfectos pechos suspendidos en el agua. Sintiendo un impulso salvaje en su interior, desvió la mirada hacia la casa que tenía enfrente, como si buscara un escape momentáneo.

Segundos después, Dave apartó la mirada de la casa y se encontró con los ojos de Harper.

El sol brillaba sobre ella, dándole un aura mística, de ninfa del agua.

Harper, por su parte, notó la mirada de Dave sobre ella y apreció una combinación de incomodidad y excitación. Pensó que la última vez que sintió aquello había sido hace tiempo, durante los entrenamientos, con dieciséis años. Después ya no volvió a sentirse tan segura. Durante ese tiempo, había momentos en los que se había sentido sola e intranquila; a la deriva, después de dar a su hijo en adopción. Su llegada a Midway había aligerado el peso del miedo y de la soledad que había soportado su alma. Con Jules, Matt, los niños e incluso con Dave había vuelto a reír y regresado al mundo de los mortales. Durante esos últimos meses había sentido muchas cosas buenas; entre ellas, alivio y algo de paz interior.

Respiró profundo, percibiendo cómo la suave brisa acariciaba su piel. El lago se convertía en un espejo para las nubes esponjosas que flotaban en el cielo azul, creando un paisaje mágico y sereno. Mientras el sol brillaba intensamente, Harper entrecerró los ojos para protegerse de su resplandor y notó que Dave seguía observándola. No estaba segura de cómo interpretar su mirada, pero algo en ella le provocaba una chispa de curiosidad y deseo. Decidió enfrentar la situación y hablar con él, sin dejar que el temor o la inseguridad la dominaran.

—¿Por qué no respondes a mis mensajes? —inquirió él.

—Lo que ocurrió no se volverá a repetir, lo mejor es dejar las cosas como están.

—Y, según tú, ¿qué ocurrió, Harper?

Ella, antes de responder, lo miró con cierta reserva, evaluando sus palabras.

—Sabes muy bien lo que sucedió.

Él asintió despacio.

—¿Fue por el beso o por Gigi?

Sus miradas se encontraron una vez más en un silencio tenso, pero cargado de expectación. Sabían que había mucho que discutir y resolver.

Harper se movió unos centímetros, lo suficiente para que sus pies se hundieran en el fangoso fondo. Incómoda, se cubrió de nuevo sus pechos y tragó saliva.

—Supongo que ambas cosas.

—No estoy con Gigi —le aclaró él.

—Ella no parece pensar lo mismo —espetó, recordando a la modelo saliendo del taxi.

Dave hizo un sonido de fastidio.

—Joder, Harper. Siempre lo complicas todo.

—¿Yo lo complico todo? —contraatacó, mostrándose afectada—. Tengo ojos, Dave.

—Gigi vino a despedirse —dijo despacio con tono firme. Pudo ver cómo los ojos de Harper cambiaban de expresión—. Ha regresado a Nueva York. Aunque no lo creas, soy un hombre íntegro y fiel.

Ella lo estudió con severidad y llegó a la conclusión de que no le mentía.

—Quería decírtelo en persona para aclarar la situación. Pero tú has ignorado mis mensajes, uno tras otro.

—Vi lo que vi, Dave.

—Pues te equivocaste.

—Ella te quiere.

—Y yo a ella, pero no de la misma manera. Y, ¿sabes por qué?

Ella negó con la cabeza.

—Porque siento algo por ti y sabe Dios cómo he llegado a este punto, pero es así.

—Dave, por favor…

Él no la dejó continuar.

—Nunca creí que podría enamorarme de una mujer como tú.

—¿Enamorarte? —preguntó ella con un nudo gigantesco en la garganta.

—¿Tan complicado te parece?

Harper se sintió incómoda y reconoció que había sido impulsiva al juzgarlo. Pero si algo había aprendido a lo largo de la vida era a ser cautelosa.

—Supuse…

—¿Qué, Harper…? —inquirió él con una rara sensación de indiferencia—. ¿Qué supusiste?

Ella tomó una profunda respiración.

—Supongo que nada.

—Ya… —respondió Dave con desgana—. Vamos, sal del agua o te arrugarás como una uva pasa. —Se acercó un poco más a la orilla, se inclinó y le tendió la mano—. Venga, yo te ayudo.

—Necesito mi ropa.

—No, qué va…

Tiró de ella para ayudarla a salir del agua. Cuando la tuvo a su alcance, sus ojos se deslizaron por el esbelto y bello cuerpo. Se quedó sin respiración al contemplar sus pechos erguidos con pezones de coral intenso, estómago firme y plano y bonitas piernas. Sin apartar la mirada de la suya, extendió la mano y acarició con delicadeza un mechón de cabello mojado detrás de la oreja. Ese gesto íntimo le produjo a Harper un escalofrío.

—¿Hay algo más que aclarar? —preguntó él, con apenas un susurro.

Ella pensó en Gray, pero el pensamiento tal como vino se esfumó.

—No.

—Bien, porque te juro que eres la única mujer capaz de acabar con mi paciencia.

Ella bajó la mirada al suelo.

—¿Estás seguro de que entre Gigi y tú…?

—Mírame, Harper —le ordenó con suavidad y tomando el mentón la obligó a mirarlo de frente—. Yo nunca te he mentido y jamás lo haré. ¿Lo has comprendido?

Con el corazón desbocado, los ojos abiertos de par en par, ella apenas asintió.

—¿Qué voy a hacer contigo?

Harper, de pronto, se dio cuenta de que no deseaba que Dave se fuera. No tenía ni idea de si lo necesitaba por el sexo o por no volver a quedarse a solas, o por ambas cosas. Lo único que sabía es que Dave era el único hombre que quería junto a ella, nadie más.

Él estaba de pie, muy cerca de ella y la miraba sin moverse, como si quisiera leer sus pensamientos.

Se creó un momento íntimo e intenso.

Harper puso una mano sobre su hombro y lo miró. Sus ojos se encontraron con los de él y sus férreos músculos oscilaron bajo la fina tela de la camisa.

Le vio fruncir el ceño y dudar.

—Esto no puede acabar bien —murmuró ella.

—Eso no lo sabes.

Harper se fijó en como en su mirada nació un brillo de interés y él la vio enarcar las cejas y clavar sus ojos en los suyos.

—Lo complicaría todo.

—Eso es discutible, ¿no crees? —preguntó Dave.

Harper respiró hondo y trató de mantener a raya aquel deseo que nacía bajo su vientre e irradiaba por cada terminación nerviosa de su cuerpo. Dave tenía razón, la situación en sí era discutible. Sin mediar palabra, ella se puso de puntillas. Permaneció así unos segundos, con su boca muy cerca de la suya.

—Espero que te estés divirtiendo, porque esto es una tortura cruel y despiadada.

Harper disfrutó del momento. Sonrió y, acto seguido, se mordió el labio de una manera sugerente y excitante, Dave se puso duro de inmediato.

—Bésame —le susurró pegada a su boca.

CAPÍTULO 14

Bésame.

Harper pensó que Dave poseía unas manos grandes y fuertes. Eran manos que transmitían destreza y habilidad, capaces de manejar un *stick* de *hockey* con maestría, deslizarse a toda velocidad por la pista de hielo, dirigirse hacia la portería y anotar un gol con una confianza inquebrantable.

Entendía lo que ella le pedía, porque él también lo deseaba.

Todo el deseo sexual que había acumulado en aquellas últimas semanas brotaba de una manera desconocida hasta ahora para él. Su erección, dura y potente, palpitaba de forma casi dolorosa contra sus vaqueros. Harper lo miraba con una mezcla de ansiedad y curiosidad, quizás dudando si él se iba a echar atrás en el último momento.

Pero Dave tenía claro que no iba a rechazarla.

No había nada en el mundo lo suficientemente poderoso como para separarlo de ella en ese momento.

Despacio, consciente de su erección, se agachó hasta que estuvo a la altura de los ojos de Harper. Tenía unos ojos preciosos, oscuros y brillantes y, en ese instante, estaban llenos de ansiedad, algo que a él le dolía.

La abrazó contra sí, sintiendo sus pequeños pechos contra su camisa. No se atrevía a tocarla, todavía no, no hasta que consiguiera controlarse. Se separaron unos centímetros y se miraron el uno al otro con prudencia, dejando que la tensión y la anticipación llenaran el aire. Dave trató de mantener bajo control su respiración, temiendo que cualquier señal de nerviosismo pudiera hacer que ella huyera de nuevo; así que permaneció inmóvil, en silencio. En aquel instante preciso, Harper alzó la vista y se detuvo en sus labios mientras humedecía los suyos.

Dave se movió despacio hacia delante, muy despacio, y rozó su boca con la suya. Los dos exhalaron temblorosos.

Como ya sabía, su boca era perfecta, acogedora y suave. Su sabor hizo que su pene, hinchado y potente, palpitara con más fuerza. A Dave le dolieron los músculos del cuello del esfuerzo que hacía por no abalanzarse sobre ella, por no saborear de nuevo sus labios y perderse en esa increíble y maravillosa sensación.

Harper lo besó y aceptó su lengua, Dave tuvo que hacer un esfuerzo titánico para mantener su excitación a raya, la forma en la que ella le abrazaba y devolvía los besos era más de lo que podía soportar un hombre como él. La invitó a tumbarse sobre la fina hierba. Sin dejar de besarla, le acarició la satinada piel del cuello con el dorso del dedo índice y siguió por la delicada línea de la clavícula hasta atrapar su pequeño, pero perfecto, pecho. Se percató de que su piel era suave, mucho más suave que la seda. Pasó su dedo índice alrededor del pecho derecho para luego cogerlo entre sus manos; cabía perfectamente en su mano cerrada. En ese punto, ella emitió un sonido involuntario de deleite que hizo que Dave tensara cada uno de sus músculos. Agachó la cabeza y acercó su boca al pecho, lamiendo el pequeño pezón rosado y erecto. Lo chupó y succionó hasta que Harper ahogó un jadeo ante el íntimo contacto.

Cuando levantó la cabeza se percató de que estaban duros y húmedos por haberlos tenido

en la boca.

Harper era de constitución menuda y delicada, con una figura esbelta que resaltaba su gracia y feminidad. En contraste con él, que era un hombre alto y robusto, con una espalda ancha que denotaba su fortaleza física adquirida a lo largo de los años como jugador profesional de *hockey*.

—¿Estás segura de esto?

No tuvo que esperar mucho para escuchar su respuesta:

—Sí —susurró ella.

—Es un lugar público, en cualquier momento…

—¿Qué? —murmuró ella, sin permitirle acabar la frase.

—Podría venir alguien y sorprendernos —respondió él contra su boca.

Harper sintió su aliento cálido contra su rostro, enredó los dedos en su cabello, intentando descifrar su expresión. Una sonrisa se dibujó en su cara al darse cuenta de que realmente Dave se preocupaba por ella.

—Después de todo vas a resultar un perfecto caballero.

Su tono irónico le sorprendió.

Entre asombrado e incómodo, al notar que Harper se divertía a su costa, se desabrochó los dos primeros botones de la camisa, pero en el último momento lo reconsideró y decidió quitársela por la cabeza. Se deshizo veloz de los pantalones, los calzoncillos y las zapatillas deportivas. Luego, se arrodilló frente a ella, inclinándose hacia delante para acariciar su mejilla con un gesto tierno y sincero.

—Más que un caballero, soy un hombre cabal. Aunque te aseguro que en este momento, tú eres mi único pensamiento.

—Quiero esto, Dave, y lo quiero ya.

Harper se fijó en sus ojos, parecían atormentados, llenos de sombras. Quizás por eso, cuando Dave la atrajo de nuevo hacia él, no se resistió.

—Tus deseos son órdenes para mí —le susurró al oído.

Ambos se estremecieron ante el contacto, la besó de nuevo. De una forma impetuosa y salvaje. Se perdieron en aquella deliciosa sensación, sintiéndose transportados a otro nivel. El beso los unía y los sostenía con una fuerza imparable, exigente y urgente. La boca de Dave se movía, fluía, y su lengua exploraba como una danza de abandono dulce y desesperada.

Soltó un gruñido cuando rozó su suave y plano vientre con el dorso de la mano, la levantó unos centímetros del suelo y, sin esfuerzo, le quitó la húmeda braga del bikini.

Dave la empujó con delicadeza hacia atrás, dejando caer su cabeza sobre la hierba, sin apartar la mano izquierda de su muslo, y se la quedó mirando fijamente.

—Abre las piernas —susurró.

Ella hizo lo que le pedía y él se quedó sin aliento. Le abrió las piernas un poco, lo justo para acariciarla. Harper se estremeció al sentir el roce de sus dedos recorriendo la sensible hendidura.

—¿Cómo quieres que hagamos esto?

Ella gimió, abriendo un poco más las piernas cuando él movió un dedo con cuidado, abriéndose paso ante la sedosa humedad.

—¿Esa es tu respuesta?

Harper intentó decir algo, pero no pudo. Tensó los músculos del estómago cuando él llevó sus manos por la parte interior de sus muslos, abriéndola más. Acarició su piel y deslizó

con delicadeza la lengua entre los pliegues de su sexo, haciendo círculos. Respiró con dificultad y se estremeció con un espasmo de placer. Dave tuvo que hacer un acto de fe, tratando de controlarse para no correrse allí mismo.

A Harper le latía el corazón con tanta fuerza que pensó que se le saldría del pecho de un momento a otro. La excitación, desinhibición y sensación de libertad al hacerlo al aire libre se fundieron en un único y enorme sentimiento que albergó todo su cuerpo. Él se lo tomaba con calma, pero ella quería más, necesitaba estallar de placer y que aquello no se convirtiera en un acto de amor tierno.

—No, de eso nada. No tengas prisa, porque yo todavía no estoy listo —indicó Dave, aferrando con fuerza sus caderas.

Harper no podía hablar, porque su cuerpo había tomado el control de sus sensaciones y pensamientos.

Dave se inclinó sobre ella, colocó ambas manos sobre la hierba, una a cada lado de su cabeza y la cubrió con su cuerpo. La besó y ella pudo percibir su sabor en su boca. Durante unos segundos, ella fue incapaz de respirar. Aquello era más de lo que había podido soñar jamás. Nadie la había tratado así nunca, con tanta ternura y devoción. Sintió su miembro hinchado, enorme y ancho contra su vagina. Percibió cómo ajustaba la dura cabeza de su pene contra ella y empujó con dureza hasta el fondo.

Le dolió.

Parpadeó ante la brusca y excitante irrupción. Hacía mucho tiempo que no tenía sexo con nadie. Se mordió el labio para evitar que saliera alguna queja y se aferró a los hombros de Dave, esperando el siguiente envite.

—¿Estás bien? —preguntó él, preocupado, levantando la cabeza.

Ella asintió demasiado deprisa.

—¿Segura? Puedo parar.

—No, quiero que sigas.

Al ver que él no se movía, Harper se aferró a sus hombros, atrayéndole hacia su cuerpo. Estrechó su abrazo y escondió la cara en el pecho de Dave. No tenía nada que decirle, absolutamente nada. Había roto sus defensas y si abría la boca todos sus secretos saldrían desbordándose.

Dave sentía que la sangre le hervía en las venas, salió y empujó con más fuerza hasta que el ritmo fue creciendo. La tensión aumentó hasta casi llegar al dolor. Empujó profundizando y la presión se intensificó. Ella se estremeció, se arqueó y se movió buscando un ángulo más cómodo; fue entonces cuando el flagrante malestar dio lugar a un gemido sordo que brotó de su garganta.

—Rodéame con tus piernas —le pidió Dave con los labios oprimiendo su cuello—. Relájate y todo irá bien.

Ella lo hizo y hundió los dedos en sus anchos hombros. Se sentía excitada, invadida hasta lo más íntimo, cada envite fuerte y profundo la llenaba de pasión. Grande y poderoso, con el peso de su cuerpo sobre el de ella, la penetró profundamente, absorbiendo cada jadeo y cada emoción con su boca.

Fundiéndose y moviéndose en torno a él, en una entrega imponente y apasionada, Harper llegó al orgasmo rompiendo así su pasado, sus barreras y sumergiéndose en un dulce olvido.

***

—Quiero asegurarme de que llegas bien a casa.

Ella señaló la bicicleta que estaba cerca.

—Déjala aquí, yo vendré a buscarla más tarde —indicó Dave.

Harper miró a un lado y al otro, como si esperara que en cualquier momento alguien saliera de la espesura para robar la bicicleta.

—Tengo que devolvérsela a Jules.

Dave la miró y soltó un suspiro.

Harper ya estaba vestida y él lamentó que fuera así. El sexo había sido increíble, mucho más fuerte y profundo de lo que había imaginado en un principio. Pero había sido incapaz de controlarse y ahora, de alguna forma, se arrepentía de ello.

—¿Estás bien? —preguntó Dave preocupado.

Ella sabía que le estaba preguntando si le había hecho daño.

Lo cierto es que estaba algo dolorida, probablemente por la intensidad del momento Harper retrocedió un poco, sintiéndose algo cohibida y nerviosa. Había pasado tanto tiempo desde la última vez que compartió algo tan íntimo con alguien, que ni siquiera recordaba el rostro de su último amante.

—Sí, perfectamente.

Él entrecerró los ojos, como si supiese que le estaba mintiendo.

—Harper…

—Estoy bien, de verdad —mintió. Miró hacia donde estaba la bicicleta, centrándose en el sillín. No estaba segura de ser capaz de llegar a casa—. Creo que tienes razón, debería volver contigo. ¿Estás seguro de que puedes venir a recogerla más tarde?

—No hay problema —confirmó él, sin vacilar.

Harper asintió despacio, como si estuviera evaluando la situación. A continuación, recogió su mochila del suelo y comenzó a caminar.

Cuando pasó al lado de Dave, él la retuvo.

—Tenemos que hablar.

—Ahora no.

No tenía sentido hablar ahora, estaba cansada y no muy segura de cómo acabaría todo aquello.

Él la soltó, retrocedió con mirada inquisitiva.

—Ahora es tan buen momento como otro —insistió él.

—Ahora no —repitió.

Dave la observó unos instantes, Harper parecía estar muerta de frío, el calor había disminuido con el paso de las horas.

Ella pudo oír una respiración profunda. Sintió una dolorosa sensación de estar equivocándose en la boca del estómago. No iba a negarlo, había tenido fantasías sobre hacer el amor con Dave. Había imaginado todos los escenarios posibles, a excepción de este.

—De acuerdo, vayámonos.

Ella sacudió la cabeza, echando un último vistazo a la bicicleta, con la esperanza de que estuviera en el mismo lugar cuando Dave regresara a buscarla. Sin pronunciar una sola palabra, Dave exhaló, se apartó y le cedió el paso. Era consciente de que había llegado un punto de inflexión en sus vidas, pero también entendía que
no tenía otra opción que darle espacio, si no quería perderla.

CAPÍTULO 15

Harper se detuvo en el último escalón del pabellón, observando a los chicos de *hockey* mientras salían del entrenamiento. El amanecer pintaba el cielo con tonos rosados, mientras la brisa matutina acariciaba su rostro y su cabello. Vestía una fina sudadera violeta y unas mallas que moldeaban sus esbeltas y tonificadas piernas.

La noche anterior, Dave la había dejado en su apartamento. Apenas habían intercambiado alguna palabra y se sentía culpable por ello. Sin embargo, necesitaba tiempo a solas para procesar sus propios pensamientos y tratar de olvidar esa sensación que estaba dejando una huella en su corazón.

No, no quería enamorarse de Dave Suvari. No quería más decepciones en su vida. Solo sexo, y sexo del bueno. Y eso era evidente que lo tenía. A pesar de la atracción que sentía hacia él, estaba decidida a protegerse y no dejarse llevar por las emociones que amenazaban con abrir viejas heridas.

En ese momento, su teléfono móvil vibró en su bolsillo, interrumpiendo sus pensamientos. Lo sacó y leyó el mensaje de Dave:

Es importante que hablemos…
¿Puedo pasarme luego?

Sin titubear, guardó el teléfono de nuevo en su bolsillo.

Una vez en la pista de hielo, Harper se sorprendió al ver a Gray. El joven estaba solo y concentrado, sosteniendo su *stick* en la mano y realizando una serie de ejercicios que repetía una y otra vez, dirigiéndose hacia la portería a gran velocidad.

Estaba claro que la presencia de Gray en ese momento era un golpe de suerte inesperado, una casualidad que el destino les había brindado. Harper no podía evitar sentir una mezcla de emoción y gratitud por la oportunidad que se le presentaba. Era como si el universo estuviera conspirando a su favor, permitiéndoles cruzar caminos en ese pequeño rincón del mundo. Se quedó observándolo, fascinada, mientras escuchaba el sonido de las cuchillas de sus patines rasgando el hielo. Era evidente que Gray estaba dedicando su tiempo y esfuerzo a perfeccionar sus habilidades en el *hockey*.

Mientras el chico continuaba con su entrenamiento, Harper dejó a un lado sus preocupaciones y decidió unirse a él. Se puso los patines, sin perderlo de vista y después se dirigió a la pista, deslizándose con una elegancia adquirida a lo largo de los años.

El aire frío de la pista llegaba a ella, pero la calidez de la esperanza se encontraba ahí, recordándole que aquel muchacho era su hijo. Mientras observaba a Gray y el joven estaba concentrado en sus ejercicios, no podía evitar sentir un amor inmenso y una conexión especial con él.

Cuando Gray se percató de que no estaba solo en la pista, hizo una frenada abrupta y cambió de dirección. Harper, con una sonrisa de culpabilidad en el rostro, se acercó.

—Espero no molestar —comentó ella con amabilidad.

Gray entrecerró los ojos con la respiración agitada por el esfuerzo.

—Si está buscando al entrenador, se ha ido ya —respondió con brusquedad.

Harper se encontró a un Gray huraño y malhumorado, pero no se dejó intimidar.

—No, solo he venido a estirar un poco los músculos —dijo mientras se detenía cerca de él—. Estoy un poco oxidada.

A Gray no le pareció así. Aquella mujer que había aparecido de la nada, patinaba de manera extraordinaria. De repente, algo hizo clic en su mente.

—En alguna que otra ocasión la he visto por aquí. —Señaló las gradas.

—Sí, así es.

Harper decidió no dar explicaciones innecesarias.

—¿Es usted la patinadora de la que todo el mundo habla? —preguntó Gray con curiosidad—. ¿Harper Foster?

Harper no supo si sentirse halagada o frustrada. Pero estaba claro que en Midway no había mucho que ver ni de qué hablar. Era un pueblecito cuyas calles se quedaban desiertas por las noches y los cotilleos estaban al orden del día.

Sin embargo, en esta ocasión, no maldijo a Dave por ser un entrometido.

—Sí —respondió con cautela.

—¿Es cierto que ganó una medalla olímpica? —preguntó Gray con sorpresa en su voz.

—Sí, pero te aseguro que detrás de esa medalla hubo mucho sacrificio, sudor, lágrimas y esfuerzo —afirmó ella con convicción.

Gray asintió, como si comprendiera la magnitud de sus palabras.

—Bueno, basta de hablar de mí —comentó Harper, reprimiendo una sonrisa—. Hablemos de ti. ¿Qué haces aquí? Por lo que he visto, el equipo ya se ha ido.

Gray chasqueó la lengua, más desilusionado de lo que quería dejar entrever.

—Últimamente, el entrenador y yo no nos entendemos demasiado bien —admitió con resignación.

—Quizás deberías hablar con él —sugirió Harper.

—Ya lo he intentado, pero no ha dado resultado.

Harper pensó que Gray tenía los ojos de Walter, así como su imponente altura. Era un muchacho guapo y sano, lo cual, la alegró.

—¿Qué tal con tus padres? —preguntó con curiosidad, intentando conocer más sobre su vida.

Si la pregunta desconcertó a Gray, no lo dio a entender.

—Mi madre no sale mucho de casa, está enferma. Y mi padre, bueno… está ahí —respondió con una mezcla de tristeza y rendición en su voz.

Ella lamentó escuchar eso. Según tenía entendido los padres de Gray eran personas afables y cariñosas con él, pero al parecer la situación había cambiado.

—Lo siento.

Los ojos del muchacho se oscurecieron, resaltando en contraste sobre su pálida cara.

—No hay nada que lamentar —dijo él, suspirando—. Es lo que me ha tocado.

A ella le dolió escucharle hablar así. Respiró profundo, pero el aire no pareció llegar a sus pulmones. Una sensación de opresión se apoderó de ella.

—Yo podría ayudarte —propuso Harper, mostrando su disposición.

—¿Con mis padres? —indicó confundido el joven.

—No, eso deberíamos dejarlo de lado por ahora. Me refiero a la técnica. —Señaló los

patines.

Gray mostró incredulidad ante la propuesta.

—¿En serio?

—Sí. —Harper agarró el brazo de Gray antes de que pudiera apartarlo—. Podríamos trabajar tu equilibrio, tu técnica de deslizamiento, eso te ayudará a tener mejor control sobre tus movimientos y ahorrar energía mientras patinas o a cambiar de dirección de manera más rápida y precisa. ¿Qué te parece?

—¿Por qué haría eso por mí?

Harper sopesó la respuesta unos segundos.

—Lo haría, siempre y cuando me tutees, y también lo haría por cualquiera que quisiera escucharme y seguir mis consejos —dijo, soltando el brazo de Gray—. ¿Qué me dices?

Por primera vez, una sonrisa se dibujó en el rostro del chico.

—El entrenador podría enfadarse.

—Dave Suvari es cosa mía; no se enfadará contigo —aseveró Harper.

—¿Por qué estás tan segura?

Harper recordó la noche anterior con Dave, cuando ambos habían hecho el amor casi de forma desenfrenada y salvaje.

—Me llevo bien con él —informó sin más.

—¿Sois amigos?

—Sí, se podría decir que así es.

Gray dio un suspiro y luego otro más. La decisión que tomara, fuera cual fuera, podría traerle nefastas consecuencias.

—¿Estás segura de que no se enfadará?

—Bueno, no puedo estar completamente segura, pero si lo hace yo estaré de tu parte —aseguró Harper, notando la reticencia de Gray y temiendo que rechazara su ayuda.

A Gray le preocupaba la reacción del entrenador, pero no podía dejar escapar una oportunidad como esa, que parecía caída del cielo.

—¿Cuándo podríamos vernos?

Harper intentó no saltar de alegría.

—Antes o después del entrenamiento de *hockey*, cuando tú decidas.

Gray dudó unos segundos que a Harper se le hicieron interminables.

—Prefiero que sea después; así podré poner en práctica los consejos del entrenador.

Harper estuvo de acuerdo.

—Bien, que así sea. —Tragó saliva y respiró profundo—. ¿Comenzamos?

Gray asintió con una sonrisa.

—Primer consejo… —comenzó a decir ella, devolviéndole la sonrisa—: asegúrate de mantener tus cuchillas bien afiladas, si lo haces te brindarán un agarre mejor en el hielo y te permitirán realizar movimientos con mayor facilidad y precisión.

—De acuerdo.

—Segundo consejo: incorpora a tu tabla de ejercicios estiramientos y fortalecimiento muscular, céntrate en áreas como las piernas, los glúteos y el core.

—Bien.

Harper se alejó patinando e hizo un elegante y preciso giro que dejó a Gray con la boca abierta.

—Recuerda, el core es fundamental en patinaje —comenzó a decir Harper, señalando sus

abdominales, lumbares y, por último, los glúteos—, ya que proporciona estabilidad, equilibrio y control durante los movimientos y giros en el hielo.

—Así potenciaré la velocidad y la coordinación.

Harper sonrió abiertamente.

—Eso es; ya veo que lo has comprendido.

—Y ¿el tercer consejo?

Harper patinó hacia él, con los ojos clavados en los suyos.

—Da lo mejor de ti en la pista, persigue el triunfo y comparte ese éxito con los demás. Recuerda, Gray, estás trabajando en equipo y necesitas tanto de tus compañeros como ellos necesitan de ti —dijo Harper, evocando en su mente los intensos entrenamientos que había presenciado desde las gradas.

Con estas palabras esperaba motivar a Gray a dar lo mejor de sí mismo en cada entrenamiento y partido, recordándole que su éxito individual estaba intrínsecamente ligado al éxito colectivo. Harper quería ser una fuente de inspiración para él y animarlo a cultivar un espíritu colaborativo y solidario en el ámbito deportivo.

—Entendido.

—Estupendo. ¿Empezamos?

Gray asintió, decidido.

Se sintió orgullosa de él. Mientras patinaban juntos, Harper supo que había encontrado un lugar al que pertenecer, un lugar donde los miedos y las dudas se desvanecían, y solo quedaba vivir el presente, en la pista de hielo.

Y en ese instante, se sintió la mujer más feliz del mundo.

***

Con esa sensación de felicidad que la inundaba, Harper continuó salteando las verduras en la sartén con ajo y especias, deleitándose con los aromas que se mezclaban en el aire. Ese día había sido muy especial para ella, algo que guardaría en su memoria para siempre. Patinar junto a Gray había sido un regalo inesperado y maravilloso, una experiencia que la había llenado de alegría y emoción.

Cuando compartió la noticia con Jules, su amiga la abrazó, mostrándose encantada, pero también precavida. Harper entendía la posición complicada en la que se encontraba, ya que Dave era su hermano y también pensaba en él. A pesar de ello, ella le brindó su apoyo y comprensión.

Eso le gustó, Jules era fantástica. Otro regalo de la vida.

Mientras la cena se cocinaba a fuego lento, Harper añadió un poco más de sal, saboreando la satisfacción de ese instante. Revolvió las verduras con una sonrisa en los labios, sintiéndose agradecida.

Más adelante, pensaría en los daños colaterales. Lo importante era que había conseguido conectar con Gray.

Sí, eso era lo más significativo.

Harper se sentía orgullosa de Gray y de la persona en la que se estaba convirtiendo. Reconocía en él una combinación de características que ella misma poseía. Su timidez y sensibilidad probablemente eran heredados de ella, pero también veía en él una determinación y una pasión por aprender que lo hacían destacar.

Gray no se conformaba con la mediocridad, siempre buscaba superarse a sí mismo y dar

lo mejor de sí en cada momento. Su competitividad lo impulsaba a esforzarse más y nunca rendirse ante los obstáculos. Harper admiraba esa actitud y estaba dispuesta a apoyarlo en su camino.

Sabía que no sería fácil. Habría obstáculos y desafíos por delante, pero ella estaba preparada para ayudarlo. Estaba segura de que juntos podrían lograr grandes cosas y que su conexión solo se fortalecería con el tiempo.

Retiró la sartén del fuego y se dispuso a coger un plato, cuando alguien llamó al timbre.

Con gesto fastidioso, dejó lo que estaba haciendo y decidió ver quién era a esas horas. Bajó las escaleras y cruzó buena parte de la librería. A través de la puerta de cristal pudo ver a Dave sosteniendo la bicicleta con una mano.

Él se acercó, puso la mano a modo de visera y empañó el cristal con su aliento.

Harper abrió la puerta y Dave entró, dejando la bicicleta en un rincón.

Al ver que ella no decía nada, fue él quien tomó la iniciativa.

—Sana y salva —dijo en alusión a la bicicleta.

—Te lo agradezco… —Tuvo que detenerse, concederse un minuto. Recorrió sus brazos de arriba abajo con las manos, y luchó por mantener la compostura—. Siento no haber contestado a tus mensajes.

Se percató de que estaba descalza, como si la hubiera pillado desprevenida. Sus pies eran pequeños, pero a la vez elegantes y muy *sexies*. Llevaba las uñas pintadas de un favorecedor tono rojo, vivo e intenso. Levantó la mirada y se dio cuenta de que ella esperaba algún tipo de alusión por su parte.

—Reconozco que no me gusta, pero es algo a lo que me voy acostumbrando —comentó Dave tomando una respiración profunda y mirándola a los ojos. No sabía si besarla, abrazarla o mantener la distancia.

Se decidió por lo último. Era evidente que Harper tenía sus reservas.

—Lo siento, de verdad. —Harper suspiró y lo invitó a entrar—. Estaba preparando la cena. ¿Te gustan las verduras salteadas?

—Me gustan, sí.

Ella lo observaba con curiosidad, sin saber qué esperar. Suspiró, indicándole el camino.

—De acuerdo, entonces.

Dave tomó aire y buscó las palabras adecuadas:

—¿Es una invitación a cenar?

—Sí, por supuesto —respondió Harper con demasiado énfasis.

Cerró la puerta de la librería con llave y le condujo hasta el apartamento.

—Siento haber aparecido así de repente —se excusó él, siguiéndola escaleras arriba—. Debería haber llamado, pero dada tu costumbre a ignorar mis mensajes y no contestar mis llamadas, pensé que lo mejor era acercarme.

Harper intentó que las palabras de Dave no le afectaran demasiado. Se dirigió a la cocina y se mantuvo ocupada en el proceso de revolver las verduras y en abrir una botella de vino. Sentía cada nervio de su cuerpo en tensión.

—Ya he dicho que lo siento.

Él la miró con una expresión entre curiosa y preocupada. Sintió una mezcla de emociones en su interior. Por un lado, recordaba la intensidad de la noche anterior, tener a Harper entre sus brazos había sido una experiencia indescriptible. Pero, por otro lado, el constante rechazo de ella lo estaba destrozando. Se rascó la nuca y bajó la mirada, visiblemente incómodo.

—Harper, tenemos que hablar.

CAPÍTULO 16

Harper sirvió el vino en las copas. Se volvió para ofrecerle una a Dave.

—Huele increíble —comentó él, nada más entrar en el apartamento.

Dave consideró que sería mejor tener una conversación menos intensa durante unos segundos, antes de entrar en temas algo más complicados. No conocía a Harper tanto como a él le gustaría, pero sí lo suficiente para saber que se escondía bajo una enorme coraza.

—¿De qué quieres hablar? —preguntó ella, tratando de aparentar serenidad.

«De acuerdo, directa al grano», pensó.

Lo cierto es que eso no se lo esperaba.

—De ti… de mí. De lo que ocurrió anoche —explicó mirándola directamente a los ojos.

Ella bebió un sorbo de vino sin dejar de observarle por el borde curvo de la copa.

—Ya… —indicó con cautela, dejando la copa sobre la encimera—. Lo que ocurrió anoche fue…

—Increíble —completó la frase por ella Dave.

—Sí, increíble —admitió Harper.

Él quería tocarla, pero tenía miedo de hacerlo. Así que se limitó a beber otro trago de vino.

Ella volvió a llenarle la copa.

—¿Tratas de emborracharme?

—No, pero sería interesante escuchar algún que otro secreto de Dave Suvari.

Él sonrió y ella bebió. Sus bonitos y grandes ojos oscuros se desviaron a su copa.

—¿Estas huyendo de mí, Harper? —inquirió él, mirándola con intensidad.

Ella le devolvió la mirada, observando cada detalle, en especial sus grandes manos, que habían acariciado su cuerpo de una manera en la que nadie lo había hecho en mucho tiempo. Eso provocó una sacudida dentro de ella.

—No lo sé, tal vez. —Harper se apoyó en el borde de la encimera y se retiró un mechón de pelo detrás de la oreja, dejando a la vista un bonito pendiente en forma de flor con una pequeña piedra azul en el centro—. Hay mucho de mí que no sabes, Dave.

—En eso estamos de acuerdo —convino él.

Dave reprimió el impulso de acercarse, seguía deseándola con la misma intensidad. No podía negar la atracción que sentía por ella. Frunció el ceño, recordando la noche anterior. A lo largo de su vida, había estado con muchas mujeres y podía reconocer quién tenía experiencia en la cama y quién no. Harper era de las últimas, lo cual despertaba aún más su curiosidad.

—Puedes confiar en mí.

Harper comprendió que no se iba a rendir con facilidad.

—Dave, no sé si quiero tener una relación. —Cruzó los brazos por debajo del pecho—. No sé si estoy preparada para compartir mi vida con alguien.

«A excepción de Gray», pensó.

Dave sintió como la decepción se apoderaba de él, aunque sabía que no tenía derecho a sentirse herido.

—¿Eso es un no rotundo? —preguntó él, bajando la cabeza con expresión seria.

Harper titubeó antes de responder:

—Sí, no… Quiero decir que no lo sé.

Dave la miró con expresión interrogativa.

Percatándose de lo absurdo de la situación, Harper soltó un breve suspiro.

—Lo siento.

Dave dejó la copa de vino al lado de la de Harper y se acercó a ella en silencio. Extendió la mano, pero luego dudó y la metió en el bolsillo.

—Tengo la impresión de que detrás de esa respuesta hay un pasado que quieres olvidar.

—Algo así.

Dave notó que el rostro de Harper estaba ligeramente sonrojado por el vino. El *short* y la camiseta ajustada que llevaba resaltaban sus curvas, realzando sus pequeños y perfectos senos que él había tenido el placer de acariciar y besar la noche anterior. Su cabello, de longitud media, lucía un poco despeinado, y sus labios rosados estaban entreabiertos, como si esperaran un beso. Se dio cuenta de que debía mantener la distancia, al menos por el momento.

—Ahora el que lo siente soy yo, lamento haberte presionado, haberte dicho cosas que te han hecho recordar —dijo con pesar.

Ella asintió despacio y respiró profundo de manera instintiva.

—Necesito tiempo.

—¿Tiempo? —preguntó él, sorprendido.

—Sí, supongo que es complicado.

Dave pensó que era increíble que ella no hubiera huido lejos, muy lejos de él. Decidió tomarlo como una pequeña victoria.

—Hagamos lo siguiente —propuso, sin perder detalle de sus bonitos ojos—: dejaremos esto que tengamos, sea lo que sea, como una posibilidad. Veamos cómo marchan las cosas…

—Como una posibilidad —dijo suspirando, demasiado cansada para discutir. Le dolía la cabeza, se sentía frágil y como una idiota—. No sé, si…

Consciente de la tensión entre ellos, Dave dejó caer la cabeza entre los hombros. Suspiró profundo, tratando de procesar la situación.

—Sin compromiso alguno.

Levantó la mirada y fijó sus bonitos ojos como si buscara entender más allá de las palabras que ella había pronunciado. En ese momento, comprendió de inmediato lo que Harper intentaba transmitirle.

—Quieres decir que ¿solo habrá sexo?

El pulso de Harper latía violentamente, por el modo en que él la observaba con los ojos entrecerrados y velados por la duda.

—¿Es eso lo que tú quieres? —preguntó él seco, perderla no entraba dentro de sus planes.

Se le puso un nudo en el estómago al escuchar la pregunta. Nunca antes se había mostrado tan atrevida con un hombre. Con Walter siempre había estado en un segundo plano, y con sus otros amantes, simplemente habían sido encuentros casuales sin mayor profundidad emocional. Sorprendida por sus propios pensamientos, miró por encima del hombro de Dave y su mirada se posó en el apartamento. Le encantaba el lugar donde vivía, disfrutaba de la tranquilidad de Midway y de la compañía de Gray, su hijo.

Era un buen comienzo.

¿Por qué no disfrutar del momento?

Él dejó escapar un gemido en forma de protesta.

—No estoy seguro de que funcione, Harper.

Ella pensó que a veces uno debía seguir sus instintos, sus anhelos. En aquel instante, todos los suyos se centraban en él. No cabía la mínima duda, Dave era un hombre estupendo. Sin embargo, lo que fallaba eran sus reticencias y dudas.

—Solo es sexo sin compromiso, Dave. Cualquier hombre estaría encantado con una propuesta así —alegó Harper.

—No seré yo quien lo discuta, pero yo no quiero ser ese tipo de hombre contigo.

—Está bien —claudicó ella—. Tú te lo pierdes.

Él la miró con recelo.

—Al parecer no confías en mí. Y lo puedo llegar a entender, porque mi vida es de interés público. Pero tengo que decir, en mi defensa, que no todo lo que se dice es cierto ni está verificado —expresó Dave. Se pasó la mano por la cara y deseó con fervor no estar en esa situación tan incómoda—. Yo no tengo problema en aclarar lo que necesites saber.

—¿Alguna vez has tenido sexo sin compromiso?

Él la observó unos segundos, muy serio, consciente de que su decisión tendría un impacto significativo. Finalmente respondió:

—No lo voy a negar; sí.

—¿Entonces…?

Dave la observó con una mirada intensa y seria. Comprendió la frustración y confusión que ella sentía, y decidió responder con honestidad:

—Por alguna razón que no llego a comprender, contigo no quiero este tipo de relación. Son encuentros fríos y destinados al fracaso —alegó él—. Contigo quiero algo más profundo y sincero.

Harper se echó el pelo hacia atrás, más cansada de lo que quería dejar entrever. Se dio la vuelta y cogió su copa. Bebió despacio, disfrutando del sabor del vino. Era cierto, la vida de Dave Suvari estaba en boca de muchos *fans* y no tan *fans*. Pero ella tenía otro miedo latente y era el de enamorarse, el de caer en la telaraña del amor.

Sintió la tensión en el ambiente. Con la vista fija en Dave, se mordió el labio inferior. El modo en que la observaba, con esa mirada larga, intensa y medida había hecho que aflorara el deseo en ella.

—No habrá terceras personas —dijo, mientras dejaba la copa de vino sobre la encimera —. Es difícil que me quede embarazada, tomo la píldora.

—¿En serio?

—Sí —respondió ella.

—Ese es otro tema para tratar esta noche. Ayer…

—Ayer es pasado, Dave. Sé cuidarme muy bien de mí misma; así que no tienes por qué preocuparte.

—Espera un minuto…

—No te lo puedo poner más fácil —repuso ella con una mirada penetrante.

El pulso de Dave latía desbocado cuando dio un paso hacia delante. La miró fijamente a los ojos, buscando en ellos una confirmación de que no se trataba de una broma.

—Joder, Harper. ¿Has escuchado algo de lo que te he dicho?

Ella no respondió, se limitó a hundir los dedos en el cabello de él. Quería ponerlo en el disparadero, hacerle perder el control. Estaba segura de poder conseguirlo.

La atracción entre ellos era evidente. Dave soltó otro juramento en voz alta antes de colocar sus manos en las caderas. Era delgada, pero podía sentir sus curvas. La deseaba rayando la desesperación.

Había algo en ella que lo volvía loco de deseo.

Estaba excitado, endiabladamente duro y no llevaba un puto condón encima, a pesar de que ella no parecía necesitarlo. Pero él sí. Claro que sí, la protección era importante en muchos aspectos de su vida.

No era un hombre que actuara sin calcular antes los pros y los contras. En el hielo lo hacía. En su día a día, también. Sin embargo, Harper era diferente a cualquier otra mujer que hubiese conocido.

Con la espalda contra la pared, ella observó a Dave. Le vio pegar las palmas de las manos contra las baldosas a ambos lados de su cabeza y se acercó hasta que su nariz quedó a una distancia mínima de la suya.

Ella apoyó la cabeza en la pared y separó los labios para inspirar más aire.

—¡Maldita sea! Yo también sé cuáles son las reglas del juego, Harper. No lo olvides.

En ese momento, la tensión sexual que había estado flotando en el aire se hizo palpable. Harper fue a decir algo, pero él la interrumpió atrayéndola hacia sí, fundiendo su boca con la de ella. El beso fue rápido, húmedo, desesperado y hambriento, con las lenguas enredadas y esos pequeños gritos que se escapaban de su sensual garganta. De repente, el deseo de Dave se convirtió en algo fascinante y primitivo.

Harper, triunfante, le sacó la camisa de la cintura y luego deslizó las manos hacia abajo. Con un gemido de placer, le acarició y arañó hasta conseguir que su sangre hirviera en las venas y sus músculos se endurecieran como el hierro. Anhelaba aquellos músculos, aquella fuerza que había aflorado de repente entre ellos.

Dave bajó las manos por la camiseta y, al llegar al extremo, tiró de la prenda por encima de la cabeza de ella, después le desabrochó los *shorts* y, junto a las braguitas, los enrolló a la altura de las caderas. Le pasó una mano por la espalda y la levantó sin esfuerzo, desnudándola. Cuando sus bonitos pies tocaron de nuevo el suelo, agachó la cabeza y comenzó a devorar y saborear la piel que se hallaba por encima del borde de encaje azul turquesa de su sujetador.

Harper, con murmullos entrecortados y atrapada contra la pared, le quitó la camisa y le clavó las uñas en la espalda. Su torso era ancho y firme y sentía la piel caliente y suave bajo sus manos. Las cicatrices, que volvió a encontrar a su paso, probablemente contaban historias de luchas pasadas y sacrificios en la pista de hielo. Pensó que aquel cuerpo era el de un deportista que se entregaba de lleno a su pasión, que jugaba para ganar. Un guerrero dispuesto a darlo todo por sus sueños y metas.

Con un rápido movimiento de dedos, Dave abrió el cierre frontal del sujetador, dejando que los pechos quedaran al descubierto, en sus ávidas manos. Los besó, los saboreó y mordisqueó hasta que Harper echó la cabeza hacia atrás, con los ojos brillantes, gimiendo y faltándole el aire. Sintiendo la calidez de su boca contra sus pezones rígidos.

—Te quiero en la cama —ordenó él, empotrándola más todavía contra la pared. Bajó la boca, entreabrió sus delicados labios y hundió la lengua entre ellos.

Los labios de Dave eran hambrientos e insaciables y recorrían su cuello con una necesidad alarmante. Él le separó las piernas e hizo que rodeara sus caderas, le invitó a hacer lo mismo con los brazos.

La deseaba con urgencia. Anduvo unos pasos hasta encontrar la cama, una vez allí la dejó

caer sobre el colchón. Su pequeño y esbelto cuerpo contrastaba contra el color rosa de la colcha. Dave pensó que podría ahogarse en aquellos bonitos ojos oscuros. Su aroma era de lo más provocador. Se quitó los pantalones y los calzoncillos sin dejar de mirarla. Tenía las piernas abiertas, era una clara invitación a poseerla.

Ella observó la rigidez de su miembro grande y enorme, más que dispuesto.

—Puede que te duela, anoche…

Ella no le dejó terminar la frase, apretó su boca contra la de él. Rodaron por la cama, acariciándose, palpándose con la respiración entrecortada.

—Te quiero dentro de mí.

—Joder, Harper.

Él pensó que, si lo hacía, aquello acabaría rápido. Se miraron uno al otro con intensidad y con una necesidad arrolladora.

—Ahora, Dave.

Él gruñó, se fundió en su boca y la besó. Colocó una mano sobre su clítoris, lo acarició y aumentó la presión, poco a poco.

Harper luchó por controlar ese placer casi hiriente cuando las caricias se intensificaron entre sus muslos. La sensación rozó el delirio.

—Sube las piernas.

Ella se apretó contra él, lo envolvió y se perdió en su aliento, aferrándose a sus brazos.

—¡Córrete, Harper! —exclamó Dave contra su boca.

La orden hizo que ella perdiera el poco control que poseía. Gritó, aferrándose a la almohada cuando se arqueó contra el colchón, llegando a ese dulce olvido. En ese preciso momento con la mandíbula tensa y los ojos afilados, Dave la penetró de un solo envite, deslizándose dentro de ella. Sintió las uñas de ella clavadas en sus bíceps y eso le llevó a penetrarla profundamente, más fuerte, más feroz. Se perdió en aquella explosión volcánica y meneando sus caderas a una velocidad y fuerza vertiginosa sintió que el corazón se le salía del pecho, que el cuerpo se le quedaba rígido. Escuchó el grito de placer que brotó de la garganta de Harper y, en ese momento, llegó el orgasmo. Segundos después, con la respiración agitada se desplomó sobre ella, oliendo aquel familiar aroma atemporal de sexo y flores.

CAPÍTULO 17

Harper nunca imaginó tener una experiencia sexual como la que había tenido las últimas cuarenta y ocho horas. Ella había fantaseado con Dave, lo había anhelado, pero la realidad superó con creces todas sus expectativas. El sexo en el lago había sido maravilloso, lleno de pasión y deseo desbordante. Y el de la noche anterior, rudo y salvaje. Había descubierto entre besos y gemidos que su cuerpo estaba preparado para acogerlo, para sus profundas y duras embestidas. Y aunque estaba dolorida, también estaba satisfecha de una manera que nunca antes había experimentado. Mientras respiraba profundamente contra la almohada, se dio cuenta de que esa sensación debía de parecerse mucho a la felicidad.

—¿Estás bien?

La voz ronca y acerada de Dave se mezcló con el canto de un pájaro que debía de haberse posado en el alféizar de la ventana.

—Sí —respondió ella, acurrucándose y abrazando sus rodillas.

Dave no podía ver su rostro, lo que le hizo dudar.

—Harper…

—Estoy bien, de verdad.

La duda en él se intensificó. Apoyó su codo en el colchón y sostuvo su cabeza en la palma de la mano.

—Mírame, por favor.

Ella se volvió y contempló el techo.

—¿Puedo hacerte una pregunta delicada?

Ella sonrió con la mirada aún clavada en el pecho.

—Si te digo que no, ¿eso te detendría?

—No —manifestó Dave.

Harper amplió su sonrisa y luego ladeó la cabeza sobre la almohada. Le gustó lo que vio: pelo revuelto, ojos somnolientos y la sombra de una áspera barba delineando su mandíbula.

—¿Qué quieres saber?

—¿Cuándo fue la última vez que estuviste con alguien? —cuestionó él.

Ella frunció los labios mientras intentaba recordar.

—Hace tres años, más o menos —respondió con sinceridad, recordando al último hombre con el que había contactado por Tinder.

Esa es la última vez que usó la aplicación. No porque hubiera sido una mala experiencia; solo que anhelaba algo más que un polvo rápido y un adiós frío.

Él la miró fijamente y se quedó callado tanto tiempo que Harper comenzó a sentirse incómoda.

—Eso es demasiado tiempo.

Ella se encogió de hombros, a la vez que subía la sábana para cubrir su pecho.

—Supongo que no he sentido esa necesidad… hasta ahora.

—¿Hasta ahora? —preguntó él, sorprendido.

Se colocó de lado, mirándole a los ojos. Él la observaba con atención, como si esperase

una explicación algo más larga. Ella deslizó una pierna entre las de Dave. Gustoso la atrapó y con la mano le acarició el muslo. Su piel era suave y aterciopelada, perfecta para ser mimada.

—Lo cierto es que no creí que pudiera ser así.

Él la fulminó con la mirada.

—¿A qué te refieres?

Ella abrió la boca para responder, pero dudó por miedo a revelar nada más.

Y, entonces, él temió lo peor.

—¿No te habrán…?

Ella supo a lo que se refería antes de que Dave terminase la frase.

—No, bueno. No exactamente… —Recordó a Walter y se le hizo un nudo en el estómago.

—Dios mío, Harper, ¿cuándo ocurrió? —preguntó, guardándose para sí una sensación de rabia e impotencia.

—Hace mucho tiempo. Tenía quince años y él era mi entrenador.

Dave la miró con tal intensidad que ella se sintió más víctima aún.

—No me violó, Dave. De alguna manera fue sexo consentido; solo que yo era una adolescente ingenua que creía en el amor eterno.

La culpabilidad aguijoneó a Dave de una manera atroz.

—Por Dios, Harper. Eso es terrible —exclamó Dave, impactado por lo que acababa de escuchar.

—Es pasado —comentó ella—. El truco está en no pensar demasiado en ello, dejarlo fluir cuando los recuerdos regresan.

—Lo siento, lamento no haber tenido más cuidado —expresó él con una mezcla de remordimiento y tristeza.

Lo miró, Dave tenía los labios apretados y el ceño fruncido. Y ella lamentó haberse pronunciado al respecto.

—De haber sido más cuidadoso, el sexo no habría sido tan bueno. ¿No crees?

La impotencia y la rabia se adueñaron de él.

«¿Qué hijo de puta se aprovechaba de casi una niña?», pensó Dave.

—¿Esa es la razón por la que quieres sexo sin compromiso?

Ella decidió ser sincera:

—Sí, así es más fácil.

—No cuentes con ello, Harper. Yo quiero algo más que sexo —replicó él.

—Dave…

—Hablo en serio —dijo él, con la mirada fija, dejando claro que no estaba bromeando.

—Es más complicado que todo eso, Dave —comentó ella, arrugando la sábana entre sus dedos—. Creo que lo mejor sería que vaya a ducharme.

—No tienes por qué hablar de ello, si no quieres —expuso él, tratando de brindarle espacio y comprensión.

Los ojos de Dave le advertían que hablaba en serio, lo cual hizo que Harper se sintiera aún más comprendida.

—En una ocasión una psicóloga me comentó que expresar en voz alta lo que sentía, lo que había ocurrido, era el principio de la sanación —dijo ella. Apartó las sábanas con la única intención de salir de la cama—. Pero ya está bien de hablar de mí. No puedes llegar tarde al entrenamiento.

Dave se percató de que sus ojos se nublaron a medida que los recuerdos se agolpaban. Decidió que buscaría en internet el nombre de aquel despreciable.

Mientras tanto, Harper se envolvió en una bata y Dave lamentó que se cubriera. Él adoraba aquel delicado y hermoso cuerpo que tenía ante sus ojos.

—Bueno, sí hay algo más.

Dave levantó rápidamente la cabeza, expectante por lo que ella iba a revelar.

Harper respiró profundo, consciente de que lo que estaba a punto de decir cambiaría la situación que existía entre ellos.

—Tengo un hijo —confesó.

***

—Y ¿no te dijo nada más? —preguntó Matt con curiosidad.

—No, no me dio más explicaciones —respondió Dave, absorto en la pista de hielo. Los chicos estaban patinando bien esa mañana y eso le agradó.

El anuncio de Harper había caído como una bomba en la habitación, dejándole sin palabras y con una mezcla de sorpresa y desconcierto.

—Y ¿tú no le preguntaste?

—Lo intenté, pero ella cambió de tema y después se fue a la ducha —admitió Dave, tomando un sorbo de café para calmar aquel batiburrillo de pensamientos que no dejaban de acecharlo—. Tengo la impresión de que se arrepiente de habérmelo contado. ¿Jules te ha comentado algo al respecto?

Matt negó con la cabeza.

—No, no me ha dicho nada.

—Entiendo —dijo Dave, apesadumbrado—. Tengo la impresión de que cada vez que avanzamos un poco, retrocedemos dos pasos.

Matt lamentó la situación.

—Lo siento, tío.

—Sí, yo también —comentó Dave, suspirando.

—¿Quieres que le pregunte a tu hermana? —inquirió Matt.

Dave reflexionó un momento antes de responder:

—No. Ya la conoces, de querer haberte dicho algo, ya lo habría hecho. Además, no quiero presionarla ni forzar una conversación incómoda.

Matt asintió, comprendiendo la postura de su amigo. Su historia con Jules confirmaba lo que acababa de decir Dave.

—Si en algún momento necesitas ayuda o simplemente alguien con quien hablar, sabes dónde encontrarme.

—Lo tendré en cuenta —dijo sonriendo, agradeciendo el gesto.

Dave decidió centrarse en el entrenamiento. Vio cómo Gray dominaba la pastilla con su *stick*. Tenía a Miller a tiro, pero en lugar de pasársela, por alguna razón que no alcanzó a entender, decidió no hacerlo. Dave soltó un juramento en voz alta, frustrado por la situación.

—¿Se puede saber qué te ocurre, Gray? —preguntó Dave, enojado—. ¿Estás ciego? Tienes a Miller justo ahí y ni siquiera lo ves, joder.

Matt, sin apartar la vista de los jugadores, notó la tensión en el ambiente y la rivalidad entre Gray y Miller. Llegó a la conclusión de que debía de tratarse de un asunto personal.

—¿Sigue igual? —preguntó Matt, interesado en la dinámica entre los jugadores.

—No sé qué demonios le pasa —respondió Dave, frustrado y confundido—. Su ejecución es magnífica, como su dominio del *stick*. La pastilla cobra vida en sus manos, es admirable. ¿Y él qué hace? Fastidiarla una y otra vez.

Matt colocó una mano reconfortante en el hombro de Dave, intentando calmarlo.

—Ha mejorado desde la última vez que le vi.

—Sí, su dominio del juego es impresionante —comentó Dave, sin dejar de mirar a Gray.

—Su destreza y habilidad para sortear a sus compañeros es impresionante —señaló Matt —. Sea lo que sea que esté haciendo, está dando resultado. ¿Entrena solo?

—No lo sé —contestó Dave, pensativo.

—Pues deberías averiguarlo; si ese chico se enfada y se larga del equipo…

—Eso no va a ocurrir nunca.

Matt no estaba tan seguro.

—¿Has hablado con Miller? —preguntó Matt, buscando indicios sobre la razón detrás de la enemistad entre ambos jugadores.

—¿Por qué lo preguntas?

—Tengo la impresión de que ahí tienes la brecha —comentó, señalando la tensión entre ellos—. Creo que la rivalidad entre Gray y Miller también se extiende más allá del juego. Podría ser un asunto personal que esté afectando a su rendimiento.

Dave, sorprendido, buscó a Miller en la pista. Cuando lo vio a un lado, esperando quién sabe a qué, Dave supo que Matt tenía razón. Recordó aquel día en el bosque, y entonces todas las piezas encajaron.

—¿Por qué demonios no me he dado cuenta antes?

Matt retiró la mano reconfortante del hombro de Dave y esbozó una sonrisa.

—Porque tu mente solo tiene espacio para una preciosa morena —bromeó.

Dave le lanzó una mirada larga y fulminante.

—No estoy enamorado —afirmó.

Matt rio.

—Si tú lo dices, ¿quién soy yo para contradecirte?

—Vete a la mierda, Matt.

Matt se encogió de hombros, todavía riendo y su carcajada resonó en todo el pabellón. Los jugadores detuvieron el partido y los observaron con curiosidad.

—¿Qué narices estáis mirando? —preguntó Dave, todo lo que le daba la voz. Percatándose de la situación, les hizo reanudar el entrenamiento—. ¡Vamos, moveos!

Los muchachos obedecieron las órdenes de su entrenador y retomaron el entrenamiento.

A partir de ese momento, Dave no perdió de vista a Miller ni a Gray. Confirmó la teoría de Matt, algo estaba sucediendo entre los muchachos y estaba comenzando a afectar a su rendimiento en el juego. Aunque se sentía de mal humor, Dave se aseguraría de mantenerlo bajo control. Había presenciado demasiados conflictos en los vestuarios a lo largo de su carrera profesional y sabía cómo abordarlos.

En ese momento, entregó su taza a Matt, agarró el *stick* con firmeza y salió a la pista. Sin miramientos, le arrebató la pastilla a Miller y se la pasó a Gray, quien la aceptó de inmediato. Dave giró rápidamente y gritó:

—Pásala, Gray. ¡Vamos!

Dave se fijó en que Gray pudo habérsela devuelto a Miller, pero en un movimiento

inesperado, decidió pasársela a Anderson, quien se encontraba estratégicamente posicionado cerca de la portería. Anderson recibió la pastilla con destreza, manejándola con maestría mientras se acercaba veloz al área de gol. Dave contuvo la respiración, anticipando la jugada que se desarrollaba frente a sus ojos.

Con una habilidad asombrosa, Anderson se la volvió a pasar a Gray, puesto que Wilson le bloqueó el paso. Gray se hizo con la pastilla, sin problema alguno, evadió a los defensores contrarios, deslizándose ágil sobre el hielo. Su patinaje era elegante y fluido, mostrando un control total sobre la pastilla. La tensión en el aire era palpable mientras se acercaba cada vez más a la portería.

Con un rápido movimiento de muñeca, Gray lanzó un poderoso disparo. La pastilla surcó el aire con velocidad, dejando un rastro de hielo a su paso y despistando a Bovari, el portero. El sonido resonante de la pastilla al chocar contra la red llenó el pabellón, seguido de una explosión de júbilo por parte de los muchachos.

La combinación de la visión estratégica de Gray, la precisión de Anderson y la colaboración del resto del equipo había dado como resultado un gol espectacular.

El orgullo de Dave se hizo más que patente. La rivalidad entre Gray y Miller parecía haber quedado por un momento en segundo plano, eclipsada por la emoción del juego y la camaradería del equipo. Aunque sabía que tendría que abordar el conflicto entre los dos muchachos en el instante adecuado.

En ese intervalo de entusiasmo, pensó en Harper. Le habría gustado compartir aquella camaradería con ella y borrar lo que ella le había confesado esa mañana.

Pero eso, no era posible.

Al parecer tenían planes muy diferentes. Aunque él estaba dispuesto a luchar por lo que quería, incluso si eso significaba enfrentarse al mismísimo destino.

CAPÍTULO 18

La casa quedaba oculta tras unos grandes árboles cuyas ramas acariciaban la fachada. La pasarela de madera que daba acceso al lago estaba agrietada y flanqueada por juncos y verdes y robustos arbustos, lo cual le daba un halo de misterio al lugar. Las escaleras que conducían a la galería cubierta de la casa necesitaban unos retoques, pero nada que unas puntas y tablones no pudieran solucionar. Aunque los cuatro escalones crujieron bajo sus pies, no se detuvo. Continuó avanzando hasta llegar al porche y le agradó lo que vio.

Aquella casa era solitaria, apartada de Midway y de las miradas curiosas; se encontraba rodeada de hortensias malvas y azules. Las flores con tonalidades vibrantes añadían una nota de color y belleza al entorno y se mecían suavemente con la brisa, creando una imagen pintoresca y serena. Las vistas al lago eran increíbles, parecían sacadas de una pintura impresionista, en concreto tenían cierta similitud a los *Nenúfares* de Monet. Desde aquel lado de la orilla pudo vislumbrar el lugar exacto donde había hecho el amor con Harper la primera vez. Este recuerdo le hizo revivir la suavidad y ternura de su piel, y anheló tenerla de nuevo entre sus brazos. La intensidad del momento se había grabado en su memoria. Pero también era consciente de las complicaciones y los obstáculos que se interponían entre ellos.

Tengo un hijo.

Esa frase retumbaba, una y otra vez en su cabeza, como el estribillo de una vieja canción pegadiza. Cuando él había insistido, Harper se había mostrado huidiza.

Era evidente que tendría que esperar. Aunque él anhelaba tenerlo todo con Harper, comprendía que ella solo buscaba pasar un buen rato, sin compromisos ni complicaciones. Esa era su dinámica, y por eso él había evitado volver a mencionar el tema de su hijo. Era consciente de que eso podía añadir una capa de complejidad y responsabilidad a su relación. Si es que se podía llamar así a lo que tenían.

Volvió la espalda al lago y se encaminó hacia la puerta de la casa. Para su sorpresa, no estaba cerrada con llave, lo que le permitió adentrarse en el vestíbulo. El suelo de madera mostraba signos de desgaste y necesitaba un buen pulido. El aroma a humedad y abandono llenaba el ambiente, lo cual le entristeció, a pesar de reconocer la belleza de la casa, incluso con sus paredes agrietadas y descoloridas.

Continuó con su exploración y se dirigió a la cocina. Además de necesitar una buena limpieza, el lugar requería un cambio de estilo y época. Se fijó en las sillas apolilladas que rodeaban la vieja mesa de caoba y suspiró; aunque le gustó la abundante luz que entraba por la enorme ventana y llenaba cada rincón.

Avanzó por los pasillos de la casa del lago, explorando cada habitación y dejándose llevar por la esencia del lugar. A medida que recorría las estancias, notaba cómo el paso del tiempo había dejado su huella. Cada una tenía su propia historia por contar. Las camas estaban cubiertas con colchas ajadas y poco acogedoras. Dave imaginó cómo transformar esos espacios. Una nueva capa de pintura en las paredes, muebles sencillos y ropa de cama nueva serían la solución.

—¿Qué le parece?

La voz femenina se dejó oír en toda la casa.

—Me la quedo —contestó sin vacilar.

Romina Wildes, la agente inmobiliaria, sonrió de oreja a oreja, satisfecha con la venta.

—No se arrepentirá, señor Suvari.

Una sala de estar se abría ante él con grandes ventanales que permitían la entrada de la luz natural y ofrecían vistas panorámicas del lago. Aunque los muebles estaban cubiertos de polvo y las alfombras desgastadas, Dave podía imaginar el potencial de ese espacio. Visualizó muebles cómodos y elegantes, una chimenea cálida y acogedora donde podría disfrutar de noches tranquilas frente al fuego junto a Harper.

—Eso espero.

—Necesita alguna remodelación, pero nada que no se pueda arreglar con una mano de pintura.

Dave lo dudó. Aquella casa necesitaba algo más que un lavado de cara, pero poco más podía hacer. Esa misma mañana, había vendido su lujosa casa a un empresario de Savannah. Sentía cierto temor por el intercambio que había hecho, dejando atrás la comodidad y el lujo por una vida más sencilla junto al lago.

¡Que Dios se apiadase de él!

Dave se giró, Romina Wildes estaba en la cocina; sostenía un bolígrafo en la mano y sobre la vieja mesa de caoba descansaba el contrato que estaba a punto de cambiar su vida. Se dirigió hacia allí y aceptó el bolígrafo. Leyó el contrato con atención y, finalmente, firmó.

La mujer, satisfecha, le dedicó una bonita sonrisa.

—Espero que la disfrute —dijo, dejando las llaves sobre la mesa.

—Romina… —La voz de Dave sonó algo vacilante.

La mujer levantó la mirada, curiosa.

—¿Sí?

Dave pensó que aún conservaba su belleza, a pesar del paso de los años. Vestía un traje entallado y un tanto pasado de moda que no desmejoraba su figura. Se le marcaron algunas arrugas alrededor de los ojos y los labios pintados de un rojo intenso.

—¿Tengo su discreción?

Las arrugas de los ojos y los labios de la mujer se intensificaron al sonreír.

—Por supuesto, señor Suvari. Puede contar con mi absoluta discreción, se lo garantizo.

Con un último intercambio de miradas, Dave tomó las llaves de la casa y Romina se marchó, dejándolo solo. Ahora era el momento de enfrentar el nuevo capítulo de su vida y hacer de aquella casa en el lago su verdadero hogar.

***

Harper sonrió al ver a Jules esperándola en la puerta de la pastelería. En sus manos sostenía dos cafés humeantes y una bolsa que Harper esperaba que estuviera llena de *croissants*. Nadie en Midway horneaba *croissants* tan deliciosos como Rosalind.

—¡Buenos días! Me has leído la mente —saludó Harper con una sonrisa en los labios.

Jules le devolvió la sonrisa.

—Como hacen las buenas amigas —comentó—. Pensé en llevarlos a la librería, pero la mañana es tan maravillosa que supuse que te gustaría disfrutar del aire fresco.

Harper asintió con entusiasmo. Aunque el calor se hacía presente, la temperatura era agradable y la brisa matutina acariciaba suavemente su rostro. Inhaló profundo, deleitándose con el aire fresco. Caminaron en silencio durante unos segundos, admirando las encantadoras calles de Midway con su animado ir y venir de gente. Harper había llegado a la conclusión de que le encantaba vivir allí, en un lugar donde todos se conocían y se saludaban al pasar. Era reconfortante saber que formaba parte de algo más grande, de una pequeña ciudad llena de vida y calidez. Con el café en una mano y el *croissant* ya en la otra dijo:

—Eso te hace ser la mejor amiga.

Jules alzó su vaso reciclable y luego bebió un pequeño sorbo de café.

—Está delicioso.

—Me alegra que te guste —comentó Jules—. Por cierto, y antes de que se me olvide, mi madre quiere que vayas a cenar este sábado.

En ese momento Harper estaba a punto de dar un bocado a su delicioso *croissant*, sorprendida alzó la mirada hacia su amiga. No tuvo que pensar demasiado en la respuesta.

—Ni hablar.

Jules no se dio por vencida y exclamó:

—¡Vamos, Harper!

—¿De verdad crees que voy a sentarme en su cocina, después de haberla dejado plantada la última vez? Estás loca.

—No estoy loca, ni mucho menos. Solo le prometí que te lo preguntaría.

—Bueno, pues ya sabes cuál es mi respuesta.

Jules ladeó la cabeza, como si quisiera sondearla. Luego dio un bocado a su *croissant*. Últimamente tenía un apetito voraz y no se saciaba con nada. Si seguía a ese paso, pronto no le valdría nada de ropa.

A pesar de la culpabilidad merodeando en su fuero interno, Jules dio otro buen mordisco a su desayuno.

—Mi madre no es tonta y sabe que te estás acostando con Dave —comentó Jules sin rodeos.

Harper estuvo a punto de atragantarse cuando escuchó aquello. Se recordó a sí misma las complicaciones que conllevaba acostarse con alguien como Dave Suvari. Suspiró y pensó en sus padres, que vivían en Florida todo el año. La distancia era beneficiosa para ambas partes y ese acuerdo tácito le ayudaba a seguir adelante sin cuestionarse con quién debería pasar las próximas navidades.

Ellos no la habían apoyado cuando nació Gray; de hecho, habían insistido en que lo diera en adopción y que siguiera con su carrera como patinadora.

Ahora no tenía ni una cosa ni la otra.

Estaba sola.

Miró a Jules y sonrió al verla chupándose los dedos. Ya no quedaba rastro del *croissant*.

—Dave y yo no tenemos una relación seria. Solo es sexo, sin compromiso.

—¿Eso lo ha decidido él o tú? —preguntó su amiga.

—Es una decisión de ambos.

Jules no la creyó ni por un momento. Conocía bien a su hermano, demasiado bien como para creer que su relación con Harper se limitaba solo al sexo. Sin embargo, decidió no profundizar en el tema y no involucrarse más de la cuenta.

—¿De verdad crees que te vas a librar tan fácil?

—Me gustaría, sí —respondió Harper, soltando un resoplido de frustración.

—Pues déjame decirte que estás muy equivocada. —Miró el delicioso *croissant*, que Harper apenas había probado, y preguntó—: ¿Te lo vas a comer?

Harper miró el *croissant* y luego, sorprendida, se lo ofreció a Jules.

—No, toma.

—¡Estupendo! No sé qué me pasa últimamente, pero tengo un hambre voraz. He tenido que contenerme dentro de la pastelería. De no haberlo hecho, habría salido con tres kilos de más.

Harper sonrió.

—Si no quieres morir de una sobredosis de azúcar, te recomendaría que te controles un poco.

—Tienes razón, toda la razón —reconoció Jules con la boca llena, disfrutando del último trozo de *croissant*—. También quería preguntarte por Gray. ¿Qué tal os va?

Le asombró y agradó que Jules le preguntase por su hijo.

—Es un chico maravilloso.

—Lo sé. Matt solo tiene alabanzas para él —indicó Jules después de beber un poco de su café—. Dice que llegará lejos.

—Me alegra saberlo —comentó Harper con un tono de orgullo en la voz. Bebió otro sorbo reconfortante de café—. El otro día mencionó que su madre está enferma.

Jules asintió, despacio.

—Linda tiene cáncer de páncreas, supuse que estabas al tanto.

La noticia pilló a Harper desprevenida.

—No, no lo sabía. Y tampoco sabía que la situación era tan grave.

—Sí, está siendo muy duro para Gray. Y su padre no está precisamente ayudando mucho…

—¿A qué te refieres? —preguntó Harper, sintiendo una mezcla de curiosidad y preocupación.

—Frank bebe algo más de la cuenta —explicó Jules—. Le está costando aceptar que Gray y él se quedarán solos. Dave está al tanto, por esa razón es tan permisivo con el muchacho.

Recordó cómo Gray le había hablado esa mañana de sus padres, de su mirada triste y melancólica, pero ella nunca se imaginó que podía tratarse de algo tan grave. Se imaginó que era una apreciación de un adolescente, una manera diferente de ver las cosas. Se le cayó el alma a los pies. Por mucho que quisiera huir de Dave, no podía dejar a su hijo en la estacada.

—Lo siento, Harper.

Ella salió de su ensimismamiento, conservando en su memoria la imagen de Gray patinando, dándolo todo en la pista de hielo.

—Sí, yo también lo siento.

Jules bebió de su café y después observó la expresión de su amiga.

—¿Cuándo le vas a decir a Dave que estás viendo todas las mañanas a Gray?

—No creo que lo haga, al menos de momento —añadió rápidamente—. Puede que Dave se enfade y no quiero que Gray tenga más problemas por mi culpa.

—Ey, un momento. —Jules la detuvo poniéndole una mano en el antebrazo. La gente pasaba por su lado, ajena a la conversación y a los sentimientos allí enredados—. Tú no tienes culpa de nada. No eras más que una niña cuando sucedió.

—Debí negarme —dijo Harper con la mirada fija en el suelo—. Tendría que haber luchado.

—No habrías conseguido nada, Harper. Solo hacerte más daño a ti misma, ¿lo entiendes?

Harper levantó la mirada del suelo y asintió con los ojos llenos de lágrimas.

—Gray ha sido un niño muy feliz durante todos estos años, yo lo sé. Todo Midway lo sabe —afirmó Jules.

—Y, ahora, ¿qué?

—Ahora estás tú. Es tu momento.

Harper se sintió algo culpable por no afligirse por la enfermedad de Linda. Supuso que eso le hacía ser peor persona, pero alejó ese pensamiento. Y tal como vino, se fue.

—¿Crees que por eso Gray quería contactar conmigo?

—¿Te refieres a la enfermedad de Linda? —preguntó Jules.

—Si, a eso me refiero.

Jules le tocó la mano.

—Es probable; sí —respondió.

Harper dejó escapar poco a poco la respiración contenida. Jules entrelazó su brazo con el suyo y prosiguieron su paseo.

—Háblame de tu hermana.

Harper parpadeó.

—¿Qué quieres saber de mi hermana?

Jules se encogió de hombros, el intenso momento exigía cambiar de tema.

—Bueno, lo que quieras contarme. Yo te hablaría del mío, pero ya sabes más que yo, considerando que te estás acostando con él.

Harper abrió los ojos como platos.

—¡Jules Suvari! Eso que has dicho es…

—Es la verdad —dijo su amiga, terminando la frase—. Si no quieres hablar de ella, lo entenderé.

—Lo cierto es que no me apetece —comentó Harper—. Ella vive en un mundo muy diferente al mío. Dos mundos que nunca se cruzan.

Jules comprendió la situación y sintió pena por Harper. Había estado muy sola, demasiado sola hasta ahora.

—De acuerdo, entonces. Tema finiquitado. Vamos a trabajar, que tenemos que vender muchos libros si queremos comer.

—¡Solo piensas en comer! —exclamó Harper, risueña.

—A decir verdad, sí. En comer y en el sexo —indicó Jules con una sonrisa tonta.

—Matt debe de estar encantado.

—Ni te lo imaginas.

Los ojos de Jules brillaron con tal malicia que a Harper no le quedó otra opción que echarse a reír.

Sin duda alguna, Jules era una gran amiga. Había convertido una mañana triste y desolada en una mañana divertida. Haciendo que olvidase por un momento todos sus problemas.

Tiró el vaso de papel a una papelera que encontró a su paso. En el fondo, era una mujer muy afortunada.

CAPÍTULO 19

Gray entró en casa a toda prisa, exhausto después de un intenso entrenamiento y las clases con Harper. Con ella aprendía técnicas increíbles, flexibilidad, resistencia y fuerza, complementando el entrenamiento de *hockey* con sus compañeros. El entrenador se había dado cuenta de sus progresos y eso le hizo esbozar una sonrisa. Poco a poco iba recuperando su confianza. Cerró la puerta tras de sí, dejó caer la bolsa de deporte en el suelo y subió los escalones de dos en dos.

—¡Mamá!

Lo que sentía se parecía un poco más a la felicidad. Además, Miller no había vuelto a molestarlo ni siquiera a dirigirle la palabra, y eso era algo que agradecía. Le estaba costando olvidar aquel estúpido beso, pero de manera gradual lo iba consiguiendo.

A él le gustaban las chicas.

Con ese pensamiento rondándole en la cabeza entró en el cuarto de baño y se lavó las manos con jabón, después se las secó de forma concienzuda. Su madre estaba enferma y cualquier virus podía hacerla empeorar.

Cuando salió se dirigió al cuarto de su madre.

—¡Mamá, ya estoy en casa! —gritó nada más entrar en la habitación.

Cuando vio a su madre supo de inmediato que algo no iba bien. Estaba muy quieta y su pecho apenas se movía al respirar.

Corrió hacia la cama y se sentó a su lado.

—Mamá, ¿estás bien? —preguntó, tomando sus frías manos entre las suyas.

Linda abrió los ojos despacio, sintiendo el peso en sus párpados. Tenía la boca seca y le costaba respirar. Intentó sonreír, pero no pudo lograrlo. Gray olía a lirios, probablemente se había equivocado y había usado su jabón por error. Pero eso no le importaba, oler a flores en esta etapa de su vida era un regalo. Sabía que era el final, la muerte se acercaba inexorable y esta vez no sería capaz de eludirla. Hizo un esfuerzo sobrehumano para intentar esbozar una sonrisa y tranquilizar a Gray.

—Estoy bien —susurró con voz débil—. Solo un poco cansada, eso es todo.

Tosió, quizás debido al esfuerzo o porque sus pulmones estaban cada vez más débiles. Eso era algo que no podía saber con certeza.

Gray la observó con un nudo en la garganta. El aspecto deteriorado de su madre le partía el corazón. No permanecía nada de aquella mujer que lo había criado con tanto amor y cuidado. No quedaba rastro de su bonito pelo. Su piel, una vez radiante, lucía ahora seca y amarillenta, como la mostaza. Los pómulos y los ojos hundidos reflejaban la debilidad y la falta de vitalidad. Aquel aspecto cadavérico le causaba temor y tristeza a partes iguales.

—¿Has recibido alguna contestación?

Gray sabía a lo que se refería. Era la carta que había enviado al registro de adopción en busca de respuestas sobre su origen.

—No, todavía no —manifestó, sin demasiado ánimo.

Linda cerró los ojos unos segundos, agotada por el esfuerzo. Ella había estado de acuerdo

en que Gray escribiera esa carta. Quizás, solo quizás, aquella muchacha de ojos tristes que un día conoció en la cama de un hospital, mientras se aferraba a su hijo entre los brazos, tendría una familia y podría acoger a Gray.

Esperaba que así fuese por el bien del muchacho. Gray necesitaba afecto y amor. No dolor y miseria.

—Algún día, cuando menos lo esperes, ella vendrá y te dará las respuestas que buscas. Solo es cuestión de paciencia —susurró, tratando de infundirle ánimo y un poco de esperanza.

Gray no estaba tan seguro de que eso fuera cierto. Las probabilidades de obtener alguna información antes de cumplir la mayoría de edad eran escasas. Pero no quería desilusionar a su madre en sus últimos momentos.

—Sí, tienes razón —dijo Gray, solo por llenar el vacío de aquella habitación que olía a medicamentos y muerte.

—Tienes que ser paciente.

—Lo seré.

Linda intentó cambiar de postura, pero las fuerzas le rehuyeron.

—¿Sabes? La conocí el primer día que te tuve entre mis brazos…

—¿A mi madre biológica?

Linda asintió lentamente con la cabeza.

—No era más que una niña asustada. Tendría tu edad, más o menos.

—¿Estás excusándola?

—Estaba aterrorizada, Gray. Lo pude ver en su mirada.

—Lo que hizo, no tiene perdón.

Linda cerró los ojos con fuerza cuando el dolor abdominal se intensificó y se hizo insoportable.

—No la juzgues tan a la ligera, Gray. Ella nos hizo el regalo más hermoso que una mujer puede hacer a otra que no puede tener hijos. Estoy segura de que algún día se pondrá en contacto contigo y te dará sus razones.

Linda lo esperaba, lástima que la vida no le regalase unos años más para poder vivirlo junto a él.

—¿Qué te hace pensar que encontrarla y hablar con ella nos va a aclarar todo esto?

A Linda le gustó que él hablara en plural, pero lo cierto es que ella ya no estaría en este mundo cuando eso sucediera. Cerró los ojos con fuerza e impidió que las lágrimas salieran a la luz.

—La vida no es tan simple, Gray. Puede ser abrumadora y, a veces, demasiado complicada. No empieza en un punto y acaba en otro. Durante el trayecto hay curvas, cambios de sentido y obstáculos. Eso es algo que debes recordar siempre.

Gray dejó escapar un suspiro. Era duro hablar de aquello en una situación tan compleja.

Linda buscó con la mirada la ampolla de morfina que descansaba en la mesita de noche. Con esfuerzo, extendió su mano temblorosa hacia Gray.

—Ahora, necesito que me hagas un favor. —Le tomó la mano, sintiendo la calidez que irradiaba, huella innegable de vida.

—¿De qué se trata? —quiso saber él.

Ella apenas pudo separar la mano de la colcha, pero logró estirar el índice y señalar la ampolla.

—Debes inyectarme morfina, Gray. Ya no puedo soportar más el dolor —susurró con

tristeza.

Gray apartó la mirada hacia el frasco de cristal, sintiendo un nudo en el estómago. Sabía que debía enfrentarse a la realidad y asumir su papel en los momentos más difíciles de su madre.

—Eso suele hacerlo Rachel —dijo el muchacho, haciendo referencia a la enfermera que se encargaba del cuidado de su madre.

Linda asintió, como si lo que acababa de decir Gray tuviera sentido.

—Rachel aún tardará un par de horas en venir y yo no creo que pueda soportar mucho más este dolor. Por eso, quiero que lo hagas tú.

De pronto abrió mucho los ojos, sabiendo lo que implicaba su petición. Había mantenido muchas conversaciones con Rachel a lo largo de las últimas semanas para entender lo que le estaba pidiendo su madre.

—Mamá, yo no puedo…

Ella, con las pocas fuerzas que aún poseía, agarró la mano de su hijo antes de que la retirara.

—Por favor… —suplicó con voz débil y desesperada.

—¡No puedo! —repitió Gray con voz temblorosa y los ojos anegados de lágrimas.

—Sé que te pido demasiado… —Linda tosió por el esfuerzo, pero su pecho apenas se movió.

Gray desvió la mirada hacia el frasco de morfina. Sabía que esa pequeña cantidad podría matar a su madre.

—No puedes pedirme algo así.

—No, no debería hacerlo… Lo siento, cariño —murmuró con tristeza, comprendiendo la carga que había puesto sobre los hombros de su hijo—. No sé en qué estaba pensando, perdóname.

—No te enfades.

—No, claro que no. No tengo derecho a pedirte algo así. Dime, ¿cómo va el *hockey*?

—Bien. Mejor que nunca.

—¡Cuánto me alegra escuchar eso!

Pasaron los minutos en silencio, solo escuchando la suave y débil respiración. Su madre sufría y ella le había escogido a él para terminar con aquel tormento. Estiró el brazo y agarró la ampolla. Contempló minuciosamente aquel frasco de cristal. Era cierto lo que afirmaban, que el veneno se guardaba en envases pequeños. Dirigió la mirada hacia su madre y pudo ver el sufrimiento reflejado en su rostro. Con profundo disgusto, tragó saliva. En el fondo sabía que no tenía escapatoria. Era muy consciente de lo que debía hacer.

Con los ojos llenos de lágrimas, introdujo la aguja de la jeringuilla en el extremo de la ampolla. A continuación, movió el émbolo y succionó la sustancia. Después, sin pensar demasiado, lo inyectó en la vía.

—Gracias, Gray —susurró Linda, sin apenas voz—. Te quiero.

Gray asintió con tristeza.

En ese pequeño rincón de la habitación, la serenidad de Linda llenó el espacio, dejando una huella eterna. El tiempo pasó y, al final, Linda cerró los ojos y dejó de respirar. Gray, con el corazón roto, besó su frente y se levantó despacio de la cama, abrumado por la mezcla de dolor y alivio que inundaba su ser. Las lágrimas continuaban brotando de sus ojos, pero también sentía una extraña sensación de liberación. Sabía que había cumplido con el último deseo de su madre, aunque eso significara enfrentar el desafío más duro de su vida.

Mientras miraba a su alrededor, los recuerdos de su infancia y de los momentos compartidos con su madre lo abrazaron con fuerza. Cada risa, cada abrazo, cada consejo quedaron grabados en su memoria para siempre.

—Te quiero, mamá —susurró, dejando que sus palabras se perdieran en el aire.

***

El cementerio, a pesar de que el mes de julio estaba llegando a su fin, emanaba una sensación fría y sombría. Harper observaba cómo Dave arropaba a Gray y le dedicaba palabras reconfortantes frente al ataúd de su madre. Se sentía un poco culpable por no ser ella quien lo abrazara. Pero en cambio, se encontraba en el extremo opuesto del camposanto, sola, como una simple espectadora.

La gente hablaba maravillas de Linda Donovan. Según se decía, había sido voluntaria en la iglesia, en el museo donde se contaba la historia colonial de Midway y también en el colegio. Además, era una de las organizadoras del festival de invierno. Linda había sido una mujer activa y luchadora hasta el final de sus días.

Permaneció en silencio, observando a la gente. La tristeza que embargaba a Gray, la hizo suya. Era tarde para pensar en ello, pero deseaba haber tenido la oportunidad de hablar con Linda, intercambiar impresiones. Sin embargo, la muerte se le había adelantado antes de que pudiera hacerlo.

Sus ojos se posaron en un hombre que miraba el ataúd sin pestañear. Jules le había mencionado que se trataba de Frank Donovan, el esposo de Linda. Con la cabeza baja, cansado y quizás demasiado abrumado por la tristeza para recibir las condolencias, ni siquiera parpadeó cuando el sacerdote mencionó su nombre.

De repente, Harper se sobresaltó al percatarse de la presencia de Jules a su lado.

—¿Te encuentras bien? —le preguntó preocupada.

—Sí, solo estoy observando.

—Debe de ser difícil —comentó Jules con pesar, mirando a Gray.

—Más de lo que te imaginas.

Jules entrelazó su brazo con el de su amiga. Su hermano abrazaba a Gray y el equipo de *hockey* había formado una muralla humana a su alrededor.

—Es un gran hombre —dijo Jules, refiriéndose a Dave.

Harper estuvo de acuerdo.

—Adora a esos chicos más de lo que se imagina.

—Sí, es cierto. Aunque las cosas podrían cambiar a partir de ahora.

—¿A qué te refieres? —quiso saber Jules.

—Dios sabe cómo reaccionará Gray a la muerte de Linda.

Jules se percató de la dificultad de pronunciar la última palabra.

—Es un chico fuerte.

—Eso espero —repuso Harper, sin mucha convicción.

En las últimas semanas, había tenido la oportunidad de conocer un poco más a Gray. Había algo en él que le preocupaba, parecía triste y ajeno a todo lo que le rodeaba.

No había logrado conectar con él y la entristecía.

En cierta manera, sentía que había fracasado.

Observó cómo Miller se acercaba a Gray, pero en lugar de mostrar condolencias, parecía

más un gesto de protección. Sin embargo, Gray lo evitó y se aproximó aún más a Dave. En ese momento, Harper lo supo. Había algo entre Miller y Gray.

De repente, Jules se alejó rápidamente. Se dobló en dos detrás de una columna y después de varias náuseas consecutivas, vomitó.

Preocupada, Harper se acercó corriendo a su amiga.

—¿Estás bien?

Jules intentó responder, pero otra oleada de náuseas se lo impidió. Harper le frotó la espalda y sostuvo su cabeza cuando volvió a vomitar.

—¡Dios, no podía haber elegido peor momento! —exclamó Jules, entre náusea y náusea.

—Nadie dirá nada.

—Claro que sí, Harper. Estamos en un cementerio.

Harper miró a un lado y luego a otro. No había nadie alrededor; solo la voz del sacerdote se oía por encima de las náuseas de Jules.

—¿Qué ocurre, Jules? —preguntó Harper, intranquila.

Su amiga se incorporó y con ayuda de un pañuelo se limpió la boca. Jules tenía los ojos brillantes y la cara roja por el esfuerzo.

—Estoy embarazada.

—Eso es…

—No es maravilloso, Harper. Así que, ahórrate tu entusiasmo —comentó con la garganta dolorida—. Matt se marchará en breve a otra misión.

Harper lamentó oír eso. Sabía muy bien lo que sufría Jules cada vez que Matt se ausentaba y la dejaba sola con los niños.

—Ven aquí. —En ese momento, Harper abrazó a Jules con ternura, comprendiendo la complejidad de la situación—. ¿Lo sabe él?

Jules se apoyó en el hombro de Harper, dejando escapar un suspiro cansado.

—No, y será mejor que siga siendo así —respondió, mirándola de forma desafiante.

—¿Por qué?

—Porque cuando esté ahí fuera en peligro, no deseo que nada le distraiga, necesito que todo siga igual. No quiero leer su carta de despedida después de que dos extraños llamen a mi puerta a una hora intempestiva para notificarme su muerte. No podría soportarlo —confesó mirando el ataúd donde descansaba el cuerpo de Linda.

—Pero…

—Nada de peros, Harper —insistió Jules—. Yo te guardo un secreto, tú me guardas otro. Es lo mínimo, ¿no crees?

—De acuerdo —claudicó Harper—. Quizás quieras sentarte.

—No, estoy bien. Es mejor que me vaya, Matt está en casa con los niños y le dije que no tardaría. —Sus ojos se nublaron a medida que hablaba—. No quería dejarte sola en estos momentos.

—Oh, Dios, Jules. Gracias. —La abrazó, sintiéndose aliviada de tener a su amiga a su lado—. ¿Cuándo se va?

Jules tardó en responder unos segundos.

—Dentro de una semana.

—Lo siento.

—Yo también —confesó alicaída.

Lloró porque tenía miedo. Luego se acurrucó contra Harper y dejó que la tristeza se

escapara.

—Prométeme que no le dirás nada a Matt. Ya solucionaré todo esto cuando regrese.

—Te lo prometo —aseguró Harper seria.

—Ni tampoco a mis padres ni a Dave.

—Tienes mi palabra.

—Eso está bien, porque sé que nunca romperías una promesa —comentó Jules más tranquila.

Harper observó cómo Jules se alejaba con la mano sobre el estómago. Sin embargo, algo en esas palabras resonó en su interior. Recordó una promesa que había roto, una promesa que había hecho a su hijo recién nacido. La culpa y el pesar se apoderaron de ella mientras reflexionaba sobre su error.

El murmullo de la gente llamó su atención y volvió la mirada hacia el cementerio. Ya casi no quedaba nadie. Dave y los chicos tampoco estaban presentes. En aquel escenario lúgubre y gris, a pesar del sol brillante en el cielo sin una sola nube, solo quedaban dos hombres frente al ataúd. Frank Donovan, destrozado por el dolor, asentía ante las palabras de consuelo del sacerdote.

Cuando el religioso se dirigió hacia la puerta con su Biblia en la mano, Harper dudó unos segundos, pero al final decidió acercarse. El hombre giró la cabeza al escuchar los pasos y la miró con los ojos entrecerrados, como si intentara recordarla de algún momento de su vida.

—¿La conozco? —preguntó con voz entrecortada.

—No, creo que no. Soy Harper Foster. —Y era cierto, no lo recordaba—. Siento mucho lo de su esposa.

—Gracias. Era una gran mujer, ¿sabe?

—Sí, lo sé.

Frank Donovan, complacido por la respuesta, asintió resignado.

—No pude estar con ella en sus últimos momentos, pero Gray sí —murmuró con los ojos fijos en el ataúd—. Cuando llegué a casa, el chico estaba destrozado. Lloraba y gesticulaba como si hubiese perdido la razón.

—Es comprensible, era su madre —dijo Harper, con el corazón en un puño.

—Sí, era su madre. Pobre muchacho. No sé qué haremos sin ella.

Harper abrió la boca para decir algo, tomó una profunda bocanada de aire y la cerró sin emitir ni una sola palabra.

Frank, enredado en su propio silencio, giró la cabeza de nuevo y se fijó en aquella mujer morena, menuda, de ojos grandes y con el pelo ni corto, ni largo, que no le era del todo desconocida. Le recordaba a alguien, pero no sabía a quién. Frunció el ceño, tratando de recordar dónde la había visto antes.

—¿Está segura de que no la conozco?

Harper, visiblemente incómoda, negó con la cabeza.

—Quizás de otra vida —dijo ella.

Frank Donovan ni siquiera se inmutó ante su respuesta. Se le quedó mirando fijamente, como si le urgiera ubicarla en algún momento de su existencia.

—¿Conocía a mi mujer?

—Lo cierto es que me habría gustado, pero no. Al parecer llegué tarde —dijo Harper con pesar.

El hombre asintió, como si comprendiera.

—Aun así, esa mirada. Esos ojos, los he visto antes…

—Tengo que irme, señor Donovan. Mi más sentido pésame —murmuró Harper, dando un paso atrás, al tiempo que dirigía la mirada al ataúd.

—Gracias por venir —se despidió el hombre.

—Gracias a ustedes, señor Donovan.

Harper se dirigió hacia la puerta del cementerio, consciente de la mirada del hombre clavada en su espalda. Apretó con fuerza el asa de su bolso y aceleró el paso. La brisa de la tarde agitaba las ramas de los árboles, los únicos testigos de aquel espacio de sombras y almas perdidas. En ese momento, el pasado y el presente se entrelazaron, anegándole las lágrimas en la garganta. No había enterrado a un hijo, pero lo había perdido para siempre.

La madre de Gray no era ella, era Linda Donovan.

La realidad la abofeteó con fuerza. Se limpió las lágrimas con el dorso de la mano y apresuró el paso. Salir de allí no era un deseo, era una necesidad.

CAPÍTULO 20

Harper, con las manos en el regazo, observaba a través de la ventanilla del Tesla el paisaje que se abría en sus ojos. Gray y ella no habían coincidido en la pista y a ella le preocupaba, pero no sabía cómo afrontar la situación.

Si iba a su casa podría volver a encontrarse con Frank y estaba segura de que de ese encuentro saldrían preguntas cuestionables. No tenía el móvil de Gray; así que tampoco le podía llamar o enviar un mensaje.

—Quiero que me des tu opinión.

—¿Sobre qué?

—Bueno, ya lo verás —respondió él.

Seguía deseándola con la misma intensidad, no podía dejar de sentirse atraído por ella.

Harper profirió un suspiro cuando alejó sus pensamientos y se fijó en Dave. Tenía las manos en el volante, una tenue sonrisa se dibujaba en sus labios y la miraba con curiosidad.

—¿Estás bien?

Ella bajó la mirada a su regazo.

—Pensaba en Gray.

Dave frunció el ceño.

—Con el tiempo, lo superará.

—Sí, eso es cierto.

En ese instante, Dave frenó y ella levantó la mirada. A través del parabrisas pudo ver una bonita casa al lado del lago. Parecía sacada de un cuento, rodeada de árboles y arbustos y coronada por un intenso cielo azul, sin nubes.

—¿Qué te parece?

Ella se giró en el asiento y lo miró. Había algo en los ojos de Dave que le hizo ponerse en alerta.

—Dave, tengo que decirte algo.

—Sí, pero ahora no. Tengo que enseñarte la casa.

Él abrió la puerta del coche y salió. Se dirigió a la puerta de Harper y la abrió también.

—Es importante —dijo ella, cuando Dave le ofreció la mano.

—Sea lo que sea, puede esperar. Ahora quiero mostrarte la casa y que me des tu opinión.

Ella aceptó su mano y salió del coche con la mirada fija en la de él.

—¿De quién es esta casa?

Una tonta sonrisa de orgullo se apoderó de Dave.

—Mía.

Ella lo examinó con los ojos muy abiertos.

—¿Tuya?

—Creí que ya tenías una casa.

—Cierto, pero la he vendido. —Tomó su mano y, a continuación, cerró la puerta del Tesla.

—¿La has vendido? ¿Cuándo? —preguntó sorprendida.

—Hace un par de semanas.

—Era demasiado grande. Siento que no tuvieras oportunidad de conocerla; pero tu empeño por no salir del apartamento tiene su precio.

Ella pasó por alto el comentario. Era cierto, no había querido conocer la casa de Dave, porque no quería más complicaciones, ni involucrarse en la vida de él.

La casa quedaba oculta tras unos grandes árboles cuyas ramas acariciaban la fachada creando una atmósfera de misterio y encanto. La pasarela de madera, que daba acceso al lago cercano, estaba agrietada y rodeada de juncos y arbustos verdes y robustos, lo cual añadía un halo de enigma al lugar. A pesar de su estado, la pasarela conservaba cierta belleza rústica.

Las escaleras que conducían al porche de la casa necesitaban algunos retoques, mostraban señales del paso del tiempo. Sin embargo, Harper no se detuvo ante estas pequeñas imperfecciones. Siguió avanzando con determinación, sus pasos resonando en el crujir de los cuatro escalones bajo sus pies.

El rostro de Harper se suavizó, haciendo que Dave se sorprendiera a medida que veía cómo la boca de ella se curvaba en una sonrisa y su mirada se volvía más profunda y oscura. Estaba preciosa con aquel minivestido de tirantes azul, de flores blancas, que dejaba al descubierto sus bonitas piernas.

Finalmente, llegó al porche y su mirada se llenó de satisfacción al contemplar lo que se encontraba frente a ella. Desde allí se podía ver el lugar donde habían hecho por primera vez el amor. Observó con rostro inexpresivo a Dave y él rio ante su gesto.

—¿En serio?

—Bueno, lo cierto es que me encanta.

Entonces, ella sonrió a Dave y a aquel lugar que siempre permanecería en sus memorias.

Acarició la rugosa barandilla. El porche, aunque necesitaba una mano de pintura, revelaba su esplendor pasado. Las columnas de madera tallada exhibían detalles intrincados, mientras que las sillas de mimbre y la mecedora invitaban a disfrutar de la serenidad del entorno. Unas cortinas de encaje ondeaban suavemente al compás del viento, añadiendo un toque romántico al escenario.

—Y, bien, ¿qué te parece?

—Es una casa preciosa, Dave —dijo sintiéndose atraída por la belleza nostálgica de aquel porche.

—Sabía que te gustaría —afirmó al tiempo que subía los peldaños que crujían a su paso —. La escalera necesita unos retoques. Bueno, la casa en general. Pero supongo que Matt me echará una mano.

Harper pensó en Jules, en su embarazo, pero decidió guardar silencio al respecto. Siguió a Dave mientras este sacaba una llave del bolsillo y la introducía en la sencilla cerradura de la puerta de la casa. El crujido de la cerradura al abrirse resonó en el aire, y un suave olor a humedad y abandono invadió sus sentidos.

—Vamos, entra. Hay muchas cosas por hacer, pero solo se necesita tiempo y paciencia.

Harper asintió, aunque en su interior sabía que el tiempo y la paciencia eran justo lo que le faltaba en ese momento. Los últimos dos días, había estado contemplando seriamente la idea de marcharse de Midway. Era un pensamiento recurrente que seguía sin tomar forma del todo.

Mientras cruzaba el umbral de la casa, Harper se sintió inundada por una mezcla de incertidumbre y esperanza. Observó las paredes desgastadas y los muebles cubiertos de polvo,

pero nada de eso restaba belleza a la casa.

—Es maravillosa.

—Me alegro mucho de que te guste —comentó Dave, señalando la escalera que daba acceso a la segunda planta—. Las habitaciones son espaciosas y luminosas.

Harper subió los primeros peldaños de la escalera y, de repente, se volvió hacia Dave.

—Si has vendido tu casa, ¿dónde vas a vivir ahora? —preguntó con curiosidad.

Dave se detuvo unos escalones más abajo y la miró fijamente a los ojos.

—Bueno, eso es un tema a tratar contigo —respondió pensativo—. Había pensado en mudarme al apartamento de Jules.

El corazón de Harper dio un vuelco ante una propuesta tan inesperada.

—¿Conmigo? —inquirió sorprendida.

Dave ascendió un par de escalones, acortando la distancia con ella.

—Serán solo un par de semanas, a lo sumo. Y, por supuesto, pagaré mi parte de alquiler si Jules me lo exige —explicó—. Matt tiene una misión en breve y ha insistido en ayudarme antes de irse.

—Dave, yo…

Él no le dejó terminar la frase:

—Puedo ir a casa de mis padres o con Matt, Jules y los niños. No es una imposición, Harper. Es solo el deseo de pasar más tiempo contigo —añadió, mirándola con intensidad.

Ella se envolvió a sí misma y se acarició los brazos, pensativa.

—Dave, tenemos que hablar…

—Sí, estoy totalmente de acuerdo. Pero antes necesito hacer algo. —Subió el par de escalones que los separaban, la atrajo hacia sí y la besó en la boca. Como de costumbre, estaba hambriento de ella. Su fragancia lo volvía loco y aún más cuando Harper dejó escapar un gemido. Le resultó imposible no deslizar la mano dentro del vestido y acariciar su muslo.

Sin dejar de besarla, la tomó en brazos y, mientras ascendían, percibió como el corazón de Harper latía con fuerza contra el suyo cuando Dave entró en la habitación principal y la dejó caer con cuidado sobre la cama.

Quería seducirla, no tomarla como si no hubiera un mañana.

—No quiero que vayas despacio —dijo, enroscando una pierna alrededor de su cintura—. Te quiero ahora.

El tiempo se detuvo un instante.

—Harper, quiero hacerte el amor.

Ella alargó el brazo y tiró de su cuello hasta que la boca de Dave estuvo a pocos centímetros de la suya. Con la otra mano, bajó la cremallera de su pantalón y el calzoncillo, agarró su duro y potente miembro viril y lo estrujó con los dedos. Él, ante el íntimo contacto, echó la cabeza hacia atrás y gritó de puro placer.

—No creo que estés en condiciones de negociar —murmuró contra su boca, mientras su mano recorría su miembro con la mano.

—¡Joder! —Dave tragó saliva, bajó la cabeza y clavó sus ojos en ella—. Esto es jugar sucio, Harper.

Las comisuras de los labios de ella se curvaron hacia arriba de forma lenta y perezosa mientras sus ojos adoptaban un brillo juguetón. Separó las piernas y él dejó escapar un graznido grave de placer cuando sintió las caricias que recorrían su pene. Estaba demasiado cerca del clímax. Sin demorarse un segundo, introdujo la mano bajo su vestido y le arrancó el pequeño

tanga. Pudo sentir lo húmeda que estaba y eso hizo que apretara su lengua con la suya. Le acarició el sexo y, acto seguido, su clítoris. Aumentó la presión, lo suficiente para que ella cerrara los ojos y dejase escapar un jadeo entrecortado.

Un deseo intenso se apoderó de ella. Podía escuchar retumbar los latidos de su corazón contra su pecho. Podría ser la última vez que estuviera con él y necesitaba sentirlo muy dentro de ella.

La intensidad de su mirada, lo dejó sin aliento. Dave la besó de una forma profunda y apasionada. El beso fue exigente, duro y frenético.

—Fóllame, Dave.

—¡Maldita sea, Harper! No podrás salirte siempre con la tuya.

Le separó un poco más las piernas y, sin ningún tipo de reparo, apartó la mano de ella, y metió la punta de su pene y empujó con fuerza.

Harper sintió la profunda embestida y jadeó. Estaba completamente poseída por él, con el peso de su cuerpo la mantenía atrapada en la cama, mientras él entraba y salía de ella.

—Llevo dos puñeteros días duro como una piedra y soñando con esto —murmuró contra su boca, antes de besarla de nuevo.

Harper no pudo hablar, porque empezó a sentir el orgasmo. Se mordió el labio inferior mientras Dave salió de ella para empujar con más fuerza.

—¡Vamos, Harper! Es esto lo que querías, ¿no? —preguntó jadeando en su cara—. ¡Córrete!

La fuerza del orgasmo hizo que se estremeciera y que perdiera por completo el control de su cuerpo.

—Joderrr —rugió él cuando se liberó.

Las fuerzas le fallaron y se dejó caer contra Harper. El silencio se instauró en la habitación de una manera que se hizo incómodo para ambos.

—¿De qué querías hablar? —preguntó él contra la almohada, con la respiración entrecortada.

Ella cerró los ojos para no dejar salir las lágrimas.

Acababa de tomar una decisión y esperaba que fuera para bien.

—De nada, no era importante —murmuró contra su cálida y sudorosa piel.

—Estupendo, entonces, ¿mañana cenarás en casa de mis padres? —Dave se incorporó lo suficiente para ver su rostro.

La expresión de ella hizo que Dave arqueara una media sonrisa.

—¿Eso es un sí o un no? —preguntó él, ansioso.

—Un tal vez —respondió Harper.

***

Gray estaba desesperado, consumido por la rabia y la culpa que le carcomían el alma. Hundió su rostro entre sus manos temblorosas, arrodillado junto a la cama vacía.

—Lo siento, mamá. Lo siento tanto. No debí hacerlo, no debí…

Pero el vacío persistía, sin respuesta ni consuelo. Gray retiró sus manos y permitió que las lágrimas fluyeran por sus mejillas. Su mirada se deslizó por la habitación, revelando la escasez de medicamentos, la falta de oxígeno y los batidos hiperproteicos. Todo lo que quedaba era una cama vieja, una colcha limpia y una atmósfera desprovista de vida.

A pesar de las palabras reconfortantes del entrenador y de sus compañeros, la culpa seguía martillando su mente. Se sentía responsable de la muerte de su madre, por no haber sido capaz de proporcionarle todo lo que necesitaba en vida. La impotencia y el remordimiento se mezclaban en su interior, creando una tormenta de emociones insoportables.

Se sentía perdido y desolado, sin saber cómo lidiar con la carga aplastante de la culpa. Las palabras de consuelo de la gente parecían vacías y sin sentido, incapaces de calmar el dolor que lo atormentaba. Anhelaba desesperadamente tener la oportunidad de retroceder en el tiempo, de corregir sus errores y tomar decisiones diferentes.

Quería volver a ver a su madre, abrazarla y decirle cuánto lo sentía.

Escuchó el portazo de la puerta principal y su corazón se aceleró. Sabía que ese sonido no traía nada bueno. Desde la planta de arriba, escuchó los pasos tambaleantes de su padre y el sonido de su cuerpo chocando con el paragüero.

¡Mierda! —exclamó Gray mientras salía apresurado de la habitación y cerraba la puerta tras de sí.

Sentía que no había escapatoria, lo sabía demasiado bien. Desearía que su madre estuviera allí, para que al menos el daño fuera menor. Estaba a punto de bajar las escaleras cuando su padre levantó la mirada y señaló con el dedo hacia arriba.

—Tú, pequeño bastardo. ¡Tú la mataste! Conté las ampollas de morfina una a una y no salen las cuentas —gritó su padre, tambaleándose de nuevo debido a la tasa de alcohol en su sangre—. Vi a Rachel y me aseguró que ella no estuvo con tu madre en el momento que murió.

Gray lo observó en silencio durante unos segundos interminables.

—¡Estás borracho! —exclamó, luchando por mantener la calma.

—Borracho, ¿yo? —Su padre se señaló con el dedo, negando la evidencia—. Nooo… solo he bebido un par de cervezas.

—Yo diría que más de un par —comentó Gray con voz temblorosa.

—¡Serás desagradecido! —exclamó su padre, enfurecido—. Así es como nos lo pagas a tu madre y a mí, después de haberte dado un hogar y poner un plato de comida en la mesa.

Las palabras de su padre atravesaron el corazón de Gray, aumentando su sensación de culpabilidad. El alcohol le nublaba el juicio y alimentaba su ira de una manera atroz.

—Podríais no haberlo hecho —respondió Gray con voz temblorosa, tratando de no expresar su frustración.

—¡Ja! Esa es buena. Si no lo hubiéramos hecho, ¿dónde cojones estarías ahora?

Gray se dio cuenta de que continuar con esa discusión solo empeoraría las cosas, así que se esforzó al máximo por no complicar aún más la situación.

—Vete a la cama, papá —sugirió con tranquilidad, tratando de calmar los ánimos.

—No iré a ninguna parte, ¿me has oído? Estoy hablando contigo.

—Yo no quiero escucharte —respondió Gray, comenzando a bajar los peldaños poco a poco.

—¿No quieres escucharme? —preguntó su padre, elevando la voz.

—No, no quiero —aseveró Gray con firmeza, decidido a no permitir que las palabras hirientes lo afectaran más de lo necesario.

—Desagradecido, hijo de puta. Porque eso es lo que eres, ¿lo entiendes? —gritó, tras varios insultos más—. Eres un hijo de puta. Tu verdadera madre te abandonó a tu suerte.

Gray tragó saliva, alcanzando el último escalón.

—No quiero escuchar más, será mejor que me vaya…

—Sí, buena idea. ¡La mejor que has tenido en años! —exclamó, tambaleándose, a punto de perder el equilibrio—. Vete, y no vuelvas nunca más.

—De acuerdo —murmuró Gray, lleno de rabia y dolor.

—¡No vuelvas! ¿Me has entendido? —exclamó, aferrándose a la camiseta del joven.

Gray se zafó del agarre con todas sus fuerzas. El aliento de su padre impregnado de alcohol y el sudor adherido en su camisa le hizo retroceder.

—¡Déjame en paz! —Lo empujó con fuerza, pero no logró derribarlo al suelo—. ¡No vuelvas a tocarme!

Frank Donovan sonrió de tal manera que a Gray lo asustó. Lo apartó de nuevo y se dirigió a la puerta.

—¡Te quiero fuera de mi casa ya mismo! —exclamó su padre, ebrio y fuera de sí.

Gray se aferró al picaporte con fuerza.

—Necesito mi ropa, mi equipo de *hockey*…

—No te llevarás nada de aquí. ¡Nada! Todo eso es mío, lo he pagado yo con mi dinero…

Con el corazón latiendo desbocado en el pecho, Gray luchó por mantenerse firme mientras forcejeaba con la puerta. Finalmente, con un último esfuerzo, logró abrirla apenas lo suficiente para escapar.

—¡Lárgate de una puñetera vez!

Ya en la calle, Gray no pudo más que llorar. El reloj del móvil marcaba más de las once de la noche y todo a su alrededor estaba en silencio. Desvió la mirada y descubrió frente a él a Miller que lo observaba con una expresión de asombro y con las manos en los bolsillos.

Para Gray la visión de Miller fue como una tabla de salvación en medio de su desolación. Sin pensarlo dos veces, corrió hacia él y lo abrazó con fuerza.

Sintió cómo las reconfortantes manos de Miller le acariciaban la espalda, brindándole un poco de calma en medio de la tormenta.

—Estaba preocupado y no podía dormir. Necesitaba saber cómo estabas —murmuró Miller muy cerca de su oído.

CAPÍTULO 21

Dave creyó escuchar el incesante goteo de mensajes en su móvil, pero a los pocos segundos el sonido se detuvo y él cayó de nuevo en un sopor apacible. Estiró el brazo y sintió el cálido cuerpo de Harper a su lado, era más que suficiente recompensa para dejarse llevar de nuevo por el sueño.

Harper, con los ojos abiertos, se preguntaba qué era aquel sonido persistente. Levantó la cabeza de la almohada y siguió el tono constante. Aunque aún adormilada, se percató de que la pantalla del móvil de Dave brillaba sobre la mesita de noche.

—Dave.

—Mmm…

—Dime, ¿cómo ocurrió? —preguntó, señalando su nariz.

Él sonrió con los ojos cerrados.

—Soy un hombre al que le gusta la acción.

Ella sonrió ante su respuesta.

—Imagino que debió de dolerte.

—Más de lo que crees. —Fue su contestación.

Abrió los ojos y la observó. ¿Cómo podía ser tan hermosa? Estaba locamente enamorado de ella y no sabía cómo sentirse al respecto. El miedo seguía ahí, muy presente. Tragó saliva y, después de unos segundos, respondió:

—Dos compañeros tuvieron un encontronazo y yo decidí hacer de árbitro.

—Veo que te llevaste la peor parte —dijo ella, riendo contra la almohada.

—Así es. —Él le devolvió la sonrisa.

—¿Por qué se peleaban?

—Por una chica —reconoció, cerrando de nuevo los ojos.

—Y, al final, ¿por quién se decidió la chica?

—Por mí.

Harper apoyó la espalda contra el colchón y suspiró con la mirada clavada en el techo. Debía haber esperado esa respuesta.

El móvil de Dave vibró de nuevo sobre la mesita de noche.

—Tu móvil parece un ovni a punto de tomar tierra. —Al ver que él no se movía, se acercó y le dio un rápido beso en los labios—. Podría tratarse de algo urgente.

Fuera lo que fuese, Dave no se inmutó lo más mínimo. Harper se rio suavemente y observó la habitación sumida en penumbra. Era un espacio amplio y rebosante de posibilidades. Se imaginó las paredes pintadas en un suave tono azul, con muebles de olmo, una alfombra de textura mullida en color blanco y una cama vestida con tonos ocres, adornada con numerosos cojines.

«Deja de soñar. Nunca verás el resultado final», pensó.

Levantó de nuevo la cabeza de la almohada y se fijó en que la pantalla del móvil de Dave no dejaba de brillar. Se acercó a él y posó sus labios en los suyos. Eran delicados y nada apremiantes. El beso solo duró unos segundos, pero antes de retirarse, él dejó escapar un gemido grave, largo y profundo y antes de que ella se alejara, la agarró con fuerza de la nuca. Y durante un instante, el beso pasó de ser sutil a apasionado, desenfrenado y casi amenazador.

A Harper comenzó a invadirla una oleada de deseo y excitación, que solo podía ser extinguida de una manera. Dave pareció averiguarlo porque ella sintió sus grandes manos deslizarse por debajo de sus muslos para levantarla y sentarla a horcajadas sobre él. Harper ahogó un grito de sorpresa cuando el teléfono comenzó a sonar desde la mesita. Se frotó los ojos y alcanzó el teléfono. Desbloqueó el dispositivo y vio que tenía varios mensajes sin leer.

—Joder, sea quien sea, lo mataré.

—¿Qué hora es? —preguntó Harper.

—Las cinco y media.

—Deberías contestar, podría ser importante.

Desde ese ángulo, la visión de Dave era magnífica. Harper parecía una diosa desnuda, con sus piernas alrededor de su cintura.

Miró la pantalla y después a Harper.

—¿Quién es? —preguntó ella, preocupada.

—Es Miller.

Dave descolgó y escuchó atentamente unos segundos, que a Harper se le hicieron eternos. La expresión que mostraba su rostro, oscurecido por una barba incipiente, era una mezcla de confusión y perplejidad.

Cuando Dave colgó, miró a Harper y tragó saliva.

—Tengo que irme.

—¿Qué ocurre? —inquirió ella, al percatarse del ceño fruncido.

—Algo sucede con Gray.

Harper se detuvo por un instante.

—¿Qué le pasa?

—No lo sé. Tengo que ir a la pista —respondió Dave.

—Voy contigo —dijo Harper, saliendo de la cama y vistiéndose a toda prisa.

***

A Frank Donovan le dolía la cabeza y cada músculo de su cuerpo, pero el dolor no era tan intenso como el abrumador vacío que sentía por la pérdida de su esposa, Linda. No poder volver a verla nunca más era algo que no podía soportar. Se dejó caer pesaroso en uno de los sillones de la sala y, abrumado por la tristeza, se echó a llorar desconsolado, como lo haría un niño desvalido en busca de consuelo.

La necesitaba desesperadamente. Pero esa necesidad no se la traería de vuelta. Desde el mismo momento en que supo la noticia de su cáncer, él cayó de forma irremediable en la trampa del alcohol.

Se pasó la mano por su grasiento pelo con gesto desesperado. Estaba seguro de que Gray había tenido algo que ver con la muerte de Linda. No lo podía probar, pero lo intuía, Rachel había sido muy clara al respecto. Con manos temblorosas, agarró uno de los álbumes que estaban sobre la mesa. Pasó sus páginas como hipnotizado, como si aquella mujer que estaba en las fotografías fuera un espejismo de una vida pasada y mucho mejor. Al pasar a la siguiente página, se detuvo y se fijó en una de las fotos. Era antigua, de cuando Gray no era más que un bebé. Lo sostenía una joven de mirada triste y aletargada.

Esa mirada la había visto antes, estaba seguro de haberla visto antes. De repente cayó en la cuenta de quién era: era la madre biológica de Gray. Recordó claramente aquel día en el que se hicieron cargo del pequeño y fue minutos antes cuando vio a esa mujer.

Esos ojos, esa mirada… Frank no podía creerlo. Aun con la mente entumecida por el alcohol supo que era ella, la misma mujer que había visto en el cementerio. La conexión parecía improbable, pero al observar de nuevo la foto, no había duda alguna.

—Joder… Sí, es ella.

A pesar de que sus ojos estaban nublados por el coñac, no podía negar la evidencia.

Se levantó rápido del sofá y se dirigió apresurado hacia la puerta. Antes de llegar a ella, tropezó dos veces, pero finalmente consiguió su objetivo.

—¿Qué cojones he hecho? —se preguntó, sintiendo una oleada de remordimiento—. Linda debe de estar revolviéndose en su tumba.

***

Cuando llegaron Dave y Harper, Gray y Miller estaban sentados en las gradas. Los muchachos llevaban tiempo distanciados y, al verlos juntos, Dave supuso que la situación era seria.

En su lista de tareas, la prioridad era hablar con ellos, pero la muerte de Linda había llevado a Dave a posponer la charla.

Harper lo siguió, su mirada buscó a Gray y el corazón se le cayó a los pies al ver a su hijo con la mirada vidriosa y desvalido.

—¿Qué ha ocurrido? —quiso saber Dave.

—Su padre lo ha echado de casa —respondió Miller.

Harper ahogó una exclamación.

—¿Le ha echado de casa? —preguntó ella, sorprendida por la noticia.

—Llegó borracho —aclaró Gray con los antebrazos apoyados en las rodillas y la mirada apagada—. Empezó a decir tonterías y me ordenó que me fuera. No me dejó llevarme el equipo de *hockey* ni ropa. No sabía a quién llamar.

Dave suspiró con fuerza. Sabía que la muerte de Linda traería problemas, pero no que ocurriera tan pronto.

Harper subió las escaleras de forma apresurada hasta llegar a Gray. Se sentó junto al muchacho.

—Lo siento tanto —dijo, acariciándole la espalda—. Quizás si hablo con él…

Gray, cabizbajo, negó con la cabeza.

—Seguirá borracho.

Harper notó que el corazón le daba un vuelco largo y profundo. Todo aquello era culpa de ella. ¿Cómo pudo haberlo dado en adopción? ¿Qué esperaba conseguir ahora?

—Lo arreglaremos de algún modo.

—No lo creo, la muerte de mi madre lo ha vuelto loco.

Harper le observó. Estaba pálido y se retorcía los dedos de las manos. Su voz reflejaba verdadera angustia.

—Baja un momento conmigo.

Miller se levantó e hizo lo que le pidió el entrenador.

—Cuéntame lo que ha pasado, paso a paso —le exigió Dave, una vez cerca de la pista.

Miller lo hizo y dio hasta el último detalle. Sin saber a dónde ir, habían optado por la pista. Allí, al menos, hacía fresco y era un lugar que les hacía sentir cómodos.

Dave observó a Harper desde su posición. Se preguntó para sus adentros qué conexión tenía ella con el muchacho. Era un verdadero misterio que él aún no había descubierto.

—¿Qué es lo último que has preguntado? —inquirió Dave, volviendo a la realidad.

—Le pregunté si al menos podía pasarse por casa de Gray a recoger su equipo de *hockey*, de no ser así no podrá entrenar.

—Haré más que eso, Miller. Hablaré seriamente con su padre —declaró Dave, cruzando los brazos y contemplando con atención al muchacho—. Ahora, dime, ¿qué ha pasado entre vosotros?

Miller pareció pensarse la respuesta, lo cual puso a prueba la paciencia de Dave.

—Hemos tenido nuestros altibajos.

—¿Puedes ser más preciso?

—Asuntos personales.

—Asuntos personales —repitió Dave, no muy convencido. Esperó unos segundos por si el chico cambiaba de respuesta, pero no fue así—. ¿Cómo le encontraste?

—Fui anoche a su casa, estaba preocupado por él.

—¡Vaya! Eso sí que es una sorpresa.

Miller lo miró con cautela.

—En la pista os repeléis y en la calle os preocupáis el uno por el otro.

El muchacho no comentó nada al respecto.

—De acuerdo, esta conversación queda pendiente. La retomaremos más tarde.

Era absurdo negarse; así que Miller asintió con la cabeza.

—Bien. —Dave dio una palmada al joven en el hombro—. Voy a hablar con Gray, espérame aquí.

Comenzó a subir los escalones de las gradas, pero una voz lo detuvo en seco.

—¡Es ella! —gritó Frank todo lo que le dio la voz.

Dave, confundido, se volvió, bajó los peldaños y se acercó al padre de Gray.

—Frank, tenemos que hablar.

—No, primero dile a ella que se vaya.

Dave miró en la dirección que Frank señalaba con su dedo tembloroso, sin entender una sola palabra. Vio cómo Harper se levantaba de su asiento con gesto afligido.

—¿Se puede saber qué te pasa, Frank? Por lo que tengo entendido, ya has dicho y hecho muchas tonterías estas últimas horas.

—No lo entiendes, Dave.

—Y, según tú, ¿qué es lo que no entiendo?

—Ella es…

—Harper Foster —explicó Dave, a punto de perder la poca paciencia que le quedaba.

—No, Dave. Ella es la madre biológica de Gray.

Gray se giró y la miró como si estuviera viendo un fantasma.

—¿Es eso cierto? —preguntó el muchacho, atónito.

Harper asintió con tristeza, las lágrimas comenzaron a brotar en sus ojos.

El chico se levantó de su asiento, como si de repente quemara.

—¿Esa es la razón por la que has comenzado a entrenarme por las mañanas? —inquirió Gray, furioso—. ¿Era una especie de acercamiento o algo así?

Ella lo miró, pero no pudo responder nada. Tenía un nudo en la garganta que la impedía hablar.

—¿Harper? —La voz de preocupación de Dave hizo que ella apartara la mirada de Gray y la dirigiera al hombre que la observaba con incredulidad—. ¿Es cierto lo que dice Frank?

Dave necesitaba saberlo. Solo había una forma de decírselo y era directamente.

—Sí —susurró.

Fue casi un murmullo, pero todos los presentes la escucharon y quedaron impactados por la noticia.

—Y, ¿cuándo pensabas decírmelo? —inquirió Gray, molesto y con lágrimas en los ojos.

—Esa es una buena pregunta —dijo Dave.

Ella tomó una bocanada de aire antes de explicarse, quizás para deshacer ese nudo en la garganta que le impedía hablar:

—Lo he estado intentando durante todo este tiempo —respondió, mirando a Gray y luego a Dave. Derrotada, a duras penas pudo tragar saliva—. Es cierto, lo he intentado.

En ese momento, apareció Matt acompañado de Jules y los niños.

—Lamentamos llegar tarde, pero cuando Miller me llamó por teléfono, Jules insistió en venir con los niños —explicó Matt.

Nadie comentó nada, se hizo un silencio sepulcral. Jules miró hacia arriba, hacia las gradas y vio a Harper hecha un mar de lágrimas. No hizo falta decir nada más para comprender la situación.

—¿Se lo has contado? —le preguntó a Harper.

—¿Tú lo sabías? —inquirió Dave, asombrado, a Jules.

—¿Saber qué? —quiso averiguar Matt.

—Que ella es la madre biológica de Gray —respondió Frank, que hasta ahora se había mantenido en un segundo plano.

Gray miraba a Harper, Harper a Dave y Jules y Matt eran meros espectadores.

Harper decidió bajar las escaleras, consciente de que era el foco de atención de todos.

—He intentado decírtelo muchas veces. De verdad, Dave.

Dave aún no podía salir de su asombro. Era evidente que Harper Foster era una caja de sorpresas.

—No son todo palabras cuando se trata de sentimientos y las vidas de las personas —dijo Dave—. Hay que tener coraje y no mentir.

—Nunca te he mentido.

—Me has ocultado la verdad, que es lo mismo —recalcó él, resentido.

—Sabes que no, pero soy su madre y como tal deseaba saber en qué persona se había convertido —explicó aturullada.

Dave la miró inexpresivamente. Harper había tenido mucho tiempo para contarle la verdad y no lo había hecho.

—No tienes derecho a irrumpir en la vida de los demás y ponerla patas arriba, Harper —expuso Dave enfadado.

—Supongo que tienes razón.

Aquella respuesta fue más de lo que pudo aguantar Dave. Arqueó una ceja con expresión de sorpresa y dijo:

—Entonces, yo estoy de sobra. Soy un entretenimiento para ti.

—Dave, por favor, no hagas todo esto más difícil —suplicó ella.

El semblante de él se endureció.

—Hasta ahora te has valido tú sola para complicar las cosas —repuso él con acritud.

Aquellas palabras dieron justo en el blanco.

Y lo peor era que Dave tenía razón. Había ido allí con un solo propósito: conocer a su hijo. Y había encontrado algo más que eso: el amor y la amistad.

En ese momento, Gray bajó los escalones, furioso, de dos en dos. Su cabeza parecía estar a punto de estallar.

—¡Yo no quiero verte nunca más! —gritó Gray, su voz estaba llena de ira y de dolor—. Tenía una madre y ella murió. Tú también estás muerta para mí, ¿entendido? —Señaló a Harper con el dedo—. ¡Lárgate y no vuelvas nunca más!

A Harper le costó respirar y tragar saliva, pero mantuvo la mirada. Se limitó a asentir con la cabeza, incapaz de pronunciar una palabra.

Bajó la cabeza y decidió escapar de allí, pero Dave la zafó por el brazo, sin importarle el respingo que dio ella ante su contacto.

—¿Te acostaste conmigo para sonsacarme información?

—Dada las circunstancias, me parece irrelevante —respondió ella.

—Para mí no lo es. Contesta a la pregunta, Harper.

Ella soportó aquella mirada furiosa e impasible. Era una cuestión de orgullo, aunque a ella le parecía que le quedaba poco orgullo o dignidad.

—No, me acosté contigo porque te deseaba. —Ella apartó el brazo en cuanto vio el destello de ira en los ojos de Dave.

Siguió sus pasos y cuando llegó a Jules la abrazó con fuerza.

—Cuídate mucho, ¿de acuerdo?

Jules asintió con los ojos llenos de lágrimas.

Se giró hacia Matt con una leve sonrisa.

—No te enfades con ella, por favor. En ocasiones, a las mujeres nos gusta hacer las cosas a nuestra manera.

Matt la miró, sin comprender.

Besó a los niños en el pelo, sintiendo un nudo en la garganta al darse cuenta de que podría ser la última vez que los viera.

Sin más preámbulos, se dirigió a la salida del pabellón. Se alegró de que nadie la detuviera.

Escuchó decir a Jules a su espalda:

—Estoy embarazada.

Un murmullo se dejó oír.

—¿Estás embarazada? —preguntó Matt, confundido—. Y, ¿cuándo pensabas decírmelo?

Harper ya no escuchó la respuesta. Sintió despedirse de aquella manera. Cerró la puerta del pabellón sin hacer ruido y respiró hondo cuando salió al exterior.

Era hora de hacer las maletas.

CAPÍTULO 22

Dave y Gray se encontraban en la cocina, sumidos en ese incómodo silencio que a veces se creaba entre ellos después de la marcha de Harper. De eso hacía casi un mes, septiembre estaba a punto de comenzar y las clases en el instituto y los entrenamientos estaban a pleno rendimiento.

La música que se escuchaba desde el exterior no lograba disipar la tensión en la cocina. Tras mucho trabajo y horas sin descanso, la casa por fin estaba restaurada y Dave había reunido a su gente, como a él le gustaba decir a la hora de referirse a sus amigos y familiares.

—¿Puedes llevar la ensalada de patatas y el pan? —preguntó Dave—. Yo sacaré las cervezas y los refrescos en un minuto.

—Sí, claro —respondió Gray, evitando cruzar una mirada con él.

Su padre, Frank Donovan, había ingresado en un centro de desintoxicación y Dave se había hecho cargo de su tutela de forma temporal. Gray se sintió culpable por ser feliz. Aunque esa felicidad no fuera completa.

No habían vuelto a saber nada de Harper y él lamentaba cada palabra que había pronunciado aquel fatídico día en el pabellón. Fue a recoger la ensaladera, pero se detuvo.

—¿Sabes algo de ella? —inquirió, refiriéndose a Harper.

Dave dejó lo que estaba haciendo y suspiró. Se apoyó contra la encimera. Apretó los puños, luchando con la frustración y el dolor que lo embargaban cada vez que pensaba en Harper. La reforma de la casa lo había tenido entretenido. Había trabajado día y noche con tal de no pensar en ella, pero no había dado resultado. Cada avance, cada decisión y detalle le recordaban a la mujer que amaba.

Dave estaba arrepentido, más de lo que nunca había estado antes, por haberla dejado marchar. Había intentado desesperadamente contactar con ella, pero había sido imposible. Cada vez que la llamaba, saltaba el buzón de voz. No sabía dónde se encontraba ni qué estaría haciendo en ese momento. Daría cualquier cosa por tenerla allí, compartiendo ese pequeño oasis que había creado a la orilla del lago.

—No, no he logrado contactar con ella —respondió Dave—. Lo siento.

Gray suspiró, sintiendo, una vez más, la carga de la culpa sobre sus hombros.

—No fuimos justos con ella —repuso, admitiendo sus errores.

—No, no lo fuimos, pero ya no podemos dar marcha atrás —confesó Dave con pesar. Su voz reflejaba una mezcla de enfado y decepción.

—¿Crees que volverá? —preguntó el muchacho con esperanza.

—No lo creo, Gray. Le hicimos mucho daño y en general nadie regresa al lugar en el que una vez sufrió. Más bien hace todo lo contrario, tiende a alejarse.

Gray asintió, haciéndose cargo de la situación. Él mejor que nadie sabía a lo que se estaba refiriendo el entrenador, por nada del mundo querría volver a su casa. Un hogar vacío, donde la tristeza y los últimos recuerdos habían enturbiado su existencia.

—He revisado sus redes sociales y no ha publicado nada.

Dave se pasó una mano por el pelo, sin saber muy bien qué decir.

—Era de esperar, ¿no te parece?

—Sí, supongo —respondió Gray, resignado.

Se quedó un momento pensativo, sabía lo que quería decir, pero no cómo.

—Quiero agradecerte que me dejes quedarme en tu casa. —Gray se aclaró la garganta—. Aprecio mucho lo que estás haciendo por mí.

Dave miró al muchacho. Se acercó al joven para darle una palmada reconfortante en el hombro.

—No es un favor, Gray.

—Lo sé —respondió el joven.

—Eso está bien, porque quiero que te dejes la piel en el hielo y estudies hasta la extenuación para ir a la universidad. ¿Has entendido?

—Sí, señor. No te defraudaré.

—De acuerdo, porque algún día os quiero ver jugar en la Frozen Four.

—Sí, eso sería un sueño hecho realidad —comentó Gray con una sonrisa.

—Otra cosa, sea lo que sea que haya pasado entre Miller y tú, quiero que lo arregléis.

Gray guardó silencio unos segundos antes de responder:

—Lo intentaré.

—Intentarlo no es suficiente, Gray.

—Sí, señor.

—¿Quieres hablar de ello?

En esta ocasión, Gray no tuvo que pensar la respuesta:

—No.

Dave sintió que no podía hacer nada al respecto y metió las manos en los bolsillos.

—Estaré aquí, por si me necesitáis.

El muchacho no pudo reprimir una sonrisa y Dave lo miró.

—Anda, lleva la ensalada y el pan. Yo saldré enseguida con las bebidas.

Gray, antes de hacer lo que Dave le pedía, recorrió con la mirada la cocina y luego al hombre que en ese momento abría un armario. El entrenador lo apoyaba y lo había demostrado con creces, dándole un nuevo hogar, un lugar en su casa.

Se dijo a sí mismo que era mucho más fácil creer en mentiras y amenazas que en promesas. Pero Dave Suvari cumplía lo que prometía. Con ese pensamiento, salió de la cocina y se dirigió al porche, donde las risas y la alegría llenaban el ambiente. Era consciente de que en esa casa se vivían dos realidades muy diferentes.

Dave sacó las manos de los bolsillos y cerró de un portazo el armario, sintiendo una mezcla de rabia y desesperación. Recordó el reflejo de cansancio, remordimiento y la tristeza en el rostro de Harper. Se dio cuenta de que no tenía ningún derecho a juzgarla, pero lo había hecho de todas formas. Eso no le permitía vivir en paz consigo mismo.

La amaba más de lo que nunca había querido a ninguna mujer.

Y, ¿qué había hecho él?

Alejarla irremediablemente de su lado para siempre.

Era un idiota.

Golpeó con fuerza la puerta del armario una vez más, canalizando su frustración.

—Si sigues así, lo lamentarás —dijo Jules al entrar en la cocina—. Podrías romper la estética de los armarios o, en el peor de los casos, fracturarte un dedo.

—No estoy para bromas, Jules.

—Eso no hace falta que lo jures —declaró ella, dejando un vaso sobre la encimera.

A Dave le importaba un rábano lo que pensara su hermana, solo veía su dolor. Ya había tenido bastante trastorno emocional las últimas semanas.

—¿Sabes algo de ella? —preguntó Dave.

A Jules le dolió ver a su hermano de esa manera, triste y con ese remordimiento que no le dejaba vivir, y no pudo evitar preguntarse si su decisión de hacerse cargo de la tutela de Gray era parte de la penitencia que se imponía a sí mismo .

—No, no responde a mis llamadas —manifestó Jules—. Lo siento, Dave.

—Supongo que lo tengo bien merecido, por no haber impedido que se marchara.

A Jules le pareció que a su hermano le faltaba mucho para recuperar su dignidad.

—No voy a decir que fue un error…

—Estupendo. —replicó Dave, sin alterarse—. Pero…

—Pero tampoco fue un acierto —aclaró Jules.

—No voy a discutirlo contigo, Jules. —Dave miró hacia la puerta con la esperanza de largarse de allí.

—De acuerdo, pero hay algo que no has tenido en cuenta —le explicó su hermana—. Harper es nuestra amiga también.

—Tú tampoco fuiste tras ella —le espetó Dave, metiendo los pulgares en los bolsillos.

—Ella conocía mi postura, tenía mi beneplácito. Y estoy segura de que no quería verme a mí, sino a ti.

Perplejo, miró a su hermana.

—¿Te atreves a juzgarme?

—No seas arrogante, Dave. Por supuesto que sí, soy tu hermana.

La respuesta no le sorprendió. Oyó el viento que batía contra las ventanas, apretó los dientes, sacó los

pulgares de los bolsillos y cargó con la caja de bebidas.

—Será mejor que salgamos, a mamá no le gusta que la hagamos esperar.

—Déjame ayudarte.

Dave no se lo permitió.

—¿Quieres que Matt me mate?

Ella sonrió.

—No es para tanto.

—Claro que sí, da la impresión de que estás hecha de algodón.

Jules sonrió abiertamente ante el comentario, era cierto. Matt se había tomado el embarazo muy en serio. Tanto era así, que había renunciado a las misiones y había aceptado un puesto de instructor en la base.

Sin embargo, Jules sentía una mezcla de alegría y culpabilidad al tocar la felicidad mientras su hermano luchaba por encontrarla.

Dave se giró hacia Jules, sosteniendo la caja llena de cerveza y refrescos, y la miró a los ojos.

—Si supieras algo de ella, ¿me lo dirías?

Jules no se tomó la molestia de fingir o evadir la pregunta. Indecisa, se mordió el labio inferior.

—¡Joder, Jules! —exclamó Dave, irritado. Dejó la caja sobre la encimera y miró a su hermana con frustración—. ¿Qué sabes?

—Ella no ha contactado conmigo —respondió Jules, rápida.

Dave intentó no perder la paciencia.

—De acuerdo. ¿Entonces…?

Jules ladeó la cabeza y le devolvió la mirada.

—¡Por el amor de Dios, Jules! Di lo que tengas que decir.

Jules dejó escapar un suspiro.

—Leí una noticia en un periódico digital…

Dave se frotó la cara con las manos antes de enterrar los dedos en el pelo.

—¿Qué intentas decirme?

Jules sacó su móvil del bolsillo trasero de sus vaqueros.

—Supongo que como he estado buscando artículos sobre patinaje artístico, me saltó este de Vancouver.

Dave le arrebató el teléfono de las manos. Sus ojos se fijaron en la pantalla y leyó rápido.

En el artículo se mencionaba que una destacada ganadora olímpica de patinaje artístico entrenaría a un equipo local en la zona. Sin embargo, solo se podía leer el titular porque el resto del artículo estaba incompleto, lo que impedía conocer el nombre de la patinadora.

A Dave se le paralizó el corazón.

—Puede que no sea ella, Dave.

—Vale la pena intentarlo, ¿no crees? —preguntó él, esperanzado.

—¿Vas a ir a Vancouver? —inquirió Jules, sorprendida.

Dave se envió el artículo a su móvil.

—Es lo mínimo que puedo hacer, ¿no te parece?

—Y, ¿si no es ella?

—Vancouver es una maravilla en esta época del año; así que no tengo nada que perder —dijo Dave, sin más—. ¿Puedes ocuparte de Gray en mi ausencia?

—Sí, por supuesto.

—Bien. Te lo agradezco.

Dave, en vez de dirigirse al porche, subió las escaleras a la segunda planta.

—¿A dónde vas? —preguntó Jules, intrigada.

—A hacer las maletas.

—¡¿Ahora?! —exclamó su hermana, confundida.

—No voy a perder más tiempo, Jules. Necesito hablar con ella.

CAPÍTULO 23

Harper aplaudió con entusiasmo y las niñas, cansadas por el intenso entrenamiento y sonrojadas por el halago, se unieron a los aplausos.

—Sois fantásticas, no lo olvidéis nunca —les dijo Harper con una sonrisa.

Los aplausos se desvanecieron en el pabellón, y Harper supo que era hora de volver a la rutina diaria. Decidió salir a dar un paseo, tal vez visitaría el refugio de animales y charlaría un rato con Sam.

Ese era su momento más especial. Los perros y gatos siempre la recibían con alegría y le pedían muy poco a cambio. Se sentó en un banco cercano y se quitó los patines. Después de guardarlos en la bolsa, la cerró con cuidado.

—Señorita Foster, me he hecho daño aquí —indicó la niña, señalando su rodilla.

Harper levantó la cabeza y le sonrió. Nancy era una niña preciosa de ojos azules. A pesar de tener solo cinco años, sobresalía entre sus compañeras más mayores. Si continuaba trabajando duro, llegaría lejos en el mundo del patinaje.

—No parece grave. Es solo un rasguño. ¿Quieres que te ponga una tirita?

Los ojos azul cielo de la pequeña se iluminaron y asintió veloz.

Harper abrió uno de los bolsillos de su bolsa y sacó varios apósitos.

—De acuerdo. ¿Cuál te gusta? —preguntó.

Los ojos de Nancy se abrieron de par en par cuando vio la imagen de Elsa, la protagonista de la película *Frozen*. Con su pequeño y regordete dedo, señaló la tirita con entusiasmo .

—¿Esta?

La niña asintió de nuevo con la cabeza.

—Muy bien. Vamos allá. —Presionó el apósito con cuidado sobre la rodilla—. ¿Te ha dolido?

—No, para nada. —Nancy acarició la tirita como si fuese un preciado tesoro—. Es muy bonita.

—Me alegro de que te guste —respondió Harper con una sonrisa.

—Nancy, te estaba buscando. No molestes a la señorita Foster, por favor.

Harper reconoció a Clark Nevin, el hombre por el que algunas madres solteras y divorciadas suspiraban a su paso. Era interesante y atractivo, pero en su opinión, también demasiado arrogante.

Ser el gallo del gallinero le tenía demasiado ocupado.

—No es ninguna molestia —dijo Harper con una sonrisa en los labios—. Nancy es un encanto de niña.

—Yo no diría tanto —comentó el padre de esta—. Es un diablillo.

La niña soltó una risilla ante el apelativo cariñoso.

Se hizo un incómodo silencio durante unos segundos, que Harper rompió con un carraspeo.

—Bueno, yo tengo que irme.

—Lo cierto… —comenzó a decir Clark—, es que me preguntaba si le gustaría cenar un día con nosotros.

Harper iba a declinar la invitación, cuando un escalofrío le recorrió la columna vertebral. Desvió la mirada a la puerta y, entonces, sintió cómo se le encogía el estómago.

Dave estaba allí, con la mandíbula tensa y la mirada melancólica.

Todo su ser se contrajo, pero en el último segundo decidió que tenía que recobrar la compostura antes de enfrentarse a él.

Hizo una mueca de disgusto que no pasó desapercibida por Clark ni Nancy.

—Bueno, no tiene que ser una cena, puede…

—Clark, por favor. No tengo por costumbre relacionarme con los padres de mis alumnas.

Clark Nevin abrió la boca y la cerró de nuevo, sin saber qué decir.

—No es una cita.

Harper, incómoda, volvió a mirar en la dirección de Dave.

—Usted y yo sabemos que no es así, pero le agradezco la invitación. Ahora si me disculpa, debo irme a

casa.

Nancy y su padre la vieron marchar, cabizbaja.

—¿Por qué no quiere cenar con nosotros?

—No importa, princesa. Ella se lo pierde. —Clark tomó de la mano a su hija, sin apartar la mirada del hombre que con gesto huraño no le quitaba ojo a la entrenadora.

Cuando el desconocido la saludó y ella le ignoró, Clark pensó que no estaba todo perdido.

Aquel hombre no parecía ser competencia.

Dave la vio acercarse. Estaba más delgada, como si eso fuese posible, y no parecía feliz de verle. No la culpaba, se había comportado como un idiota con ella. Si le ignoraba, se lo tenía merecido. Echarla cada día de menos y cinco horas y media de vuelo, no eran ningún castigo.

—¡Hola, Harper! —la saludó.

Ella no lo miró, no se detuvo. Pasó de largo y le dejó allí plantado. Ni siquiera se inmutó por el cambio de temperatura cuando salió al exterior. Echó a andar e intentó hacer desaparecer ese cosquilleo que le recorría la espalda y que le advertía que no hiciera ninguna tontería.

Por su bien, tenía que superarlo. No volvería a pasar por lo mismo otra vez, de hacerlo, no sobreviviría.

—Harper, por favor. Necesito hablar contigo —dijo él cuando la alcanzó.

—Tuviste tu oportunidad, Dave —alegó Harper, apretando el paso—. Yo creo que no tenemos nada de qué hablar.

Si lograba escapar de ese momento, cerraría esa puerta y encontraría las fuerzas necesarias para resistirse a él. Pero si, por el contrario, lo escuchaba, se pasaría las próximas horas atendiendo excusas. Quería lo segundo y, por la expresión de su rostro, él parecía saberlo también.

—Sé que no tengo ningún derecho a estar aquí.

—Es un país libre, Dave. Por supuesto que puedes estar aquí, pero no conmigo —dijo ella, llegando a la parada del autobús. Buscó en su bolso y sacó su móvil.

—Harper —suplicó a su espalda.

Ella cerró los ojos e hizo un esfuerzo titánico para no darse la vuelta.

—¿Gray está bien?

—Sí. Lo cierto es que está preocupado por ti.

Ella se resistió a volverse.

La habían expulsado de sus vidas; no tenían derecho alguno a invadir la suya.

El autobús llegó y cuando se abrieron las puertas Harper subió a él. Dave la siguió.

Harper saludó a la conductora y después pasó su móvil por una máquina que hizo su sonido característico cuando le cobró el billete. Siguió por el angosto y abarrotado pasillo de gente hasta que encontró un hueco.

Dave, sin perderla de vista, sacó de su cartera un billete. Por la mirada de la conductora, Harper supo que era de una cantidad considerable.

—¿No tiene suelto?

—No, lo siento —respondió Dave, rebuscando en los bolsillos de su pantalón.

La conductora exhaló un suspiro y se dispuso a darle el cambio, maldiciendo el tiempo que estaba perdiendo.

Harper decidió bajar la mirada al suelo. Quería detenerlo, decirle que la dejara en paz, y al mismo tiempo, abrazarlo y recibirlo de nuevo. Pero no quería volver a sentirse rechazada. Sin apartar los ojos del suelo sabía que él estaba a su lado. Su fragancia lo delataba. Cerró los ojos con fuerza para evitar que las lágrimas brotaran.

—Harper, mírame. Por favor.

Ella negó con la cabeza. Toda la gente allí reunida en un espacio reducido le impedían montar una escena. Así que, se esforzó por conservar ese escudo protector que se había impuesto nada más verlo.

—Por favor, hablemos —susurró.

Harper sintió cómo se pegaba a ella.

—Concédeme unos minutos, un tiempo contigo —le suplicó.

Ella sujetó las asas del bolso en su hombro. Si alguien le hubiese dicho esa mañana que iba a hablar con Dave, lo habría tachado de loco.

Con una mezcla de enfado, tristeza e irritación, lo miró sabiendo que era un amasijo de emociones descontroladas.

—No tenemos nada de lo que hablar; ya está todo dicho, Dave.

—Eso no es cierto y lo sabes. Solo te pido que me escuches y luego, si tú quieres, me iré.

Se quedaron en silencio bajo la atenta mirada de algunos pasajeros. Sus manos estaban tan cerca, en la barra, que casi se rozaban. Era incómodo y doloroso, así que ella giró su cuerpo hasta que el autobús frenó. Con los nervios a flor de piel y los pensamientos confusos se abrió paso entre la gente. Dave, como era de prever, la siguió, acortando la distancia entre ellos.

—¿Cómo me has encontrado? —preguntó ella, ya en la acera—. Teniendo en cuenta que rechacé cada una de vuestras llamadas y no he utilizado las redes sociales.

Él decidió ser sincero, nada de mentiras. Ya había tenido demasiadas en su breve relación, si se le podía llamar así.

—Por el artículo de un periódico.

Ella lo miró a los ojos y se dio cuenta de que decía la verdad.

—¡Maldita sea! Le pedí encarecidamente que no escribiera mi nombre en el artículo.

Recordó el día que un periodista de un periódico local se pasó por la pista para hacerle una entrevista. Ella quiso negarse, pero la junta deportiva insistió en que respondiera a algunas de las preguntas.

La divulgación de que una ganadora olímpica estuviera dando clases en Vancouver era una noticia que no se podía dejar pasar.

—No puedes volver a entrar en mi vida, cuando un día me dejaste marchar —replicó ella con firmeza.

—Lamento lo que ocurrió. Tienes razones para estar enfadada, pero necesito hablar contigo.

Ella retrocedió, sorprendida por su comentario.

—¿Sabes lo difícil que es olvidarte?

Él levantó la vista, desconcertado. Parecía inseguro ante la pregunta. Desconfiada de su mirada inquisitiva, ella le dio la espalda y comenzó a caminar.

Dave la siguió, sin saber a dónde iba. Por motivos profesionales había estado en Vancouver un par de veces. Pero en esta ocasión no había ido hasta allí para admirar el paisaje, sino para disculparse con Harper.

—Sé que no actué de forma correcta.

—No actuaste, Dave. Eso es aún peor —dijo ella, intentando parecer fuerte y segura de sí misma, cuando en realidad estaba consumida por dentro.

Él la siguió y no se dejó vencer por sus palabras ni por su pesimismo.

—De acuerdo, acepto mi culpa. Por eso he venido, quiero pedirte perdón.

Harper se giró un instante y escondió un mechón de pelo detrás de la oreja. Él se fijó en que su cabello era más largo.

—Muy bien, ya lo has hecho. Ahora vuelve por donde has venido —respondió con un nudo en la garganta —. El próximo autobús pasa dentro de veinticinco minutos. ¡Hasta nunca, Dave!

—¡Harper! —gritó él.

A pesar de la suave temperatura, la atmósfera se congeló y los rugidos de los motores se dejaron oír muy cerca de ellos. El sentimiento de culpa hizo que agarrara su antebrazo y la girara hacia él.

Ella, entre sorprendida y asustada, fijó los ojos en Dave, sabiendo que él no la dejaría ir tan fácilmente.

—Harper, no voy a marcharme.

Ella abrió la boca para replicar, para decirle que la dejara en paz, pero la angustia de sus ojos hizo que se lo pensara mejor.

—Llegaré tarde.

Él le soltó el brazo.

—¿Puedo acompañarte?

—No sabes a dónde voy —contestó ella.

—Aun así, me arriesgaré.

A Harper le ardieron los ojos al recordar todo lo que habían vivido en el pasado.

Él sintió que la perdería si no actuaba rápido.

—Gray está viviendo conmigo —dijo de repente.

Ella se detuvo en seco y lo miró con los ojos muy abiertos.

—¿Por qué? —preguntó con determinación.

—Su padre ha ingresado en un centro de desintoxicación.

Harper se quedó pasmada ante la noticia.

—¿Es grave?

—Lo suficiente para pasarse varios meses ingresado en el centro —indicó él—. Gray aún no lo sabe, pero Frank tiene cirrosis.

Harper procuró mantener una respiración lenta y constante, mientras su corazón palpitaba con fuerza contra sus costillas.

—Lo siento.

Dave sabía que ella estaba siendo sincera.

—Vivimos en la casa del lago —explicó él mientras ponían dirección a alguna parte—. Es un buen chico.

Ella no podía estar más de acuerdo.

—¿Es feliz?

—Yo quiero creer que sí, aunque ya sabes cómo son los adolescentes…

Ella, por primera vez, sonrió y el gesto en sí aligeró el corazón de Dave.

—Te echa de menos.

Ella negó con la cabeza.

—No, no lo creo. Dejó muy clara su postura. —Esperó unos segundos antes de continuar hablando—: Quiero que quede claro que no le juzgo, ni lo haré nunca.

Dave se percató de que el tono que había empleado para referirse a Gray era conciliador.

—Tras estas semanas, Gray se ha dado cuenta de que te necesita. Y cuando digo que se siente culpable por tu marcha, lo digo en serio.

Harper parpadeó mientras tomaba aire.

—Dave…

—Lo sé, te estoy exigiendo demasiado. Solo te pido que lo pienses, que vuelvas con nosotros y aclaremos esta situación que no hace feliz a nadie.

—¿Cómo está Jules? —inquirió, cambiando de tema.

—Embarazada. Pero eso tú ya lo sabías.

Ella sonrió abiertamente.

—Sí y me alegro tanto por ellos…

Dave la observó un instante, deseó abrazarla y besarla, pero sabía que eso sería un error. Razón por la cual, metió las manos en los bolsillos delanteros de su pantalón.

—Matt ha dejado las misiones y ahora trabaja como instructor en la base —comentó Dave—. En el fondo, creo que no ha sido una decisión difícil para él.

A Harper le encantó escuchar aquello. Jules debía de estar pletórica. Se sintió un poco más culpable de no haber respondido a sus mensajes ni llamadas.

—¿Y los niños?

—Encantados con la idea de tener un hermano —siguió diciendo—. Cuando nazca el bebé, será la guerra campal.

Ella sonrió de nuevo y se prometió que llamaría a Jules. Continuaron caminando en silencio unos minutos hasta que Harper se detuvo ante un enrejado de metal. Dave miró hacia arriba y leyó el letrero que coronaba la verja.

—¿Refugio de animales? —preguntó con curiosidad.

Ella inspiró hondo.

—Me gusta ser de ayuda.

Tenía que haberlo previsto, ella necesitaba amar y ser amada. Ese día iba vestida con un cómodo vaquero y un jersey enorme de ganchillo que le sentaba de maravilla y dejaba un hombro al descubierto. En ese momento, un galgo olfateaba sus Converse y ella reía.

Según le explicó la dueña del refugio, Harper iba dos veces por semana por ahí y sacaba a pasear a los perros, además de ayudar a limpiar las perreras.

Ella levantó la mano y el galgo saltó en busca de su recompensa. Harper rio y dio saltos cuando otro perro se unió a ellos.

Cuando el galgo consiguió su galleta, le lamió la cara. Harper sacó más galletas de su bolso y las repartió entre los otros perros.

Esa risa era lo que necesitaba en su vida.

No podía dejarla marchar.

Dos horas más tarde, regresaron al apartamento de Harper, que estaba cerca de la pista. No le sorprendió en absoluto la ubicación, sabía que ella siempre necesitaría estar cerca del hielo, cerca de su pasión.

De vuelta en el autobús, ella le había explicado que el refugio animal le hacía sentirse menos sola.

—Los animales no traicionan; solo te aceptan tal y como eres.

Dave meditó aquellas palabras y se quedó pensativo durante todo el trayecto.

—¿Qué pasa con ese tipo? —indagó, paseando por la ciudad.

Ella entrecerró los ojos, haciendo memoria.

—¿Te refieres a Clark Nevin?

—No sé su nombre. Estaba hablando contigo cuando llegué.

—Sí, ese es Clark.

—¿Hay algo entre vosotros? —La pregunta se le atragantó, pero tenía que estar seguro.

—No, es demasiado egocéntrico para mi gusto.

Él sonrió aliviado.

—Me alegro de que sea un egocéntrico, entonces.

Ella le devolvió la sonrisa. Las dos horas que llevaba Dave en su vida había hecho que bajara sus defensas.

—¿Dónde te hospedas?

Él le dio el nombre de un hotel y ella asintió. Sabía que el lugar estaba alejado de la zona centro.

—¿Pensarás en lo que te he dicho? —insistió él.

—Dave…

—Invítame a un café y hablemos de Gray —propuso él, decidido a no dejarla marchar.

A eso no podía negarse.

—De acuerdo. Estoy cansada y no me apetece ir a una cafetería, ¿te gustaría conocer mi piso?

—Más que nada en el mundo.

El piso de Harper era igual de pequeño que el apartamento de Midway, pero con menos luz natural. Dave conocía lo suficiente a Harper como para saber que aquel lugar no era del todo de su agrado.

—Es bonito —comentó Dave.

Ella se echó a reír.

—Tú sabes, al igual que yo, que eso no es cierto. Pero te agradezco el comentario. ¿Café solo?

—Sí, así es.

—Perfecto, pues un café solo para ti. No tengo galletas ni nada por el estilo —expuso ella, poniendo en marcha la cafetera—. No he podido ir al supermercado.

—No importa.

—Bien, así no pensaré que soy una mala anfitriona.

—Yo nunca diría eso de ti —aseguró Dave.

Ella sabía que era cierto.

Con la taza humeante, ya en la mano, Dave la miró serio.

Ella ladeó la cabeza, quizás en un intento de sondearle.

—Dilo de una vez, Dave.

Él le lanzó una mirada en la que la compasión se mezclaba con el interés.

—¿Estás segura?

—A eso has venido, ¿no?

—No, exactamente…

Ella se limitó a sonreír ante el comentario.

—Por favor, Dave…

—De acuerdo —carraspeó, algo incómodo—. Tengo algunas preguntas…

—Me parece justo —comentó ella, sentándose en el sillón.

—Todavía intento averiguar qué es lo que ha pasado, pero lo que más me molesta es la sensación de que me ocultabas algo desde el principio. Algo que hizo que se tambaleara nuestra relación.

—Cierto, te ocultaba a Gray. Así que estuve luchando por mantener ese secreto a buen resguardo —confesó ella—. Todo esto me ha llevado a darme cuenta de que no fui sincera contigo, ni con el resto. Lo que me ocurre es que me cuesta confiar en la gente y, por eso, me cuesta abrirme. Pero formar parte de vosotros me ha enseñado que puede haber gente en quien confiar.

—La hay, Harper. No lo dudes.

—Lo que compartimos fue maravilloso. No entiendo cómo no confiaste en mí —comentó Dave.

—Supongo que, por instinto, costumbre y algo que no he definido todavía.

Se quedaron mirándose a los ojos varios segundos.

—Háblame de Gray —sugirió Dave.

—Tenía quince años, yo era una niña. Mis padres no se alegraron, pero me dijeron que me ayudarían; así

que tuve al bebé. Era precioso, pero el día que nació mis padres entraron a verme y me dijeron que había una pareja que lo quería adoptar. Me aseguraron que si me lo quedaba me quitarían su apoyo, tendría que dejar el patinaje e irme de casa; así que no había mucho que pensar. Por eso, firmé los papeles —explicó Harper—. Jamás me lo he perdonado, ni a ellos. Esperaba que al cumplir los dieciocho me buscara, ni siquiera sabía cómo se llamaba hasta que lo leí en el informe…

—Y lo hizo antes —dijo Dave, cabizbajo—. Supongo que lo hizo porque sabía que Linda se estaba muriendo y que Frank no llevaba buen camino a causa del alcohol. Se imaginó viviendo a cuenta del estado y dejando el *hockey*.

—Sí, supongo que fue por eso, pero no lo sé con certeza.

—Lo siento.

Dave sintió una profunda lástima por ellos, por Harper y Gray.

—Háblame del padre.

—No hay mucho que decir al respecto, yo buscaba cariño y atención. Se llamaba Walter —comenzó a decir Harper—. Y no supe parar, fuera lo que fuese lo que comenzamos.

Dave odió a ese tal Walter con toda su alma.

—¿Has vuelto a saber de él?

—No, y espero no saberlo nunca —respondió Harper.

—Pero después de nacer Gray, seguiste entrenando con él.

—No tuve otra opción, no tenía ni voz de voto. No pude tomar una decisión hasta cumplir la mayoría de edad. Fue terrible, Dave.

—No me imagino cómo debe de ser tener un hijo y no saber dónde está.

—Sé que no fui completamente sincera contigo —confesó ella.

—Me hubiera gustado que lo fueras.

—Sí, y lo siento. Intenté decírtelo muchas veces, pero siempre encontraba una excusa para no hacerlo. He tenido mucho tiempo para pensar y he llegado a la conclusión de que en ese momento no me di cuenta de que lo que sentía era felicidad y no quería que terminara —expuso ella—. Fue un error por mi parte.

Dave frunció el ceño.

—Reconozco que me comporté fatal. Supuse que me habías utilizado para llegar hasta Gray.

—No, esa nunca fue mi intención.

El hecho de haber pensado de esa manera le irritó. Para estar seguro de que no iba a equivocarse de nuevo la miró y añadió:

—Todos cometemos errores, Harper. Yo el primero y por eso te pido disculpas. Te agradezco mucho que hayas confiado de nuevo en mí, sé que no ha sido fácil para ti.

Ella aceptó sus disculpas.

Necesitaba perdonarle y perdonarse a sí misma.

—Nunca es fácil rememorar esa parte de mi vida.

Él sabía lo duro que era traer el pasado una y otra vez al presente, lo había vivido las últimas semanas en carne propia.

—¿Cómo supiste que Gray estaba en Midway? —quiso saber Dave.

—Por una carta que él mismo envió al centro de adopción. No deberían haberme hablado de ella hasta su mayoría de edad, pero yo cada año iba, preguntaba y suplicaba. Un día, una de las trabajadoras se compadeció de mí. Dejó el informe abierto sobre la mesa y se fue al baño —explicó ella—. No dijo nada, solo me dio la oportunidad de encontrar la carta.

—Fue muy amable por su parte.

—Y muy arriesgado, diría yo. Siempre le estaré agradecida por ello —añadió, encogiéndose de hombros —. Leí la carta y la dejé en el mismo lugar que la encontré. Pensé mucho en ello porque tenía miedo de hacerle sufrir, de poner su vida patas arriba. O de encontrarme con él y que yo no le interesara, como ha sucedido.

—Y después, encontraste a Jules.

—Tu hermana es una bendición del cielo.

Dave estaba de acuerdo.

—Me ofreció un trabajo y su amistad, sin ni siquiera conocerme. Era la única que sabía lo de Gray y le pedí que no lo contara.

—Lo sé, me lo comentó ella misma al poco de irte —explicó él—. Ha sido duro para todos, incluido Gray, no lo voy a negar. Pero también debes comprenderlo. Acababa de perder a la única madre que había conocido y,

de repente, se encontró con una difícil situación, a la que no supo hacer frente —comentó Dave, sentado en el sofá con los antebrazos apoyados en las rodillas y las manos entre las piernas—. Yo tengo más edad y tampoco estuve a la altura de las circunstancias. Debo decirte a su favor que, aunque te duela su reacción, sería mucho peor saber que pasaría toda su vida sin saber que le quieres.

Ella lo miró a los ojos y se sentó a su lado en el sofá. Dejó la taza de café sobre la mesa y dijo:

—Me gusta oírte decir eso.

Dave se acercó y le acarició la mejilla.

—Vuelve conmigo, Harper.

El miedo estaba ahí, pero se mezcló con la esperanza.

—Dave, no sé…

—Gray te necesita y yo también —afirmó él mientras su pulgar acariciaba los labios de Harper.

—Volver atrás…

—No puedes negarte.

Ella podía sentir la caricia, el calor que dejaba a su paso.

—¿Por qué? —preguntó con el corazón en un puño.

—Porque ya has tomado una decisión, puedo verlo en tus ojos. Y porque me amas.

Harper reconoció que Dave tenía razón.

—Te amo, pero también estoy aprendiendo a vivir sin ti.

Dave dejó caer la mano y se apartó un poco.

—Y, ¿cómo es esa vida?

Vacía.

Triste.

Desoladora.

—Quizás queramos cosas distintas —declaró ella de repente, asustada.

—Yo ya te he dicho lo que quiero. ¿Qué deseas tú?

—Casarme —contestó ella, sorprendida de su propia respuesta.

—Hecho.

—Formar una familia —dijo Harper de repente.

—No hay problema —contestó él rápido.

—Quiero hijos, Dave.

—De acuerdo. ¿Cuántos?

Ella le dio un empujón.

—No es broma, lo digo en serio.

—Yo también.

Metió la mano en el bolsillo derecho del pantalón, sacó una pequeña caja e hincó una rodilla en el suelo. La abrió y el diamante de princesa que coronaba la alianza la deslumbró. Ella ahogó una exclamación, impresionada por su belleza.

—Arriésgate conmigo, prometo no volver a fallarte —dijo Dave con determinación.

—Tú no quieres casarte —murmuró ella.

—Claro que sí, solo que no había encontrado a la mujer perfecta y resulta que esa mujer eres tú.

Harper observó con atención la alianza, era preciosa. Se la imaginó en su dedo y el corazón le latió aún más deprisa.

—Dave, quizás deberíamos pensarlo —susurró.

—No hay nada que pensar —afirmó él—. Sé cómo es mi vida contigo y sin ti, y te aseguro que prefiero la primera opción. —Tragó saliva—. He sido un estúpido, he estado ciego. Lo he estropeado todo y solo necesito que me des una oportunidad para demostrarte todo lo que te quiero.

—Es una gran responsabilidad.

—Escucha, estoy dispuesto a todo contigo y con Gray.

Pensó en su hijo, en volver a verlo. Esa extraña sensación hizo que mirase a los ojos a Dave. Le estaba ofreciendo una nueva vida con él y Gray.

Nadie en el mundo podía ofrecerle más. Suavizó su sonrisa.

—¿Estás completamente seguro de esto? —preguntó Harper—. Somos casi dos desconocidos en tu vida.

Él no tuvo que pensar la respuesta: —Nunca he estado tan seguro de algo.

A Harper no le entraron dudas de lo que quería hacer. Acarició el diamante con la yema del índice. Era

increíblemente hermoso. Todo: su cabeza, su cuerpo, incluso su corazón, le decían que lo correcto era no esconderse en el pasado. No vivir con fantasmas.

—Tienes razón, ya he tomado una decisión.

—¿En serio?

El tiempo se dilató unos segundos.

—Harper, esta incertidumbre me está matando.

Ella sonrió y le miró a los ojos.

—Llévame a la casa del lago, a tu casa.

—Nuestra casa —le corrigió él.

Harper asintió. Le gustaba cómo sonaba aquello.

—Y, dime, ¿qué hacemos con esto? —dijo mostrando la alianza en alto.

Ella suspiró.

—Te quiero.

—Y yo a ti. ¿Eso es un sí?

Respiró hondo y contestó:

—Sí.

Él soltó un suspiro. Sin darle tiempo para que cambiara de opinión, deslizó la alianza en su dedo y seguidamente fundió su boca contra la de ella.

—Para la boda pon una fecha ya, para el resto necesitaremos algo más de tiempo. Pero si nos ponemos a ello, quizás dentro de nueve meses…

—Estás tardando, Dave Suvari.

Él no pudo resistirse y soltó una carcajada. Se incorporó con ella en brazos y observó a su alrededor.

—¿Dónde está el dormitorio?

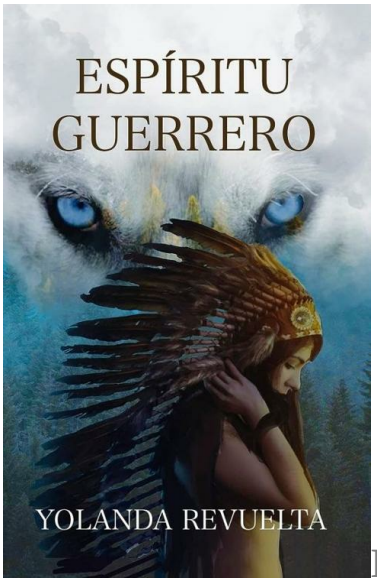
Ella escondió el rostro en el hueco de su cuello y rio.

—Creo que deberíamos empezar por la mesa.

A él le brillaron los ojos de pura malicia.

—Tus deseos son órdenes para mí —dijo besándola.

FIN



ESPÍRITU GUERRERO

Darcy Griffin es una de las mejores abogadas de Denver y trabaja en uno de los bufetes más importantes de la ciudad. Y todo es perfecto, hasta que un día llega a su haber un nuevo caso: un joven nativo americano, de una de las muchas reservas que existen en EEUU, es acusado de asesinato.

Antes de que entienda la verdadera situación de los hechos, se ve arrastrada a un mundo muy diferente al que ella está acostumbrada a vivir.

Mientras tanto, la cercanía de un veterano guerrero enciende un deseo que amenaza su presente y futuro.

Lonan Skah (Nube Blanca) necesitaba combatir sus propios demonios. Es un hombre fuerte, de piel atezada y ojos oscuros que protege, con recelo y ahínco, a su pueblo del abuso del hombre blanco. Cuando su primo River es acusado de asesinato, todo parece desmoronarse a su alrededor. Y aún más, cuando aparece en la reserva una hermosa y elegante abogada, de ojos verdes y larga melena cobriza, que dice que ha llegado para descubrir la verdad.

SI LO QUIERES PINCHA AQUÍ



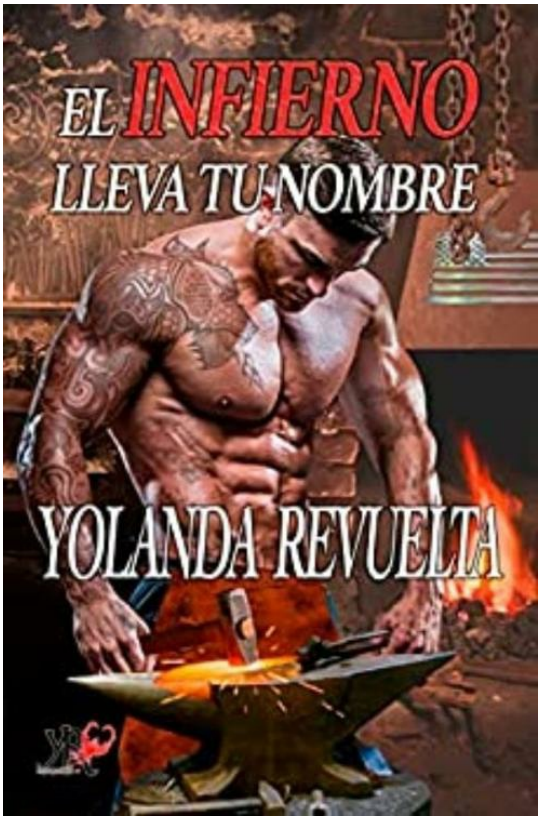
VIENTOS DE OTOÑO

Los secretos y las mentiras siempre habían formado parte de la vida de **Selena Cooper**. Era hija ilegítima de un guerrero comanche y una mujer blanca, hecho que le impedía elegir en cuál de los dos mundos deseaba vivir. Pero tras un terrible suceso, su supervivencia comenzó a depender de Tyler Sullivan, un hombre bondadoso, pero marcado por la muerte de su esposa a manos de los comanches.

Tyler Sullivan odiaba todo lo relacionado con aquellos salvajes que habían destruido su vida y asesinado a su esposa. Pero el destino, al parecer, aún tenía una sorpresa más para él. Selena Cooper buscaba desesperadamente un lugar donde echar raíces y él no estaba dispuesto a ofrecérselo.

Por nada del mundo entraría en su hogar la hija de su acérrimo enemigo.

SI LO QUIERES PINCHA AQUÍ



EL INFIERNO LLEVA TU NOMBRE

Brooke Stolte se siente a gusto en Nueva York. Trabaja en una de las mejores empresas de diseño de la ciudad y su fama va creciendo a pasos agigantados. Un buen día recibe una llamada de su hermano. Isabelle, la mujer que los acogió cuando quedaron huérfanos, ha fallecido.

Volver a Williamsburg no entra en sus planes, como tampoco el hecho de enfrentarse a su pasado, ni a Preston, el hijo de Isabelle.

Preston es un hombre tranquilo, poco dado a hablar de sus sentimientos o de su pasado. Le encanta estar en familia y su trabajo en la fragua, pero la muerte de su madre va a dar un giro inesperado a su vida. Hacerse cargo de Britt, su hermana menor, es una prueba complicada que no tiene muy claro si podrá superar sin ocasionar excesivos daños colaterales.

SI LO QUIERES PINCHA AQUÍ



YOLANDA REVUELTA

Nació un 17 de enero de 1973 en Cantabria.

Cuando la lectura infantil pasó a formar parte de su baúl de recuerdos de pequeña, otro tipo de obras llegaron a sus manos, más acordes con la adolescencia por la que estaba pasando. Así conoció a los protagonistas de Tempestad Salvaje, de la autora Johanna Lindsay, donde se perdió entre los rincones del Oeste. Desde ese momento se convirtió en una voraz lectora del tan maravilloso género de la romántica, viajando y compartiendo adorables momentos, sintiendo mayor afinidad por las historias ambientadas donde los ranchos y el sol llenan el campo con sus características.

Y así continuó escribiendo también en la adolescencia, plasmando sus ideas en sus ratos libres, volcando sus pequeñas historias de amor producto, a veces, de sus propias experiencias y sus hormonas revolucionadas por la etapa por la que estaba pasando. Y ya nunca dejó de hacerlo.

Cree fervientemente en el proverbio “un amigo es un tesoro”, por lo que disfruta de hablar, reír y divertirse enormemente con los suyos.

Hoy vive su propia historia de amor junto a su esposo, con quien ha tenido a su mayor inspiración, su hija Carla.

La mente de esta autora seguirá deleitándonos con bellas historias, pues en ella el bullicio que los cientos de personajes crean con sus diálogos nunca dejará de sonar.

Actualmente cuenta con veinticuatro novelas publicadas y sigue buscando historias que contar.

Su lema: *«Los sueños se cumplen si no los abandonas»* es el que la acompaña incansablemente, y es el que le da fuerzas en este camino del mundo de las letras.

OTROS TÍTULOS DE LA AUTORA

Contemporánea:
Donde me lleven tus sueños.
Y de repente, un extraño.
El país de los vientos fríos.
Un instante eterno.
El silencio antes del invierno.
Silencio letal.
Despertar en tu mirada.
Perdido en la tormenta (Esencia Irlandesa).
El infierno lleva tu nombre.
Espíritu Guerrero.

Histórica:
Preludios del pasado.
Vientos de otoño.

Trilogía Clan MacKinlay:

- Caricias del destino.
- Caricias del poder.
- Caricias del ayer.

Bilogía Skye:

- La sombra de una mentira.
- La promesa de no olvidarte.

Bilogía Coraje:

- Corazón y coraje.
- Hielo y coraje.

Colección Delicatessen:

- Noches en la niebla.
- Alma entre brumas.
- El vuelo de las mariposas.
- Mentiras legales.

Colección Delicatessen:

- El espíritu del Alce.
- Regreso a Wolcott.
- Un refugio en Lake House.
- Nuevos tiempos.

- Promesas rotas.

Serie Lake House:

El espíritu del Alce.
Regreso a Wolcott.
Un refugio en Lake House.
Nuevos tiempos.
Promesas rotas.

Me puedes encontrar en:

